



**Centro de Estudios Sociológicos
Maestría en Ciencia Social con Especialidad en Sociología**

Promoción II (2019-2021)

**Gente como uno: Características y dilemas de las
relaciones entre personas de distintos estratos en la
Ciudad de México**

Tesis para optar al grado de Maestra en Ciencia Social con
especialidad en Sociología que presenta:

Natalia Torres Martínez

Director: Dr. Manuel Gil Antón
Comité lector: Dra. Alice Krozer y Dra. Orlandina de Oliveira

Ciudad de México, 2021

Contenido

Agradecimientos	1
Introducción.....	2
Notas en torno a la igualdad	4
Planteamiento del problema	8
Reflexiones personales	9
Estado del arte	12
Patrones de relaciones	14
Gustos, prácticas y familiaridad institucional	16
Actitudes	20
Percepciones y significados.....	22
Emociones.....	29
Perspectiva analítica.....	31
Distancia social	32
Procesos culturales.....	33
Uso de ambos conceptos.....	34
Definición de élite.....	36
Metodología y trabajo de campo	40
Método	40
Guía de entrevista	42
Criterios y proceso de selección de entrevistados	44
Trabajo de campo.....	46
Posicionalidad en la investigación	47
Pretensión de los hallazgos.....	49
Introducción al análisis	52
Notas sobre la redacción	53
Caracterización de la población	54
Criar la diferencia	58
Trabajo y servicio doméstico.....	58
Actividades de altruismo.....	70
Empresas familiares.....	74
Algunas conclusiones.....	75
Vivir, convivir y explicarse la diferencia	79

Identificación y diferenciación	80
Relaciones entre pares	81
Racionalización.....	89
Algunas conclusiones.....	105
Apuntes finales.....	108
Conclusiones generales sobre el tema	108
Investigaciones futuras	113
Reflexiones sobre la perspectiva analítica y metodología utilizadas	114
Limitaciones de mi escritura	116
Reflexión personal	117
Bibliografía	118
Anexo 1.....	125
Anexo 2.....	128
Anexo 3.....	131

Agradecimientos

Agradezco a cada una de las personas que me ha enseñado que la intimidad no debe estar condicionada por el dinero y doy gracias por las experiencias que me han permitido cuestionar y aprender esto.

Agradezco a Marce Bautista, Marce Azuela y a las demás mujeres que me han enseñado que es posible relacionarse como iguales cuando se reconoce, y lucha contra, la injusticia de por medio.

A mi mamá y a mi papá que con su ejemplo me han enseñado que es posible seguir creciendo y cambiando en la adultez, siempre y cuando estés abierta a escuchar otros argumentos y mirar otras realidades. Agradezco que siempre me han recordado la importancia de entender a las personas y les doy gracias también por recibir mis cuestionamientos.

De esta maestría, me llevo dos grandes regalos: a mis compañeras y compañeros de la generación y a mi director de tesis, Manuel. Agradezco la suerte de haber estado con un grupo tan solidario y unido, cuyo apoyo, humor y amistad fue esencial para que terminara este proceso. A Silvia le agradezco todas las llamadas y ánimos a la distancia, a Cris los encuentros que me dieron energía en el último semestre, a Gio la cercanía, a Gabo las porras mutuas, a Andrés el reírse de la clase y enseñarme a hacerlo también, a Fran por su apoyo. Lo mejor que me llevo del colegio son estas amistades y su continua presencia en mi vida.

A Manuel le agradezco el interés y paciencia que tuvo para escuchar mis inquietudes, darles validez, y ayudarme a articularlas. Agradezco que tu puerta siempre estuvo abierta y que siempre entendiste que este proceso académico estaba enmarcado en una vida más amplia e hiciste espacio para ello en nuestras conversaciones y calendario, aun cuando la entrega estaba próxima. Gracias por creer que era capaz de acabarla aún cuando yo no me sentía así. A Alice y Orlandina por su lectura generosa y retroalimentación atinada.

A Suf, porque has sido la persona con quien sentir y reflexionar estos temas y porque, en el momento de escribir la tesis, pensaste junto conmigo y me escuchaste al organizar mis ideas. Gracias por alentarme en los momentos de bloqueo y por la comida mientras escribía.

Finalmente, agradezco infinitamente a las personas que entrevisté, porque tuvieron la confianza de compartirme sus pensamientos, sentimientos e historias, por ser honestas conmigo a pesar de no conocerme, y por reflexionar conmigo sobre un contexto compartido. Me permitieron aprender mucho en el proceso y, sin duda, fueron mis interlocutoras más significativas en este proceso.

Introducción

En 2019, el 1% más rico de la población mundial recibía el 19% de los ingresos generados en todo el mundo y, en América Latina, este porcentaje subía a 25%¹. En México, Campos Vázquez et al. (2014) estiman que 21% de los ingresos totales del país son acumulados por el 1%, y más de la mitad (54%) se concentran en el 10%. La distribución de la riqueza es aún más desigual, pues el 10% más rico del país concentra el 64% de la riqueza (Esquivel Hernández, 2015). Según los datos oficiales, el coeficiente de Gini en México es de 0.54², pero distintos ejercicios que ajustan los ingresos para subsanar el subregistro y truncamiento de las encuestas, encuentran un Gini muy superior, entre 0.61 y 0.79 (Cortés and Vargas, 2017). Estos niveles tan altos de desigualdad se combinan con el hecho de que el 48.8% de la población vive por debajo de la línea establecida de pobreza económica y que millones de personas en el país no tienen acceso a seguridad social y condiciones básicas de salubridad y educación³.

Desde su medición, la desigualdad es un concepto relacional, pues busca comparar el tamaño del pastel de recursos que cada persona, o conjunto de personas, recibe. Cuando el 1% del país acumula el 21% de los ingresos nacionales, significa que un centésimo de la población se lleva un quinto del pastel y entonces lo que queda para repartir entre los demás —el 99%— es mucho menor. Como este dato, existen otros indicadores de desigualdad —algunos enfatizan la diferencia entre los extremos, otros son más sensibles a lo que ocurre a lo largo o en medio de la distribución— pero todos implican una comparación; es decir, una relación entre los recursos de dos partes de la población⁴.

Esto implica pensar a las personas como parte de una misma sociedad, donde lo que unos hacen tiene implicaciones para los otros; donde el hecho de que unos vivan entre lujos y otros no puedan

¹ World Inequality Database (<https://wid.world/>).

² Banco Mundial (<https://datos.bancomundial.org/>)

³ CONEVAL (<https://www.coneval.org.mx/Medicion/Paginas/PobrezaInicio.aspx>)

⁴ Las medidas de cocientes, como el índice de Palma, comparan la proporción de ingresos o riqueza que reciben dos partes de la distribución y sirven para mostrar la cantidad de veces en las que el ingreso de la parte superior es mayor al de la parte inferior. El Gini mide qué tanto una sociedad dista de que cada proporción de la población gane la proporción equivalente de ingresos. Otras medidas dividen a la población en grupos según conceptos particulares — como clases sociales— y, después, analizan la proporción de los recursos totales obtenidos por cada grupo. Los siguientes dos artículos contienen información útil sobre las características particulares de distintas medidas: <https://wol.iza.org/articles/measuring-income-inequality/long> y <https://www.banxico.org.mx/publicaciones-y-prensa/articulos-y-otras-publicaciones/%7B65D90886-291F-5A39-31A2-F928E9DF45EC%7D.pdf>

cubrir sus necesidades básicas no son eventos independientes, sino relacionados. Los estudios de la desigualdad suelen enfocarse en una de las dos partes: algunos analizan cómo las élites o grupos más privilegiados acaparan y concentran recursos para su beneficio, mientras que otros documentan las consecuencias de ello sobre las condiciones y oportunidades de vida del resto de la población. Sin embargo, también es importante entender lo que ocurre entre las partes.

En esta tesis, quise poner al centro ese vínculo para responder lo siguiente: ¿Cómo es que las desigualdades económicas afectan las relaciones entre individuos? Busqué entender cómo las diferencias en recursos monetarios moldean el tipo de relaciones que se establecen entre las personas y la posibilidad de entenderse como pares y relacionarse como iguales. En particular, me enfoqué en responder esta pregunta desde la perspectiva de los estratos altos, por ser un grupo con condiciones y oportunidades drásticamente distintas a las del resto de la población.

La Ciudad de México se caracteriza por sus altos niveles de segregación y fragmentación, lo que significa que las personas suelen vivir sus realidades cotidianas en circuitos diferenciados por nivel socioeconómico, con pocos espacios de encuentro entre personas de estratos muy distintos. Esto ha llevado a varias investigaciones a hablar de mundos “aislados” (Saraví, 2008) o “paralelos” (OXFAM México and Data-Pop Alliance, 2020) dentro de una misma ciudad. En este contexto, identifiqué y caractericé algunas de las relaciones que sí se dan entre personas de élite y quienes no comparten su posición socioeconómica, para entender la posibilidad de relacionarse como iguales a través de estas diferencias.

Para ello, he realizado entrevistas a 24 personas que se encuentran entre el 3 por ciento de la población con mayores ingresos del país. En ellas, he buscado identificar las relaciones que tienen con personas de menores estratos, las características de estos vínculos, y los retos para la intimidad que introduce la diferencia económica. Con base en esta información, en la sección de análisis presento, primero, las relaciones cotidianas que enseñan una forma asimétrica de relacionarse entre clases sociales y, en segundo lugar, las dificultades para relacionarse como pares entre personas de distintos estratos y las maneras en las que las personas intentan razonar la subsecuente distancia social.

La tesis está organizada de la siguiente manera. Antes de comenzar el grueso de esta tesis, planteo el tema de investigación y comparto algunas reflexiones sobre elementos que guiaron mi interés en este tema, con el objetivo de que le sirvan a quien me lee para comprender las inquietudes desde las cuáles realicé esta investigación. Después, en el estado del arte, presento algunas de las investigaciones que han buscado entender el efecto del nivel económico en la forma de ser, entenderse, entender a otros, y relacionarse con los demás. En la perspectiva analítica rescato algunos de los

conceptos utilizados en esas investigaciones para que guíen la sistematización y explicación de mis resultados. En la sección de metodología y trabajo de campo, discuto la entrevista como método de investigación, reparo sobre la guía que utilice para mis conversaciones y comento sobre cómo mi identidad pudo haber afectado la información obtenida. En la sección posterior, comienzo el análisis del material obtenido en las entrevistas; éste se divide en los dos capítulos antes mencionados, los cuales incluyen una sección de conclusiones sobre los temas ahí discutidos. Finalmente, en apuntes finales, presento un resumen breve de los hallazgos y discuto algunos elementos que fueron de mi interés, anotando también posibles caminos para investigaciones futuras.

Notas en torno a la igualdad

Detrás de las discusiones en torno a la desigualdad, y de los distintos esfuerzos para reducirla, existe un ideal que se está buscando —la igualdad— que pocas veces es explicado. Se suele desear menor desigualdad, pero se habla menos sobre la igualdad que se desea⁵. Esto no debe sorprender, pues casi siempre es más fácil identificar algo que se quiere combatir que enunciar un objetivo en términos positivos. Sin embargo, es importante hacer ese ejercicio porque la imagen de igualdad que tenemos en mente guía nuestra mirada sobre la desigualdad actual y sobre el tipo de soluciones que buscamos a ella. En las siguientes líneas, comparto algunas notas sobre una aproximación filosófica a la igualdad, la de la igualdad relacional, que a mí me ha servido para organizar mis pensamientos en esta tesis. Mi objetivo no es convencer a quienes me leen de que esta es *la* manera de entender la igualdad —para ello tendría que estar yo convencida y, para eso, necesito leer y pensar mucho más al respecto— sino compartirles una forma de conceptualizarla que a mí me ha resultado muy útil para atender mis inquietudes actuales.

La igualdad relacional postula que la igualdad es principalmente un ideal sobre cómo se deben relacionar las personas entre sí y en comunidad. Para Elizabeth S. Anderson, una de las principales expositoras de la corriente, se trata de “crear una comunidad en la que las personas se posicionen en relaciones de igualdad con otros” (1999, p. 288). Esto significa promover los arreglos institucionales necesarios para acoger en una sociedad la diversidad de talentos, aspiraciones, roles y culturas de sus miembros. Para ello, es necesario abolir la opresión, es decir, las relaciones sociales en las que “unas personas dominan, explotan, marginalizan, degradan, e infligen violencia sobre otras” (Anderson,

⁵ (Campos Vázquez et al., 2020) miden la distribución de ingresos y la movilidad social percibida por la población mexicana y evalúan si proveer información sobre los niveles reales de ambas cambia las preferencias distributivas de las personas. El ejercicio captura cuáles son los niveles deseados de igualdad, de manera cuantitativa, pero no explora cómo éstos se traducen en distintas expectativas relacionales.

1999, p. 313). La igualdad relacional, entonces, tiene como ideal una sociedad donde no existan estas relaciones de opresión y, en vez, donde las propias instituciones faciliten que las personas se relacionen como iguales.

La postura se contrasta, principalmente, con aquellas definiciones meramente distributivas de la igualdad. Bajo estas segundas concepciones, la igualdad se trata de distribuir *algo* equitativamente, ya sean recursos materiales, capacidades, oportunidades, entre otras opciones. Entre este segundo grupo, están aquellas posturas que consideran que el ideal igualitario consiste en eliminar los efectos de la mala suerte y la lotería del nacimiento sobre las oportunidades de vida de las personas⁶. Frente a estas posturas, las cuales son más conocidas hoy en día, la igualdad relacional plantea que, si bien lo distributivo es esencial, la igualdad no se limita a ello, sino que es un ideal más amplio que se preocupa por el tipo de relaciones que se establecen entre individuos.

En busca de este ideal, la distribución de recursos se aborda desde la siguiente pregunta: “¿Qué tipos de distribuciones son consistentes con el ideal de una sociedad de iguales?” (Scheffler, 2015, p. 22); es decir, desde el interés por entender de qué manera distintos arreglos distributivos facilitan o impiden el relacionarse y apreciarse como iguales (Arneson, 2013). Schemmel (2011) argumenta que la distribución sigue siendo un elemento esencial de estas posturas: en primer lugar, porque una distribución sumamente desigual es incompatible con una valorización equitativa de los sujetos, —por ejemplo, una amplia desigualdad de oportunidades no compagina con una sociedad que valora de forma igual los intereses y metas de todos los individuos— y, en segundo lugar, porque las políticas distributivas que limitan desigualdades materiales también inhiben que alguien tenga demasiados recursos para comprar poder y, por ende, previenen su abuso (Schemmel, 2011). De acuerdo con el autor, la distribución importa porque asegura que unas personas no tengan poder sobre otras y porque atiende las consecuencias psicológicas, como la falta de autoestima, que, en una sociedad como la actual, pueden resultar de las diferencias económicas.

Entonces, “aunque el ideal de igualdad claramente tiene implicaciones distributivas y puede coincidir con ciertas nociones distributivas de la igualdad, la igualdad es principalmente sobre las relaciones entre las personas” (Fourie et al., 2015, p. 1); es decir, la cuestión distributiva surge dentro de este interés más amplio. Esto se puede sintetizar en las palabras de Scheffler (2015):

La perspectiva relacional no niega que la igualdad está vinculada con cuestiones de distribución. En vez, mantiene que, para poder apreciar el vínculo entre la igualdad y la

⁶ Anderson y otros se refieren a ellas como las posturas del “igualitarismo de suerte” (*luck egalitarianism*).

distribución, uno debe comenzar comprendiendo la igualdad como un ideal más amplio que gobierna las relaciones entre miembros de una sociedad de manera más general. En lugar de asumir que la justicia requiere la distribución equitativa de algo y después preguntarse qué es ese algo, una aproximación relacional se pregunta lo que el ideal amplio de igualdad implica sobre cuestiones distributivas. (p. 23)

Los párrafos anteriores presentan, de manera muy breve, las diferencias principales entre dos aproximaciones a la igualdad. Existen, claramente, mucho más detalles y diferencias sutiles entre distintas concepciones del ideal y entre expositores de cada una de ellas⁷. Para fines de esta tesis, no me interesa argumentar por la primacía de una concepción particular, sino presentar los postulados principales de la igualdad relacional, como he hecho, y explicar por qué me ha parecido un encuadre adecuado para mis intereses de investigación.

Llegué a mi trabajo de tesis sabiendo que quería realizar un ejercicio sobre cómo se vive la desigualdad económica en las relaciones entre individuos y aproximándome a esta pregunta específicamente desde los estratos altos del país. Con este interés en mente, me tope varias veces con la pregunta sobre si mi interés tenía sentido o relevancia: ¿importa entender cómo se piensan, tratan y relacionan personas de distintos estratos, o solo importa estudiar las consecuencias de la desigualdad económica sobre factores más tangibles como la educación, el logro profesional o el ingreso de los hijos, la salud? El segundo tipo de preguntas es imprescindible porque, entre otras cosas, evidencia los efectos nocivos de la distribución actual de recursos económicos en múltiples aspectos de la vida. Sin embargo, me parecía que, para entender la persistencia de la desigualdad, era también relevante estudiar la primera pregunta porque sus respuestas nos acercan a los mecanismos culturales que permiten ‘hacer otro’ a quien no comparte la condición económica de uno. Y pensar y sentir al otro como diferente se convierte en una barrera real para imaginar, y luchar por, sociedades más equitativas.

Mi interés principal estaba en descubrir cómo las diferencias económicas pueden influenciar la manera en la que los individuos se relacionan, y si se entienden o no como iguales, específicamente en un contexto como el mexicano, dónde estas diferencias son abismales e históricas. Pensar en términos de la igualdad relacional me dio elementos para plantear estas preguntas y guiar mi análisis, por varias razones.

En primer lugar, la igualdad relacional es una postura que pone a las relaciones al centro del ideal igualitario y se da a la tarea, por un lado, de entender qué implica el relacionarse como iguales y,

⁷ Ver (Arneson, 2013) para un abordaje general de las distintas concepciones.

por el otro, de discutir qué arreglos sociales llevan a ello. Esto empata con mi deseo de colocar las relaciones y su entrecruce con la desigualdad económica al centro de mi investigación.

En segundo lugar, es una concepción que establece un vínculo entre las relaciones sociales y la distribución, argumentando que la segunda es importante en tanto expresa una valoración de los individuos que forman parte de una sociedad y permite, o limita, el desarrollo de relaciones igualitarias. Las distintas posturas de la igualdad relacional coinciden en que una distribución sumamente desigual es incompatible con la posibilidad de relacionarse y concebirse como iguales. Esto es precisamente lo que busqué explorar en mi tesis para el caso de México.

Las diferencias económicas abismales crean experiencias de vida totalmente distintas y formas jerárquicas de encontrarse con quienes no comparten la misma posición social. Las personas nacen y crecen dentro de un entramado de relaciones sociales que cotidianamente les enseñan, muchas veces de manera implícita, quién es diferente o similar a ellas. Frecuentemente, estas diferencias se aprenden junto con una carga valorativa sobre el tipo de relación e intimidad que es posible establecer con quien no comparte un mismo nivel socioeconómico. Partiendo de este entendido, me interesó explorar cómo las diferencias económicas atraviesan los vínculos entre personas: qué relaciones sociales “enseñan” el lugar de uno, y el del otro, en la sociedad, y cómo lo económico influencia el tipo de relaciones que entablan las personas.

Esta es una tesis sobre cómo la desigualdad económica se traduce en formas jerárquicas y asimétricas de relacionarse, y sobre cómo el aprender estos patrones desde pequeños contribuye a percibir la distancia —causada por las diferencias distributivas— como natural e inevitable. Me parece que un aspecto de combatir la desigualdad económica en México es entender sus efectos sobre las formas en que los individuos se valoran y perciben entre sí, porque cuando la desigualdad se vuelve parte de cómo (nos) pensamos y entendemos (en) nuestro entorno, afecta también el interés por implementar cambios para reducirla.

Además de estas consideraciones, una tercera razón de mi interés en la igualdad relacional es su manera de considerar la cuestión del mérito. Hoy en día, muchas críticas a la desigualdad se centran en mostrar que no vivimos en una sociedad donde el éxito es resultado del esfuerzo individual, sino de los privilegios acumulados. Muchas veces, estas observaciones tienen como supuesto que lo ideal sería vivir en una sociedad meritocrática. Ante esto, la igualdad relacional plantea un imperativo ético por proporcionar a todas las personas los elementos que les permitan participar plenamente en la sociedad, sin importar qué hayan hecho, o no, para merecerlo; como dice Anderson (1999) “la justicia no permite la explotación o el abandono de nadie, incluso de los imprudentes” (p. 298). Se trata de

una postura que deja a un lado los juicios sobre el comportamiento individual para plantear la pregunta sobre qué instituciones, formas de organización y patrones redistributivos pueden propiciar relaciones igualitarias⁸. Además, es una postura que considera al reconocimiento, el respeto y el trato mutuos como elementos esenciales para evaluar éticamente nuestras sociedades.

Por estas razones, la igualdad relacional me pareció una postura desde la cual sería útil pensar mis intereses investigativos. Ahora bien, ¿cómo definir lo que es una relación igualitaria? Para Anderson (1999), se trata de que se provean las condiciones para que todos los miembros de una comunidad participen en la toma de decisiones de igual manera; para Scheffler (2015), implica reconocer la plena capacidad agencial de las personas. Para efectos de esta tesis, es suficiente entender estas relaciones como aquellas en la que las personas están dispuestas a establecer intimidad, como lo son las amistades y las relaciones de pareja. Esto no significa que estas relaciones automáticamente impliquen una dinámica equitativa —relaciones de pareja abusivas o nocivas, entre otras, evidencian lo contrario— sino simplemente que se consideró a la otra persona como candidata para una intimidad con reconocimiento público. En términos prácticos, se refiere a personas con las que uno está dispuesto a compartir la mesa, invitar a su hogar o reconocer públicamente como su pareja. Entender la existencia de estas relaciones, y las limitaciones que las personas perciben para ellas, será una forma de estudiar cómo la desigualdad económica afecta los vínculos interpersonales.

Planteamiento del problema

El objetivo de esta tesis es indagar sobre cómo personas de estratos altos perciben su posición social y sus relaciones con personas de menores estratos. Mi conjetura es que, en el estado actual de alta desigualdad económica, diferencias de carácter distributivo necesariamente se traducen en una desigualdad relacional. Las maneras a través de las cuáles esto ocurre y las explicaciones que se dan de ello serán identificadas por esta investigación. Prácticamente, esto implica indagar sobre las relaciones de las cuáles forman parte las personas y las evaluaciones del otro que éstas generan.

En específico, me interesa comprender el tipo de relaciones que personas de estratos altos entablan con personas de menores estratos y cómo entienden esas relaciones. Busco explorar tanto relaciones jerarquizadas como aquellas en condición de igualdad. Especializo mi mirada en los estratos

⁸ De manera abstracta, se puede pensar en una sociedad donde exista igualdad de oportunidades, pero no relacional, incluso precisamente porque las diferentes posiciones han sido logradas con base en el esfuerzo personal. Sin embargo, quizás llevar la igualdad de oportunidades hasta sus últimas consecuencias terminaría también por equiparar posiciones. Este no es el espacio para reflexionar sobre esta duda, solo me parece importante reconocer que los esfuerzos por equiparar oportunidades son, en sí mismos, importantes y necesarios, y quizás incluso compatibles con un esfuerzo más amplio por la igualdad relacional.

altos porque se trata de una posición económica en la que se tienen más recursos que la mayoría de las personas y me parece que eso puede generar formas muy particulares de relacionarse con el grueso de la población que no comparte su posición. Para investigar esto, planteo las siguientes preguntas respecto a individuos de estratos altos:

1. ¿Cómo aprenden a relacionarse con personas de otros estratos?
2. ¿Cómo perciben sus relaciones, y la posibilidad de ellas, con personas de otros estratos?

Habiendo planteado mi tema y preguntas de investigación, aclaro que no me interesa comprender las maneras en las que las personas legitiman el orden distributivo actual. Muchas veces se citan los altos niveles de aceptación de la meritocracia para explicar por qué persiste la desigualdad; el argumento común va algo así: si las personas creen que el pobre es pobre porque quiere y que ellas han logrado su posición económica gracias al esfuerzo, trabajo e inteligencia propia, entonces no ven motivo para deshacer este orden y, ciertamente, no ven razón para apoyar una política fiscal más redistributiva ni una política social extensa. Esta explicación sirve para entender la legitimación de la desigualdad, pero no explica cómo esta desigualdad moldea las relaciones sociales ni cómo, viviendo dentro de una posición socioeconómica específica, las personas entienden sus relaciones con quienes no comparten su contexto económico.

Me parece que explorar estas preguntas puede ayudarnos a entender cómo la desigualdad se vuelve un aspecto natural o normal de la vida social. A su vez, eso puede permitir que ésta persista, porque cuando se considera suficientemente distinto al otro, no hay motivaciones para cambiar las circunstancias que lo perjudican. Aunque las creencias meritocráticas pueden jugar una función en influenciar el trato —pues quizás alguien se justifique ser más respetuoso con quien considera que ha realizado el mismo esfuerzo que uno—, generalmente no es a partir de ellas que nos relacionamos con otros, sino a partir de las prácticas que aprendemos en casa, los ejemplos de la familia, y las modalidades en las que conocemos a ese otro. Esto es lo que a mí me interesa abordar en mi tesis, no porque lo primero no sea necesario o útil —es ambas— sino porque considero que no termina de explicar los procesos culturales que le dan estabilidad a la desigualdad.

[Reflexiones personales](#)

Este trabajo es resultado de un interés personal previo a la tesis. Aunque entonces no lo habría planteado con los mismos términos, entré a la maestría con un interés por explorar los aspectos

relacionales de la desigualdad. Yo crecí en el contexto que estoy estudiando y lo que aquí es una indagación académica ha sido, durante muchos años, una serie de preguntas y reflexiones personales.

¿Cómo es posible vivir con lujos y privilegios en un país donde casi la mitad de la población no tiene suficiente para la canasta básica? ¿Cómo es que observar esta diferencia no lleve a algún cambio? ¿Cómo es posible hablar de la igualdad entre personas en lo abstracto, como un ideal, pero en la práctica acostumbrarnos a relacionarnos jerárquicamente? Me parece, a la vez, incomprensible y lo más normal que lo que ha sido siempre así durante nuestras vidas, se perciba como inevitable.

Pero sabemos que esta desigualdad es evitable, porque hay países que no la tienen, y porque las reglas del juego son humanas, por lo que se pueden cambiar. Evidentemente este cambio no es fácil, porque las diferencias se cristalizan y comienzan a parecer naturales. Eso, a su vez, se vuelve una barrera para desmantelarlas. Wilkerson (2020b), escribiendo sobre la dificultad de desmantelar la jerarquía racial de Estados Unidos, utiliza una analogía que me pareció pertinente para lo que estudiaré en las siguientes páginas:

Cuando las personas viven en una casa antigua, se terminan ajustando a las idiosincrasias, y hasta a los peligros escondidos, de la vieja estructura. Ponen cubetas debajo de la gotera, apuntalan los suelos que crujen, aprenden a pasar por encima del pedazo de madera podrida en la escalera. Lo incómodo se vuelve aceptable y lo inaceptable se vuelve solo inconveniente. Vive con ello por tiempo suficiente, y lo impensable se vuelve normal. Expuesto a través de las generaciones, aprendemos a creer que lo incomprensible es cómo se supone que la vida debe ser.

Me parece que algo similar ocurre cuando los siglos de desigualdad económica generan formas de relacionarse tan jerárquicas y asimétricas que, sin embargo, son percibidas como el orden de las cosas. Por eso aquí me interesa entender un poco los procesos que solidifican esa diferencia en las relaciones sociales y cómo eso dificulta entenderse y relacionarse como iguales.

La desigualdad tiene costos altísimos, principalmente para quienes no están del lado aventajado, pero tengo la convicción de que, en el fondo, los tiene para todos. Es común hablar de ella como algo que beneficia a unos pocos a costa del resto, y eso, sin duda, ocurre. Lo veo en comentarios tan aparentemente banales como cuando alguien a mi alrededor dice que “no hay lugar como México para vivir” porque en el extranjero uno mismo tiene que limpiar la casa, mientras que aquí hay “ayuda” — mal pagada y sin seguridad social, pero que otorga un servicio valiosísimo— o cuando las personas dicen que “no hay servicio como el de México”, que no se puede comparar la actitud de meseros y meseras en otros países con la “amabilidad” que uno recibe aquí, sin reconocer que a veces lo que se está esperando de ese servicio es servilismo.

A pesar de que quienes reciben estos servicios puedan reconocer ciertos beneficios económicos, acostumbrarse a ser servido, pensarse tan diferente a alguien más por tener más recursos, y limitar el tipo de relación que puedes tener con alguien, desde antes de conocerle, son indudablemente pérdidas personales. No me parece un privilegio pensar que alguien no puede ser tu amigo o tu pareja porque no creció en las mismas condiciones que tú. Tampoco creo beneficioso que el dinero te pueda aislar de las realidades de tu país y que termines por conocerlas como algo abstracto —lo que lees en el periódico o ves en las noticias, pero nunca lo que tú o tus seres queridos viven—. Al revés, creo que es un costo, altísimo, de la desigualdad económica y una razón más, agregada a todas sus consecuencias sobre las condiciones y oportunidades de vida de las personas, para combatirla.

Analizar cómo la desigualdad atraviesa, modifica y dificulta las relaciones sociales contribuye a entender la forma de la desigualdad en México y creo que eso nos acerca un poco más a cambiarla. Es cierto que no elegimos las características de la sociedad en la que nacemos, pero sí podemos volvernos conscientes de sus costos y a eso me gustaría contribuir con este trabajo. A veces, pienso que, más que un ejercicio académico, este trabajo es un proyecto personal, una excusa para ordenar, ahondar, completar mis preguntas y reflexiones en torno a la desigualdad. Ciertamente sirvió para ello, pero también espero que mis esfuerzos sumen a entender esta realidad para imaginar otra.

Estado del arte

Para revisar la literatura que podría ser útil para mi investigación, comencé con una pregunta amplia —¿Qué se estudia, en sociología, sobre la experiencia de vivir y crecer en cierta clase social?⁹— y una pregunta más específica —¿De qué formas el origen socioeconómico afecta cómo las personas actúan, se entienden a sí mismas, entienden a otras personas, y entablan relaciones personales?¹⁰—. Estas preguntas me llevaron a revisar trabajos de investigación y perspectivas de análisis por varios caminos que, a continuación, organizo temáticamente. Cabe notar que esto no significa que las y los autores de estos textos consideren esa como su temática principal, sino que aportan elementos teóricos y evidencia empírica que, para fines de esta investigación, resulta útil agrupar de esta manera. Al final de cada sección señalo algunos hallazgos a los que apuntan estas investigaciones.

En la vida diaria, se habla mucho sobre las distintas oportunidades o condiciones de vida con las que cuentan individuos de distinto nivel socioeconómico, pero pocas veces se reflexiona sobre el contenido de vivir dentro de un nivel socioeconómico: es decir, sobre sus implicaciones para la crianza; sobre cómo influencia las relaciones —de amistad, pareja y conocidos— que se desarrollan y los espacios a los que las personas tienen acceso; sobre cómo la desigualdad económica se traduce en gustos y estilos de vida diferenciados que enmascaran las desigualdades que hay detrás y las legitiman como decisiones personales; o sobre cómo influencia la percepción de uno mismo y de otras personas. En este estado del arte pretendo hacer un resumen, a grandes rasgos, sobre la evidencia existente en torno a estas preguntas.

En primer lugar, investigaciones sobre segregación espacial y distancia social permiten entender cómo las desigualdades se reproducen en el curso de la vida cotidiana: las personas se mueven dentro de ámbitos circunscritos; cuando éstos se mantienen cerrados a diferentes niveles socioeconómicos, los individuos se socializan dentro de espacios altamente homogéneos, con poca interacción o conocimiento de otras realidades (Bottero, 2005; Honneth and Farrel, 1997; Valentine, 2008). Los ámbitos privilegiados suelen tener una característica de exclusividad; esto, aunado al hecho de que en ellos se mueven individuos con un alto poder económico, político y/o social, implica que tener acceso

⁹ Aunque el trabajo empírico de la tesis se enfoca en personas de élite económica (entendidas como aquellas que tienen ingresos entre el 1 y el 3 por ciento más rico de la población, según la estimación preferida), la revisión de la literatura se extiende a trabajos sobre clases medias, medias altas, y altas, para así ampliar el campo revisado y porque el tema de interés, aunque aplicado a élites, no se limita a ellas.

¹⁰ En el estado del arte, utilizo clase, estrato o nivel socioeconómico según la preferencia del autor o autora citada.

a estos circuitos abre oportunidades que se mantienen cerradas para el resto de la población y aclara que el acceso en sí se puede obtener por medio de una crianza dentro de esos espacios, por patrones de matrimonio endogámicos, entre otros, y no por mérito personal.

En segundo lugar, la indagación sobre los gustos y preferencias culturales resalta cómo el nivel socioeconómico influye en el desarrollo de rasgos que se suelen entender como meramente individuales; por ejemplo, la forma de hablar, el estilo de vestir, los espacios en los que uno se entretiene, el gusto musical, entre otros (Bryson, 1996; Peterson and Kern, 1996; Saraví, 2008, 2015). Como lo muestran varios estudios, estas características están cargadas de significados simbólicos que transmiten posiciones de clase y que permiten a las personas entenderse como más o menos parecidos a otros individuos, sin tener que atribuir esa similitud a una cuestión de dinero (Bettie, 2014; Lamont, 1992, 2003).

En tercer lugar, están las investigaciones que muestran que la clase suele ir de la mano con ciertas maneras de actuar que permiten a individuos de clases medias y altas desarrollarse adecuadamente en los ámbitos educativos y profesionales que actualmente determinan el éxito económico. El grado en el que los individuos poseen las características valoradas por el mercado laboral determina en gran parte su éxito dentro del mismo, pero uno no nace con estas características, sino que las aprende (Calarco, 2011; Lareau, 2011; Lareau and Cox, 2011; Lareau and Weininger, 2003).

Todo esto muestra que el nivel socioeconómico de un individuo no es una mera característica descriptiva de las personas, o una variable más que determina sus oportunidades de vida, sino que es algo que se vive y experimenta en el día a día. Algo que afecta tantos aspectos de las vidas de las personas sin duda también juega un papel en determinar cómo los individuos se piensan a sí mismos, cómo se entienden en relación con los demás, y cómo valoran o juzgan a quienes están a su alrededor.

En este campo, se han estudiado los discursos sobre cómo se percibe y racionaliza el privilegio (De Swaan et al., 2000; Reis, 2000, 2004) y, dentro de esta veta, las maneras en las que limitaciones estructurales se traducen en decisiones personales (Howard, 2010; Sherwood, 2010; Stuber, 2006); también se han estudiado las estrategias que utilizan los individuos para mantener una autopercepción moral positiva a pesar de su posición de clase (Lamont, 2002; Sherman, 2017) o para replantear la desigualdad como un aspecto complementario y natural del orden social (DaMatta, 1997). Se han analizado también las diferentes valoraciones de otros y de uno mismo que pueden surgir entre individuos de condiciones muy dispares (Lamont, 1992, 2002; Sayer, 2002, 2005). Como algunos autores han señalado, estas vivencias suelen venir acompañadas de un alto contenido emocional que también juega un papel en moldear cómo las personas entienden su posición social y en naturalizar

desigualdades que han sido creadas socialmente (Bonilla-Silva, 2019; Reay, 2005; Wilkins and Pace, 2014).

A continuación, presento esta literatura de manera más detallada, para después retomar los conceptos y evidencias más relevantes para el estudio de mis intereses centrales: comprender y analizar las formas en las que las personas entienden su posición social y la de otros, cómo se construye la percepción y sensación de diferencia, y cómo esto afecta los vínculos que se forman entre individuos.

Patrones de relaciones

Una de las preguntas que comúnmente se hacen quienes estudian desigualdades es cómo se ven las vidas cotidianas de las personas: dónde viven, a dónde van a la escuela y cómo son estas instituciones, dónde trabajan, en qué tipo de actividades pasan su tiempo libre y dónde las realizan, cómo se transportan a estos lugares. Es decir, se preguntan en dónde y con quiénes pasan su tiempo las personas, lo cual permite dibujar sus relaciones cotidianas y entender cómo, a partir de la vida diaria, se van facilitando ciertas relaciones y dificultando otras.

Los espacios en los que las personas pasan sus vidas cotidianas son también espacios donde van construyendo sus relaciones personales y sentidos de pertenencia y diferenciación. Cuando la segregación espacial —en el ámbito socioeconómico, racial u otro— es alta, la probabilidad de que estos espacios se compartan es baja, mientras que en contextos menos segregados existe mayor interacción entre grupos.

En el caso de la Ciudad de México, las oportunidades para compartir espacios de ocio, educación y residencia entre grupos de distintos niveles socioeconómicos es escasa: Ariza y Solís (2005) utilizan diversos indicadores de segregación y encuentran una acentuación de las distancias sociales entre 1990 y 2000¹¹, así como una “fuerte homogeneidad de los sectores populares y relativa heterogeneidad de los sectores altos” (p. 193); es decir, que las clases altas viven no en un “cinturón cerrado” de privilegio, sino en una “sucesión de islotes rodeados de clase media e incluso baja” (Saraví, 2008, p. 100). El patrón de segregación observado en la Ciudad de México se puede caracterizar de la siguiente manera: los grupos socioeconómicos más altos se concentran en una o pocas zonas de la ciudad con vértice en el centro histórico y en crecimiento hacia la periferia —geográficamente, esto significa que se ubican del centro al norponiente de la ciudad y en algunas áreas del sur—. Estas zonas no son exclusivamente

¹¹ Cabe mencionar que su punto de corte para dividir entre altos y bajos ingresos es de \$17,900 pesos mensuales (febrero 2000) por hogar, mientras que los ingresos del grupo estudiado en esta tesis son mucho mayores (todos superiores a los \$80,000 pesos mensuales).

de alta renta, sino que conviven espacialmente con áreas de menores ingresos, esquema que se repite en otras ciudades de Latinoamérica (Sabatini, 2003).

Las investigaciones sobre la segregación en México apuntan a una ciudad “fragmentada” por nivel socioeconómico donde las diferencias de este tipo se traducen en maneras distintas de habitar la ciudad y, por lo tanto, en una falta considerable de espacios en común (OXFAM México and Data-Pop Alliance, 2020; Saraví, 2015). Los espacios de ocio, educación y consumo suelen estar segregados tanto por su localización geográfica como por sus costos prohibitivos, como membresías de clubes deportivos o cenas en restaurantes cuyos costos pueden equivaler al salario mensual de otras personas (OXFAM México and Data-Pop Alliance, 2020). A pesar de esto, existen algunos espacios comunes para estratos altos y bajos —como la colonia Centro de la ciudad y Ciudad Universitaria, el campus principal de la UNAM¹² (OXFAM México and Data-Pop Alliance, 2020)—, aunque el hecho de que las personas concurren en un mismo espacio no es una condición suficiente para la convivencia, pues no necesariamente implica que visiten los mismos lugares o que interactúen sustantivamente dentro de ellos.

Los grupos socioeconómicos más altos suelen vivir en zonas caracterizadas por la combinación de conjuntos residenciales cerrados, con vigilancia, y con fronteras físicas hacia el exterior y la presencia de centros comerciales, grandes corporativos, hoteles y restaurantes de alto costo, y escuelas y universidades privadas en un mismo espacio (Saraví, 2015). Estos individuos se mueven entre un número muy limitado de colonias, predominantemente utilizando el automóvil, y sin necesariamente entrar en contacto con los espacios que existen entre estas islas de exclusividad.

Así, es posible habitar una zona heterogénea sin necesariamente compartir espacios comunes —sea la escuela, residencias, actividades extracurriculares o de ocio— o entablar relaciones sustantivas con otros de un nivel socioeconómico distinto. Es decir, la cercanía física no es condición suficiente para engendrar relaciones de igualdad si a la vez está caracterizada por una falta de experiencias en común que dificulta la construcción de un mismo sentido de pertenencia o de solidaridad (Barry, 1998; Honneth and Farrel, 1997; Saraví, 2008; Valentine, 2008).

El término de distancia social sirve para explicar cómo la cercanía física puede no ser sinónimo de cercanía en las relaciones personales. La distancia social se refiere al grado de separación entre individuos dentro de una estructura e implica analizar la posición relativa de los individuos y la cercanía de sus interacciones sociales; en otras palabras, su frecuencia y su naturaleza —si son laborales,

¹² Universidad Nacional Autónoma de México.

amistosas, de pareja, por ejemplo— (Bottero, 2005)¹³. Así, más que solamente medir la segregación en una ciudad, importa medir la cantidad y calidad de la convivencia cotidiana que ocurre entre individuos distintos y el grado de intimidad en sus relaciones.

Juntando la segregación espacial con la distancia social, es posible explicar cómo el simple hecho de transitar por la vida cotidiana facilita unas relaciones más que otras, ya sea porque las personas frecuentan los mismos lugares, comparten amistades o personas conocidas, transitan por las mismas instituciones educativas y/o comparten espacios residenciales. Cuando las personas comparten más de un espacio, resulta más fácil comprender cómo es que sus relaciones sociales sustantivas se limitan a un determinado grupo. Las personas, después de todo, escogen pareja o amistades con base a los círculos sociales de los que forman parte, los cuales no están formados aleatoriamente, sino con base en la cercanía social de los individuos, la cual, en México, suele estar diferenciada por nivel socioeconómico (Bottero, 2005).

Cuando la vida cotidiana se vive solo dentro de circuitos muy particulares de la ciudad y cuando la interacción sustancial con individuos de un nivel socioeconómico distinto es poca, zonas enteras de la ciudad pueden llegar a estar vacías de significado para quienes no las frecuentan o resignificadas con estigmas territoriales como la pobreza, la violencia, y el crimen (Bayón, 2012; Saraví, 2008). Estas zonas, por desconocidas y estereotipadas, pueden además generar sentimientos de inseguridad e incomodidad cuando sí son transitadas (Greenberg Raanan and Shoval, 2013). Además, la falta de contacto directo puede llevar a un sentido exagerado de la diferencia, basado en estereotipos e imágenes comunes en vez de en la experiencia directa del otro (Bottero, 2005). Por ello, aunque la distancia social puede, en un primer momento, ser un resultado involuntario de la vida cotidiana, puede terminar siendo también una decisión de aislamiento y separación basada en ideas preconcebidas sobre grupos o individuos distintos. Por ejemplo, el vivir en un conjunto residencial cerrado y con vigilancia se puede entender como una decisión que conscientemente toman algunos miembros de la élite por miedo a la violencia que tienen miedo de sufrir al exterior del mismo.

Gustos, prácticas y familiaridad institucional

Así como los espacios en los que las personas pasan su tiempo influyen las relaciones que forman, o no, con otros, también los gustos y formas de actuar que adquieren en su crianza y juventud sirven

¹³ Existen acepciones del término que consideran solo distancias objetivas y no en términos relacionales, pero no utilizo esta concepción del término en el trabajo actual.

para delimitar a sus similares y diferentes. Aunque estas formas pueden estar relacionadas con la clase o estrato no necesariamente se expresan o entienden de esa manera.

Para Bourdieu, la clase social está íntimamente ligada con ciertos estilos de vida y gustos, de tal manera que crecer en una clase social determinada inculca ciertas formas de ser en el mundo que, después, sirven para diferenciar a las personas. De esta manera, la cultura se entiende como una forma de capital que provee acceso a beneficios escasos y que se puede transmitir de una generación a otra, facilitando así el acceso a, y la permanencia en, esferas privilegiadas (Lareau and Weininger, 2003).

En los años 80, el planteamiento de Bourdieu inspiró una serie de trabajos en Estados Unidos que buscaron medir el grado al cual las personas tenían conocimientos y prácticas de alto estatus — como consumir arte, música clásica y cierta literatura considerada culta, asistir al teatro, museos, y conciertos de sinfónica u ópera— y la manera en la que éstas proporcionaban ventajas a los individuos, por encima, o independientemente, de las habilidades que éstos tuvieran (Lareau and Weininger, 2003). Además, estas investigaciones problematizaron el esquema rígido de diferenciación que Bourdieu había encontrado en Francia, pues encontraron que, en Estados Unidos, las clases altas se caracterizaban por ser *omnívoras*; es decir, por consumir un poco de todos los gustos culturales (Peterson and Kern, 1996).

Lo cierto es que, independientemente de lo consumido, tanto Bourdieu como los trabajos que lo siguieron encuentran una diferenciación en las formas de consumir cultura a partir de la posición social de los individuos. Lo que estas investigaciones han establecido es que las diferenciaciones de gustos suelen ser, también, diferenciaciones de clase; es decir, la preferencia de una persona por un género musical o un tipo de comida sobre otro “no es solo cuestión de un gusto individual, sino también una *expresión de sus relaciones de clase*” (Bottero, 2005, p. 139, énfasis original), aunque las personas no necesariamente lo entiendan o expliquen de esa manera. Esto significa que el consumo y la cultura, en vez de ser entendidos individualmente, se pueden utilizar como dimensiones a partir de las cuales entender la diferenciación social o la caracterización de grupos particulares (Lamont and Molnár, 2002).

Por ejemplo, Saraví (2015), en su estudio sobre jóvenes de clase privilegiada y popular en la Ciudad de México encuentra que, para la clase privilegiada, “hablar con un cierto tono de voz, no saber moverse en transporte público, identificar y preferir ciertas marcas, expresarse con fluidez en inglés, asistir a unas pocas escuelas y universidades privadas, conversar sobre algunos temas específicos, comer algunos alimentos, vestir y comportarse de forma determinada, compartir vivencias fuera del país —entre otros múltiples detalles— conforman la experiencia de la clase privilegiada y,

por lo tanto, constituyen también ‘la clase’ misma” (p. 198). Lo que vale la pena recalcar de este ejemplo es que, “pese a su trasfondo de clase, las fronteras entre unos y otros emergen como si solo se tratara de diferencias de estilo” (Saraví, 2015, p. 220). Es decir, las diferencias influenciadas por la clase se entienden como diferencias individuales y, en cuanto tales, se legitiman. El trazar fronteras de clase a partir de expresiones culturales se ha observado en cuestiones tan variadas como la vestimenta y la manera de ejercer la sexualidad (Bettie, 2014; Stuber, 2006), el consumo de música (Bryson, 1996; Peterson and Kern, 1996), entre otros ejemplos.

Estos estudios, entonces, no son importantes porque permiten identificar los rasgos de ciertos grupos sociales —el género de música que escuchan, la comida que consumen, la ropa que visten, las actividades que realizan— pues estos pueden cambiar, sino porque esas caracterizaciones dicen algo sobre cómo estos individuos entienden su contexto y se posicionan dentro de él. Por ejemplo, en su etnografía sobre una familia de élite mexicana, Adler Lomnitz y Pérez Lizauro (1993) mencionan que la familia utiliza los rituales como una manera de “definir y continuamente redefinir los límites de la red de parentesco versus el resto de la sociedad” (p. 208). Así, desde que se popularizaron las quinceañeras entre las clases bajas, la familia dejó de celebrarlas, ahora destacan los quince años “mediante la entrega de regalos especiales, fiestas familiares y a veces un viaje al extranjero” (p. 186). Lo que es relevante no es si la familia celebra los quince años con regalos especiales o con un viaje, pues esos hechos particulares pueden variar rápidamente, sino el hecho de que considera necesario celebrarlo de una manera distinta a la popularizada entre las clases bajas.

Más ampliamente, estas expresiones culturales de la clase forman parte de una serie de fronteras simbólicas; es decir, principios de clasificación que son utilizados para separar a personas, prácticas y espacios y, a partir de ello, enunciar sentimientos de pertenencia o diferenciación (Lamont and Molnár, 2002). Se trata de maneras particulares de hablar o vestir, de distintos gustos de consumo, de actitudes, aptitudes o cualidades diferenciadas, e incluso de valores morales que fomentan una distancia social (Lamont, 1992; Sayer, 2002, 2005). Cuando existe un consenso general en torno a las fronteras simbólicas —es decir, cuando se comparte una idea sobre cuáles son formas “aceptables” de comportamiento— estas pueden constreñir las interacciones sociales de manera sustantiva si alguien no las posee (Lamont and Molnár, 2002). Además, cuando las fronteras o distancias sociales son grandes, la existencia simultánea de fronteras simbólicas sirve para cristalizar las diferencias materiales (Lamont and Molnár, 2002; Ridgeway, 2014).

Ahora bien, según Lareau y Weininger (2003), el enfoque en los gustos *refinados* es tan solo un componente de la definición original de capital cultural avanzada por Bourdieu. Según los autores, el

capital cultural es una noción mucho más amplia que debe entenderse como el conjunto de habilidades, conocimientos, competencias, preferencias y gustos que le permiten a ciertos grupos interactuar fácil y exitosamente con instituciones que otorgan estatus, como las escuelas. Varios estudios en Estados Unidos han demostrado que la familiaridad de los padres con las formas de funcionar de establecimientos educativos otorga ventajas palpables para sus hijos: conocer cómo funcionan los exámenes de admisión universitaria permite a los padres brindar mejor acompañamiento a sus hijos en este proceso; la participación activa de los padres en la experiencia educativa de sus hijos —por ejemplo, al ayudarles con la tarea o contratarles tutores privados o pedir un trato individualizado en la escuela para atender sus retos de aprendizaje— también moldea las posibilidades de éxito de los menores (Lareau and Weininger, 2003).

Estos estudios indican que, más allá de si una persona tiene o no un gusto particular, la familiaridad de una generación con las instituciones de una sociedad —generalmente otorgada al haber transitado por las mismas— o con los modos de ser de las personas que las representan —habitualmente tratándose de profesionistas de clase media— facilita el tránsito de sus descendientes por las mismas. Al conocer cómo funcionan las instituciones, los padres pueden ayudar a sus hijos a resolver y evitar problemas, así como a sacar el mejor provecho de ellas (Lareau and Cox, 2011). Además, estos estudios muestran que no es posible distinguir entre las preferencias y formas de ser que facilitan acceso a instituciones educativas o profesionales, por un lado, y las habilidades, por el otro. Aunque las segundas suelen ser consideradas como una evaluación objetiva del talento o conocimiento del individuo, adquieren un valor más allá del técnico por tratarse de las habilidades que tienen las clases altas (Lareau and Weininger, 2003).

En su conjunto, los estudios referidos en esta sección apuntan a tres hallazgos principales. En primer lugar, invitan a entender la cultura no como una decisión meramente individual, sino como aspectos que están altamente influenciados por las posiciones e identidades que ocupan las personas y las relaciones que éstas generan en su entorno particular. En segundo lugar, muestran cómo la clase se aprehende desde la infancia en un proceso altamente inconsciente en que las personas observan formas de actuar y ser en el mundo de los adultos que les rodean. En tercer lugar, apuntan a un aspecto de la clase sobre el cual se ahonda en las siguientes dos secciones: la posición socioeconómica influencia la experiencia vivida de las personas y sus formas de relacionarse con otros individuos.

Actitudes

La familiaridad con las instituciones y las formas de actuar mencionadas en la sección anterior son observadas por hijos e hijas desde pequeños, quienes muchas veces implícitamente están recibiendo aprendizajes sobre cómo deben interactuar en su entorno. Por ejemplo, los padres de clase media y alta suelen dirigirse a los profesionistas con los que tienen contacto regular —maestros y doctores— como sus iguales y no titubean en llamarles la atención o en cuestionarlos cuando creen que no están haciendo un buen trabajo (Lareau, 2011; Weininger and Lareau, 2003). En cambio, los padres de clase social más baja suelen exhibir menos asertividad en estas interacciones, posiblemente porque desconocen la terminología utilizada por los profesionistas y prefieren deferir esas decisiones al criterio de los profesionistas. Los niños observan estas interacciones y son enseñados por sus padres a participar en ellas de cierta manera: generalmente, a los niños de clase media y alta se les invita a hacer sus propias preguntas, mientras que a niños de menor clase social se les enseña a no cuestionar a las autoridades (Wilkins and Pace, 2014). Aprenden, entonces, desde una temprana edad, el lugar que deben ocupar en esas interacciones (Calarco, 2011; Lareau, 2011).

Esto, es importante aclarar, no significa que los menores de clase media y alta tengan mejores habilidades, sino que adquieren habilidades que son más valoradas en el mundo profesional y que —cuando estas valoraciones son compartidas por la sociedad en general— también les otorgan cierto reconocimiento social (Sayer, 2005). La crianza, entonces, dota a los individuos de enseñanzas sobre cómo interactuar en su entorno y les permite acumular habilidades que son más o menos valoradas en el mundo que define el éxito profesional.

Además, estas actitudes implican una cierta manera de moverse por el mundo y relacionarse con otros. En la literatura en inglés, la palabra *entitlement* se ha utilizado para describir la actitud de merecimiento típica de las aristocracias antiguas: la sensación de que uno merece ser tratado de cierta manera privilegiada por el simple hecho de nacer en la familia en la que nació. En contraste con esto, existe en la época contemporánea la idea meritocrática de que las personas ya no tienen su posición por derecho de nacimiento, sino porque se la han ganado a través de su esfuerzo. En su estudio sobre las estrategias de crianza de la élite neoyorkina, Sherman (2017) observa que, en general, los padres tienen un interés por educar hijas e hijos que justamente eviten sentir que merecen ese privilegio; por tanto, intentan educar personas que gastan sensatamente, son trabajadoras y son conscientes de la posición privilegiada que ocupan.

Sin embargo, el querer alejarse de esa acepción del *entitlement* no necesariamente implica que las personas no son educadas para esperar ciertos beneficios. Lareau (2011), en su estudio sobre familias

de clase media y media alta, observa múltiples momentos en los que los menores son enseñados a esperar cierto trato y acomodo por parte de las instituciones. Ella ve cómo los padres de clase media cuestionan a las autoridades educativas para que reconsideren la calificación de un hijo o le den lugar a su hija en un programa para estudiantes talentosos al que originalmente no había sido aceptada, y cómo invitan a sus hijos e hijas a realizar preguntas y cuestionar a figuras de autoridad, y las entiende como instancias en las que los menores están aprendiendo que merecen recibir atención por parte de figuras de autoridad y que está bien exigir y esperar un trato que se adecue a sus necesidades individuales (Lareau, 2011). Para Lareau, esto es el *entitlement* moderno: sentirse con la legitimidad de interactuar con, y exigir a, la autoridad.

Khan (2011), en su etnografía de un internado privado en el este de Estados Unidos, observa que los estudiantes buscan alejarse lo más posible de la acepción aristocrática del *entitlement* y, en su lugar, emplean una narrativa meritocrática para explicar sus privilegios. Para él, la actitud característica de las élites de hoy es el *ease*, entendida como la facilidad y comodidad para sentirse a gusto y legítimo al habitar situaciones y contextos muy diversos: escuchar música clásica y rap, asistir a un evento filantrópico en un hotel exclusivo y participar en un espacio de protesta en la escuela. Entonces, aunque los conceptos utilizados por los autores son distintos, lo que identifican es, por un lado, el deseo de estos grupos privilegiados de presentarse como individuos que ocupan su posición privilegiada por mérito propio y que son sensatos en el uso de ésta, y, por el otro, una actitud que exhibe comodidad al habitar ciertos espacios, que no tanto tiene que ver con la familiaridad con ellos, sino con el sentirse en legitimidad de hacerlo.

Estas actitudes pueden ayudar a la persona que las posee a obtener ciertos beneficios, como formar parte de un grupo de estudiantes al que las calificaciones por sí solas no le abrieron las puertas u obtener un trabajo por saber cómo desenvolverse de la manera esperada en una entrevista. También implican que estas personas aprenden a relacionarse desde una posición particular: una donde es normal exigir cierto trato beneficioso de otros, donde se espera atención, y donde se asume que uno siempre tiene un lugar que legítimamente puede ocupar.

El grado al cual estas actitudes se encuentran presentes entre las élites mexicanas es una pregunta empírica que no se abordará directamente en esta tesis. Sin embargo, más allá de las actitudes particulares que se observan entre grupos privilegiados, las investigaciones mencionadas dan cuenta de que la clase no es solo, ni principalmente, un adjetivo sobre la persona ni un simple número, sino un elemento de cómo los individuos se mueven en el mundo, interactúan con otros, y se entienden a

sí mismos. También, la discusión sobre el *entitlement* indica que es importante mirar cómo la clase moldea las expectativas que uno tiene del mundo a su alrededor.

Percepciones y significados

Puesto que la clase o el estrato de pertenencia es un factor que influencia el sentido de sí mismos que tienen los individuos, investigaciones recientes se han enfocado en explorar de qué manera las personas entienden la desigualdad económica y su posición dentro de ella. Siguiendo a Lamont et al. (2014), investigar la desigualdad no solo implica analizar el control de recursos materiales, la distribución de recursos inmateriales, como el capital cultural o simbólico, o las causas y consecuencias de la desigualdad en una red social, sino que también comprende estudiar cómo se reproduce la desigualdad a través de estructuras de significado compartidas, como los prejuicios, estereotipos, o narrativas culturales; es decir, a través de procesos culturales.

Los procesos culturales son los significados compartidos a través de los cuales las personas perciben y otorgan sentido a su entorno y sirven para clasificarse a sí mismos y a los demás, así como para establecer fronteras entre individuos (Lamont et al., 2014). Significa, por ejemplo, estudiar cómo se construyen las categorías raciales en sociedades particulares y su cambio a través del tiempo, o cómo se van construyendo estigmas que designan a ciertos grupos como parías sociales e incluso cómo estos grupos responden ante los estereotipos negativos. Se trata de entender procesos de estigmatización, racialización, identificación, conmensuración, estandarización y evaluación, entre otros (Lamont et al., 2014).

En particular, vale la pena señalar la literatura sobre dos tipos de procesos: los de racionalización —operaciones mentales en las que se pretende hacer lógico cierto aspecto de la sociedad y que suele devenir en su legitimación— y los de identificación —las formas en las que los individuos y grupos se identifican a sí mismos, y son identificados por otros, como miembros de un colectivo más amplio— (Lamont et al., 2014).

Dentro de los primeros se ubican los estudios sobre la legitimación de la distribución de ingresos. Es decir, los estudios que buscan entender cómo las personas se explican a sí mismas el que unas tengan más que otras y cómo eso puede afectar, en primer lugar, su nivel de tolerancia a la desigualdad y, en segundo lugar, el tipo de política pública que están dispuestas a apoyar. Uno de los discursos más comunes para legitimar un orden desigual es la meritocracia: la idea de que las posiciones sociales y la retribución económica se pueden explicar con base en el esfuerzo, inteligencia, aptitud y trabajo de los individuos. Bajo esta lógica, quienes están en posiciones más altas son personas

meritorias de tal posición por el trabajo que han realizado o por la inteligencia con la que han sabido moverse en el mundo, mientras que quienes están en posiciones más bajas son personas con pocas aptitudes o, aún más, individuos flojos, viciosos y desmotivados.

A pesar de que muchos estudios demuestran contundentemente que, en México, y en muchos otros países, no vivimos en una sociedad meritocrática —pues la posibilidad de mejorar la posición socioeconómica de uno con respecto a la de sus padres, o sea, de salir adelante por esfuerzo propio, es bastante pequeña (Vélez-Grajales and Monroy-Gómez-Franco, 2017)— ésta sigue siendo una creencia altamente popularizada, incluso entre personas desfavorecidas por esta visión (Bayón and Saraví, 2013; Reis, 2004).

A veces, esta ideología se expresa en frases como ‘el pobre es pobre porque quiere’ u otro tipo de expresiones similares que comunican la creencia de que, independientemente del lugar de nacimiento, una persona puede salir adelante si ‘le echa ganas’ y ‘se lo propone’. Sin embargo, esta no es la única manera, ni quizás la más común, en la que se evidencia esta forma de pensar sobre la distribución de ingresos y oportunidades. Por eso, es importante mirar algunas expresiones contextualizadas de la creencia meritocrática.

En el contexto estadounidense, Adam Howard (2010) encuentra que adolescentes de una preparatoria privada consideran que, a diferencia de sus contrapartes en escuelas públicas, a ellos les interesa mucho ser exitosos en la escuela, por lo que le dedican tiempo, esfuerzo y dinero a la educación. Uno de los jóvenes, por ejemplo, explica que las familias de la escuela privada “pagan mucho dinero para que podamos venir a esta escuela porque todos valoramos la educación”, mientras que “en las áreas pobres, la gente no valora la educación de la misma manera y no están dispuestos a proveer el dinero que las escuelas requieren para tener los recursos necesarios para una buena educación” (Howard, 2010, p. 1983). Bajo esta visión, no mandar a sus hijos a una escuela privada de alto nivel se entiende como una opción que los padres de clase baja deciden no tomar, pues bien podrían sacrificarse en otros aspectos o ser ciudadanos más activos, para asegurar que las escuelas locales tuvieran buenos recursos¹⁴.

Esta manera de entender las decisiones personales se observa también en ámbitos donde se pensaría que los obstáculos estructurales serían más obvios. Por ejemplo, Sherwood (2010) encuentra que algunos miembros de campos de golf exclusivos en Estados Unidos consideran que ellos no son

¹⁴ En Estados Unidos, las escuelas públicas son financiadas con los impuestos locales, por lo que los barrios pobres suelen tener escuelas con pocos recursos y de baja calidad académica y los barrios ricos suelen tener escuelas públicas de alto nivel académico.

particularmente privilegiados, sino que consultaron sus opciones sobre cómo tendría más sentido gastar su dinero, ahorraron e hicieron sacrificios, y decidieron invertirlo en una membresía del campo de golf porque les otorgaba mucho placer pasar su tiempo ahí. Similarmente, Stuber (2006) dialoga con estudiantes universitarios que le explican, por ejemplo, “sí tengo ropa linda y mi cuarto es muy bonito; definitivamente me esforcé mucho para tener el mejor cuarto posible. Pero al mismo tiempo, fui listo al respecto. Compré todo en descuento: reviso y comparo precios y así” (p. 310). De esta manera, el estudiante reconoce que tiene una situación privilegiada que le permite tener objetos a los que otros no tienen acceso, pero inmediatamente minimiza esa ventaja diciendo que más bien se trata de que él es listo con el dinero y sabe cómo sacarle provecho. Estas explicaciones, por supuesto, ignoran las altas restricciones monetarias que pueden tener algunas personas, así como las razones estructurales que llevan a grupos marginados a hacer un menor uso de los espacios de decisión pública donde podrían exigir más recursos¹⁵.

Aunque se observan en distintos contextos, todos estos ejemplos muestran el mismo movimiento discursivo: personas en una situación de ventaja económica discuten las condiciones restrictivas que viven otros como si fueran decisiones individuales. De esta manera, justifican su propia posición como una decisión mejor o, simplemente, diferente, a la de otros, oscureciendo las condiciones sociales que moldean las vidas de los individuos.

Este enfoque en el individuo y sus decisiones personales lleva al surgimiento de discusiones sobre el carácter moral de las personas en pobreza. En el caso de Estados Unidos, Katz (2013) documenta la diferenciación histórica y vigente entre “los pobres merecedores” y “los pobres no merecedores”: los primeros siendo personas honradas y trabajadoras cuyas circunstancias adversas están fuera de su control y los segundos siendo personas que han caído en la pobreza por carencias morales, culturales o biológicas personales y que, por lo tanto, no merecen recibir ayuda de la sociedad. Estas ideas se han perpetuado a través de estereotipos racistas, como la figura del *welfare queen*, que sirven como retórica política para erosionar el apoyo público hacia los programas de asistencia social (Cammett, 2014). Estas “metáforas estigmatizantes” (Cammett, 2014) tienen consecuencias palpables, por ejemplo, la reforma de 1996 al sistema de bienestar estadounidense se diseñó con una única

¹⁵ El interlocutor de Howard hace referencia a las elecciones como una vía a través de la cual los barrios pobres podrían exigir mayores gastos en educación y culpa a las personas por no ir a votar para exigir esos cambios. Esto ignora las múltiples razones por las cuales grupos marginados pueden sentirse desalentados a votar, así como las estrategias que se utilizan en Estados Unidos para evitar que grupos marginalizados emitan su voto (ver <https://www.aclu.org/news/civil-liberties/block-the-vote-voter-suppression-in-2020/>).

persona beneficiaria en mente, la pobre merecedora, y, por ende, introdujo la exigencia de que uno debe estar trabajando o buscando trabajo para recibir asistencia social.

En México, Lorenzo Río (2011) encuentra una distinción similar en su historia sobre el surgimiento de la beneficencia pública en la Ciudad de México. La autora explica que, a finales del siglo XIX, se realizaba una distinción entre los pobres “respetables” y “aquellos condenados al vicio y la miseria” que debían ser corregidos y educados, de tal manera que “el vicio y la virtud, el ocio y el trabajo fueron binomios que conjugaron una mirada clásica sobre los pobres en México” (p. 29-30). Mirada que no ha estado ausente de la lógica pública en décadas recientes: Oportunidades/Progresar/Prospera, el programa social más conocido y de larga duración en México, exigía a las personas beneficiarias realizar ciertas prácticas, como llevar a sus hijos a las clínicas de salud y mostrar acuse de inscripción escolar, a cambio de recibir un apoyo monetario. Independientemente de los efectos de este tipo de programa, importa el hecho de que perciben a las personas beneficiarias como individuos que deben hacer algo para merecer ese apoyo, y no como individuos que han sido dejados atrás por el modelo económico y las decisiones institucionales existentes.

Lo que se documenta en estos casos es un enfoque casi exclusivo en la calidad moral de las personas en pobreza, dejando a un lado discusiones de carácter estructural. Así, se llega a la conclusión de que hay pobres que no merecen serlo porque son buenas personas y, por ende, pueden ser ayudados, mientras que los demás deben ser o corregidos o simplemente abandonados a su propia suerte. Esta visión no solo es característica de los diseños de política pública antes mencionados, sino que tiene amplia validez social, lo que se ha traducido en un fuerte estigma hacia las personas que reciben apoyo de programas sociales (Jaramillo Molina, 2019a, 2019b).

Ahora bien, esta distinción sobre el carácter moral de las personas es una que no solo se realiza para individuos en pobreza, sino también para individuos en el otro extremo de la distribución de ingresos. Este enfoque en el juicio moral de las personas que ocupan estas posiciones —es decir, individualizar la conversación— es una estrategia que convive con el discurso meritocrático, pero que también puede convivir con otras maneras de entender la desigualdad social, en todos los casos para legitimar e incluso naturalizarla.

DaMatta (1997), antropólogo brasileño, analiza lo que la expresión “sabe com quem está falando?” (¿Sabes con quién estás hablando?¹⁶) puede decir sobre las relaciones sociales en Brasil. Según el autor, la frase se utiliza en situaciones muy variadas, la más obvia siendo cuando una persona

¹⁶ Todas las traducciones del portugués al español son mías.

considera que alguien de un estatus inferior al suyo le está faltando el respeto o está actuando en desacuerdo con su posición social inferior. Este uso típico de la frase sirve para que la persona de mayor posición reestablezca su autoridad en la interacción y pase a ser tratada, no como conciudadano de la otra, sino como individuo que merece un trato especial.

Sin embargo, DaMatta muestra que esta frase no solo es utilizada por personas de estratos más altos, sino también por individuos que están en una relación laboral con éstos y que utilizan la frase como una manera de establecer autoridad en sus relaciones sociales con individuos de posición similar; por ejemplo, cuando un chofer entra en una riña, se defiende identificándose con su empleador, y dice “¿Sabes con quién estás hablando? ¡Soy el conductor del Ministro!” (DaMatta, 1997, p. 190). En este caso, la persona trabajadora usa la expresión para su propio bien, haciendo uso del prestigio social de su empleador. De esta manera, se facilita una identificación vertical que desdibuja la diferenciación económica obvia entre empleado y empleador. En este segundo uso de la frase, el trabajador se identifica con su patrón no solo por los beneficios que le puede traer el hacer uso de su estatus durante una discusión, sino también porque el empleador parece generar ciertos beneficios a corto plazo; por ejemplo, en México, donde apenas el 1% de trabajadoras del hogar tiene acceso a seguridad social¹⁷, esta relación laboral generalmente involucra una dependencia en la generosidad de las personas empleadoras para pagar los gastos médicos de la persona empleada o de su familia. Así, la relación se dibuja como una que parece ser beneficiosa para ambas partes, pero que difumina las injusticias que se mantienen en el fondo.

Para DaMatta, los distintos usos de esta frase permiten entrever una verdad más amplia sobre la sociedad brasileña: la existencia de dos modos contrapuestos y simultáneos de relacionarse. Por un lado, la igualdad democrática bajo la cual todos los individuos son iguales, y, por el otro, las relaciones jerárquicas que continuamente buscan remarcar la diferencia. La expresión “¿sabes con quién estás hablando?”, y la interacción que la sucede, se trata, pues, de un rito de autoridad en el cual se establece continuamente la jerarquía social. No solo esto, sino que también parte de una visión naturalizada de la jerarquía, pues las relaciones marcadas por una profunda desigualdad se llegan a entender como relaciones de complementariedad y solidaridad que aportan al buen funcionamiento de la sociedad.

Se puede, entonces, ser un buen patrón, considerado y bondadoso, o uno malo, así como se puede ser una empleada limpia y trabajadora o una sucia y floja. Por eso una persona empleadora

¹⁷ Esta cifra se refiere a datos recientes sobre el nuevo programa de afiliación al IMSS para trabajadoras del hogar (Arteta, 2021). El porcentaje real debe ser un poco mayor debido a las personas que, previo a este programa, estaban registradas como trabajadoras en las empresas de sus empleadores; sin embargo, esa situación ha de ser mínima y, en todo caso, no cambia la situación general del sector.

puede sentirse satisfecha con su posición de poder puesto que ‘la utiliza correctamente’, siendo respetuosa y generosa. Similarmente, quien es empleada o empleado por esta persona, puede sentir que está en una buena relación laboral porque le brinda ciertos beneficios que otros empleadores no proveen. De esta manera, lo que es principalmente una relación económica pasa a entenderse como una relación personal. Bajo estos nuevos términos, lo que está en cuestión ya no es la distribución de recursos o la organización económica de la sociedad, sino más bien la moralidad de las partes. Es decir, se habla de los buenos o malos patrones y de los buenos o malos empleados, pero no se cuestionan los términos de la relación en la que participan: incluso se entiende como positiva para ambas partes.

Concebir a la relación jerárquica como complementaria y, hasta cierto punto, natural, también se encuentra en otras investigaciones, aunque no como su principal enfoque. En su etnografía sobre una familia de élite mexicana, Adler Lomnitz y Pérez Lizaur (1993) encuentran un fuerte arraigo de la idea del patrón benevolente, el “buen empresario católico”, que asume riesgos para hacer crecer a la empresa y así seguir ofreciendo puestos de trabajo a sus empleados (p. 223). Esta visión parte de una relación en la que el obrero debe “[respetar] a su patrón como su superior” y el empleador debe “respetar la dignidad personal del trabajador” (Adler Lomnitz and Pérez Lizaur, 1993, p. 223). Saraví (2015) platica con un joven de una universidad privada de estrato alto que le comparte que él quiere ser un buen empleador, pues “no hay nada como que veas a tus empleados que te ven y te muestran una sonrisa o te dan muestras de respeto” (Saraví, 2015, p. 268). En otro contexto, Lamont (1992) encuentra esta misma preocupación entre empresarios de clase media y media alta por “ayudar a sus empleados a desarrollarse plenamente” (p. xxxiv).

En todos estos ejemplos se observa que las personas de estrato económico alto no cuestionan su posición social ni el poder que viene con ella, sino solo la manera en la que viven esa posición: con o sin consideración y generosidad a quienes se encuentran por debajo de ellas. En consecuencia, buscan mostrarse como individuos respetuosos y buenos y diferenciarse de otros que, en una posición similar, no cumplen con los mismos preceptos morales que ven en sí mismos.

Esta diferenciación moral entre individuos del mismo estrato es un elemento que también encuentra Sherman (2017) en su estudio sobre las élites neoyorkinas. La autora explora cómo miembros de esta élite se sienten, piensan y toman decisiones sobre el dinero que tienen. Encuentra a personas renuentes a definirse a sí mismas en términos de sus ingresos o riqueza, incómodas al hablar de cuestiones económicas y que, más bien, buscan presentarse como ordinarias. Sherman explica que las personas quieren verse a sí mismas como legítimamente ricas y, por ende, buscan retratarse como moralmente merecedoras del privilegio que tienen. Para ellas y ellos, esto implica presentarse como

individuos que trabajan duro, consumen prudentemente y no de manera ostentosa, y redistribuyen y regresan algunas de las ventajas que han recibido a través de acciones caritativas.

Cabe anotar que esto no necesariamente implica que sus entrevistadas¹⁸ adopten una visión meritocrática de la distribución de ingresos, pues varias de ellas afirman que no han hecho nada para merecer tanto privilegio, que nadie merece tanto privilegio, como lo expresa uno de ellos: “No lo merezco. Nadie merece esto. Nadie debería sentirse merecedor a tanto lujo...me siento súper, súper suertudo” (Sherman, 2017, p. 127). Incluso pueden reconocer las ventajas que los hicieron llegar a esas posiciones y las injusticias que impiden que otros lo hagan.

El discurso que se enfoca en su moralidad individual, por lo tanto, no necesariamente es el complementario a una visión meritocrática de la sociedad. Aunque ciertamente pueda convivir con ella, también puede hacerlo con visiones más críticas. Sin embargo, su uso tiene el mismo efecto: al enfocarse en si las personas viven respetablemente su posición social y de acuerdo con ciertos estándares morales, la existencia de una posición tan privilegiada con respecto a otras deja de ser cuestionada. Como Sherman (2017) explica, una discusión que debería centrarse en la justicia de la distribución de recursos se convierte en una sobre la moralidad de personas particulares; es decir, el objetivo se convierte en juzgar la manera en la que la persona habita su privilegio y no en cuestionar si debería o no existir ese nivel de diferenciación social. El supuesto no nombrado es que sí existe una manera correcta de habitar el privilegio, o, del otro lado, de ser pobre, y, por ende, la estructura queda intacta.

Aunque los contextos y discursos analizados por DaMatta y Sherman tienen variaciones importantes —por ejemplo, Sherman no estudia el elemento de la complementariedad de la relación jerárquica, sino simplemente la diferenciación moral de los individuos de clase alta entre sus pares— ambos demuestran la existencia de un discurso a través del cual la desigualdad económica —una cuestión de carácter estructural— se convierte en una discusión sobre las maneras legítimas e ilegítimas de habitar una posición social. Es decir, se vuelve una distinción moral entre ser buenos o malos, sean ricos o pobres.

Tanto estos estudios sobre el discurso moral, como los anteriores sobre el discurso meritocrático, indican que podemos entender mejor cómo se vive y entiende la desigualdad económica cuando nos fijamos en cómo ésta se explica en distintas racionalizaciones que facilitan la legitimación del estatus quo.

¹⁸ Utilizo el femenino porque la mayoría de ellas son mujeres.

Emociones

Finalmente, siendo la clase o el estrato al que se pertenece algo que afecta las relaciones, los gustos, las actitudes y las percepciones de sí mismo de las personas, no debe sorprender que también es un elemento de la vida social que genera emociones y sensaciones. Esto implica, por un lado, que las diferencias de clase se suelen vivir no solo racional, sino también fisiológicamente, y, por otro lado, que una parte importante de “*ser* iguales es *sentirse* iguales” (Young Kim, 2016, p. 444, énfasis original).

Las diferencias que aquí se han mencionado y que se expresan en distintos gustos culturales o estilos de vida, en actitudes de merecimiento o de superioridad, crean también “barreras emocionales” que limitan la interacción humana (Elias and Scotson, 2016, p. 36). Aunque, históricamente, las emociones se han entendido como opuestas a la razón y, por lo tanto, fuera del área de interés de las ciencias sociales, nuevas teorías hoy en día apuntan a las emociones como un componente fundamental de la experiencia social que transmite juicios sobre las relaciones de una persona con el mundo externo. Esto ha llevado a investigaciones sobre los afectos y emociones que se generan en distintas situaciones sociales.

En 1937, George Orwell, citado en Bottero (2005), explicaba cómo las fronteras sociales son reforzadas por sentimientos fuertemente internalizados:

Eso fue lo que nos enseñaron —que *las clases bajas huelen feo*—. Y aquí, obviamente, estás ante una frontera intransitable. Porque ningún sentimiento de gusto o disgusto es tan fundamental como un sentimiento físico. El odio de raza, de religión, las diferencias de educación, temperamento, o intelecto, hasta las diferencias en el código moral, pueden sobrepasarse; pero la repulsión física no [...] y en mi infancia nos enseñaron que los pobres eran sucios. Muy temprano en la vida adquirías la idea de que había algo sutilmente repulsivo sobre el cuerpo de clase obrera. (p.29, énfasis original)

Este asco o disgusto se ha observado también en la actitud hacia comidas asociadas con grupos más pobres o étnicos distintos (Wilkins and Pace, 2014).

Otro sentimiento que se identifica constantemente en la interacción de individuos de distinta clase social es la incomodidad. Una estudiante de una universidad privada de alto costo platica que ella, a diferencia de un amigo, escogió ir a una escuela privada y no a la UNAM porque “[a él] le gustan sus clases porque académicamente son buenas, pero sus compañeros de clase...no tratan de llevarse con él ni él con ellos porque viven en mundos muy diferentes. No quiero sonar como una snob ni nada, pero es la verdad...*yo busqué un lugar donde podía sentirme a gusto...con mi forma de vida*” (Bayón and Saraví, 2013, p. 46, énfasis mío). Este deseo por sentirse cómodo en un espacio es uno que también

encuentra Sherwood (2010) entre los miembros de clubes de golf con quienes platica: ellos sienten que individuos demasiado diferentes —por ejemplo, porque son judíos o católicos en vez de protestantes o porque son negros— no se van a sentir cómodos en esos espacios y que quizás los miembros actuales tampoco se sentirían cómodos con tanta diversidad, por lo que aprecian la exclusividad del lugar. Es decir, la incomodidad de convivir en un mismo espacio, como miembros iguales, con otro diferente aparece como una barrera que dificulta ese tipo de interacciones.

Bonilla-Silva (2019) llama “emociones racializadas” a aquellas emociones relacionadas con la raza¹⁹ que son experimentadas cuando las personas participan en una interacción interracial o que surgen a raíz de ver una película o una foto, participar en una discusión o ir a un lugar particular que obvie diferencias de raza. Ejemplo de estas emociones son el tener miedo al pasar por un barrio predominantemente afroamericano siendo blanco, o sentirse incómodo en un espacio predominantemente blanco siendo negro. También implican emociones positivas, como la satisfacción que puede venir de ocupar una posición de dominación o de resistir ante ésta. Esto implica que las emociones causadas por las diferencias raciales, como la raza misma, “son socialmente reales y tienen una materialidad que no puede ser ignorada”, aun si la raza en sí no existe (Bonilla-Silva, 2019, p. 4).

Sumando esta literatura a las secciones anteriores, queda claro que no necesitan existir barreras formales para que las personas no interactúen: las personas pueden no tener mucho contacto por el simple hecho de realizar sus actividades cotidianas en contextos segregados y de alta desigualdad y por los gustos e intereses que acumulan en sus crianzas de clase. Más aún, la distancia social que esto implica significa que, cuando sí se dan interacciones, éstas pueden ser incómodas o poco fluidas, lo cual dificulta que, de ahí, nazca una relación más íntima (Bottero, 2005). Si a eso se le suma un alto grado de naturalización de las diferencias de clase, es sencillo entender que pueden generar efectos físicos y emocionales —como el miedo, la desconfianza o incluso el asco— cuando ocurren estos encuentros y que las personas busquen alejarse lo más posible de esas emociones o sensaciones negativas.

¹⁹ Utilizo el término para referirme al conjunto de elementos fenotípicos que socialmente se entienden como “razas” y a los que históricamente se les ha asignado un valor diferenciado, a pesar de que estas diferencias no se sustentan biológicamente.

Perspectiva analítica

Las investigaciones mencionadas proporcionan varios elementos para entender cómo se conforman las diferencias sociales a partir de la clase: crecer y transitar la vida cotidiana en contextos aislados y segregados reduce la probabilidad de encontrarse en condición de igualdad con personas distintas a uno. Cuando estos encuentros ocurren, no suelen darse en condiciones propicias para generar una relación de pares, sino que se trata, comúnmente, de relaciones jerárquicas. La distancia social también se traduce en distintas formas de expresarse: gustos, modales, formas de hablar, que sirven para naturalizar esa distancia y darle un aire de elección individual. Además, las prácticas de crianza asociadas con la clase social generan en los individuos actitudes particulares sobre cómo relacionarse con su entorno. Todo esto implica que la clase, el estrato o la situación socioeconómica, suelen estar emocionalmente cargadas de significado y que estas emociones, a la vez, determinan qué relaciones las personas deciden frecuentar. Además, existen procesos culturales que sirven para explicar y racionalizar la experiencia de clase y que tienen el efecto de volverla una parte legítima, o por lo menos normal, del orden social.

Esta literatura es sumamente importante en un esfuerzo por entender cómo la clase social se solidifica en diferencias de estatus, sin embargo, no atiende directamente a las preguntas sobre cómo las personas comprenden sus relaciones sociales y, por ende, tampoco atienden preguntas sobre el reconocimiento que se otorgan los individuos entre sí.

Con esta literatura como telón de fondo, conviene regresar al problema original y preguntarse cuáles de estos conceptos y evidencias son más útiles para ayudar a responder las preguntas de interés de esta tesis. La pregunta general que se había planteado es la siguiente: ¿Cómo se relacionan las personas de estratos altos con quienes no comparten su posición socioeconómica?

A su vez, ésta se compone de un subconjunto de preguntas:

- ❖ ¿Qué tipos de vínculos entablan estos individuos con personas de menores estratos?
 - ¿Qué pautas siguen esas relaciones?
 - ¿Dónde y cómo las aprendieron?
 - ¿Cómo entienden esos vínculos?
 - ¿Cómo entienden su posición social dentro de esos vínculos?
- ❖ ¿Qué obstáculos encuentran para relacionarse con personas de otros estratos?

- ¿Qué dificultades encuentran para establecer intimidad con personas de estratos inferiores y cómo las explican?
- ¿Qué límites trazan al establecer relaciones con personas de menores estratos?

Estas preguntas buscan atender una inquietud más profunda y de corte ético, ubicada en el análisis de los juicios de valor que realizan las personas: ¿Cómo opera la clase para definir a los pares, a individuos iguales a uno?

Para resolver estas preguntas, es útil retomar dos conceptos de la literatura previamente revisada: *la distancia social* y *los procesos culturales*. Por un lado, la distancia social, entendida como la intimidad, o falta de ella, entre distintos individuos o grupos, sirve para identificar las relaciones inter-estrato de las personas y sus características. Al ser un término que no se refiere a la cercanía geográfica, sino relacional, permite enfocar el análisis en la calidad de las relaciones sociales entabladas y los factores que las facilitan o dificultan. Por el otro, los procesos culturales llaman la atención a los significados y marcos mentales que las personas utilizan para entender y explicarse las distancias o cercanías sociales en sus vidas. Ambas nociones sirven para investigar las formas en las que las personas se relacionan y entienden esos vínculos en un contexto marcado por la desigualdad económica. A continuación, reviso cada concepto con mayor detalle, reparando sobre la manera en que serán utilizados, y sigo con una definición del grupo a estudiar.

Distancia social

Como ya se mencionaba al principio de la sección anterior, las personas interactúan más con unos individuos que con otros por el simple hecho de que los espacios a los que acuden ya contienen una preselección de personas: las clases de baile atraen a personas interesadas en los mismos géneros, las iglesias o templos atraen a individuos que comparten una religión, los grupos políticos atraen a individuos que comparten ciertos ideales, y todos estos espacios suelen estar diferenciados geográficamente, pues las personas generalmente se mueven dentro de áreas circunscritas de la ciudad.

Esto implica que, al ir por la vida cotidiana, es más fácil coincidir con unas personas que con otras, tener elementos en común y, por ende, generar relaciones íntimas con ellas. Las relaciones íntimas se pueden medir de distintas maneras, por ejemplo, al analizar las elecciones de pareja o amistad de las personas o ver a quién invitan a su casa o con quién comparten la mesa al comer. Todas estas, para la sociología, han sido tomadas como evidencia de que los individuos se aceptan y entienden como iguales (Bottero, 2005; Bottero and Prandy, 2003) y, por ende, de que están dispuestos a

compartir intimidad. Siguiendo esta línea, utilizaré la misma definición de relaciones íntimas al explorar su existencia en mis entrevistas.

Preguntarse por las relaciones íntimas de las personas tiene varias implicaciones para el estudio de la desigualdad (Bottero and Prandy, 2003). En primer lugar, es una visión de la estratificación que, en vez de partir de un modelo previo de estructura que después es sobreimpuesto sobre la realidad, busca dibujar ese modelo a partir de las asociaciones existentes entre individuos²⁰.

En segundo lugar, es una perspectiva que une los elementos sociales, económicos y culturales de las relaciones sociales; es decir, que permite explicar las faltas de relaciones sociales remitiéndose a cuestiones de segregación espacial, acceso económico, gustos y preferencias, lo cual otorga un marco muy amplio para entender cómo se establecen y reproducen las desigualdades existentes. En tercer lugar, es una visión que contribuye a entender tanto elementos conscientes como inconscientes que juegan en la reproducción de la desigualdad; es decir, es un marco en el que cabe una explicación de los prejuicios como razón para no entablar una relación íntima con otro individuo, pero que también permite explicar cómo las personas se vuelven socialmente distantes por el simple hecho de perseguir sus intereses particulares.

Utilizar este concepto obliga a mirar a las relaciones entre individuos como el espacio en el que se da esa cercanía o lejanía social. Es decir, invita a platicar con las personas sobre cuáles son sus relaciones cotidianas, cómo interactúan con otros, el tipo de intimidad que entablan, las prácticas que comparten y dónde dibujan sus fronteras —por ejemplo, si comen con alguien en un restaurante, pero no lo invitarían a su casa—. Las relaciones sociales, las que ocurren y las que dejan de ocurrir, son, por lo tanto, espacios clave desde los cuales se puede observar cómo las personas otorgan sentido, y legitimidad, a la diferencia.

Procesos culturales

Estudiar procesos culturales relacionados a la desigualdad permite explorar los significados a través de los cuáles las personas experimentan y se explican su realidad social. Es posible, entonces, preguntar cómo se sienten los individuos sobre la posición social que ocupan, si son consciente de ella, cómo se identifican como similares a unos y diferentes a otros, entre otras preguntas de interés. Diversas investigaciones han buscado entender cómo las personas justifican una determinada distribución de

²⁰ Cabe anotar que esta tesis no es una medición de la estratificación a partir del concepto de distancia social, lo cual respondería a un interés distinto y habría requerido de otro diseño metodológico, por lo que utilizo el concepto para describir la estratificación existente y sus características, no para dibujar la forma de la estructura social, cuestión que está fuera del alcance de esta tesis.

ingresos; cómo entienden su posición social dentro de ella desde un marco de moralidad individual e incluso apuntan a cómo llegan a entender sus relaciones con personas de otros estratos.

Los estudios sobre la meritocracia permiten explicar cómo diferencias económicas abismales pueden llegar a ser toleradas; sin embargo, dicen poco o nada sobre las relaciones entre personas de distintos estratos. No explican, por ejemplo, cuándo y cómo ocurren esas relaciones, de qué manera la clase juega un papel en el tipo de relación que se desarrolla, cómo se entienden esas interacciones y cómo se perciben las personas a sí mismas con respecto a otros por el hecho de pertenecer a cierta clase. Sofía puede creer fervientemente en la meritocracia, pero, al entablar una relación con alguien, probablemente no se hace la siguiente pregunta: ¿José tiene o no mérito? Si bien la meritocracia puede servirle a Sofía para explicar por qué ella ocupa una mejor posición económica que José, no necesariamente juega en definir la manera en la que ella se relacionará con él.

Para entender lo segundo se necesitan plantear otro tipo de preguntas. En vez de indagar sobre cómo se legitima la distribución de ingresos y la posición de un individuo dentro de ella, hay que preguntarse cómo las personas entienden su posición social y perciben sus relaciones con otros desde la posición en la estructura social y de distribución del ingreso que ocupan. Las investigaciones de Sherman y DaMatta buscan explicar cómo las personas entienden su posición social y sugieren formas en las que individuos beneficiados por el sistema económico buscan compaginar ese privilegio con una visión de sí mismos como moralmente buenos. Estos estudios, además, apuntan a formas de entender sus relaciones con otros de menor posición: como una relación respetuosa, justa, e, incluso, mutuamente beneficiosa. Ciertamente, esta información sirve para comenzar a pensar la manera en que personas en una posición privilegiada perciben sus relaciones sociales con otras de menor estrato; sin embargo, no atiende de manera directa la identificación de qué relaciones entablan ni cómo reflexionan sobre, y se sienten con respecto a, ellas y ciertamente no lo hacen para el caso mexicano. Es precisamente este vacío en la literatura al que esta tesis pretende aportar.

Uso de ambos conceptos

En conjunto, estos dos conceptos sirven para aclarar el tema central de la tesis, la cual pretende (1) entender cómo se configuran las relaciones sociales entre personas de distintos estratos y qué distancia o cercanía se percibe desde la experiencia de individuos de clase alta y (2) los procesos culturales a través de los cuáles se entienden y explican esas relaciones. Es decir, cuáles son esas relaciones y cómo se entiende la vivencia de las mismas por el grupo entrevistado. Estos conceptos ayudan a ordenar la

mirada en el procesamiento de la información empírica, pero no serán los ejes del análisis. Para ello, utilizaré las preguntas de investigación.

La literatura sobre distancia social y segregación ayuda a comprender cómo es que algunos encuentros entre personas de distintos estratos son más comunes que otros y permite explorar la complejidad de relaciones que, aunque cotidianas y cercanas, no son relaciones de pares, como la que se da con personas trabajadoras del hogar. Esto permite dividir la información obtenida a lo largo de dos ejes: el primero, sobre las relaciones más comunes y frecuentes mencionadas por las personas y que corresponden a relaciones jerárquicas y, el segundo, sobre relaciones más cercanas a lo que llamaríamos relaciones igualitarias —amistades y parejas—. Así, es posible identificar qué espacios o momentos posibilitan una convivencia como pares y las condiciones sociales que a veces dificultan el desarrollo de estas relaciones. Es decir, identifico qué tipo de relaciones ocurren, las clasifico según la clase de intimidad que suponen e indago sobre los aspectos sociales que las influyen.

Es aquí donde es útil explorar los procesos culturales que le dan forma y sentido a estas relaciones. Con ello me refiero a las distintas explicaciones que las personas utilizan para comprender sus vínculos con personas de otros estratos —tanto las jerárquicas como las más igualitarias— y que sirven para racionalizar la distancia social entre individuos. Aunque el enfoque principal está en identificar y sistematizar esas explicaciones, hacerlo implica referenciar la literatura sobre cómo la clase afecta otros aspectos de las vidas de las personas, como su capital cultural, estilo de vida e intereses. También es necesario explorar cómo las diferencias se traducen en experiencias de corte emocional que afectan la disposición de las personas a frecuentar las relaciones que las producen.

Como se ha probado a lo largo de las páginas anteriores, la posición económica es más que un número, es también toda una serie de disposiciones, comportamientos, y experiencias particulares que moldean la vida cotidiana. Siguiendo a Reay (2005), “necesitamos mayor comprensión sobre cómo es efectivamente vivida la clase social, sobre cómo informa nuestros mundos internos para complementar la investigación sobre cómo moldea nuestras oportunidades de vida en el mundo externo” (p. 913). Parte de entender esos mundos internos es explorar cómo estas diferencias afectan las formas de relacionarse con otras personas, especialmente con quienes no comparten la posición de uno. Ese es el objetivo del análisis que se presenta en las páginas restantes.

Definición de élite

Como ha quedado claro a través de las páginas anteriores, esta tesis se limita a estudiar las relaciones entre estratos, desde la experiencia de personas en una muy alta posición socioeconómica, pero aún no queda claro cómo se entiende a ese grupo; definirlo ese el objetivo de este apartado.

No existe una manera única de definir a las élites: algunas definiciones enfatizan la influencia desproporcionada de un grupo pequeño de individuos sobre decisiones de amplio alcance, mientras que otras se enfocan en su control desmedido de recursos culturales o de otro tipo. Estas definiciones dependen tanto de afiliaciones teóricas —por ejemplo, una concepción más marxista define a las élites de acuerdo con el lugar dominante que ocupan en las relaciones sociales (Khan, 2012a)— como de cuestiones prácticas —por ejemplo, si la pregunta que se quiere responder es sobre preferencias redistributivas, importa entrevistar élites con posiciones de alta influencia, sean políticas, empresariales, intelectuales—. En este caso, puesto que el interés principal está en entender cómo encontrarse en la parte aventajada de grandes diferencias económicas afecta las relaciones que uno entabla, lo que me interesa es capturar a un grupo de personas cuyo estilo de vida y posibilidades adquisitivas difieran sustancialmente del contexto nacional. En este caso, no es directamente relevante si estas personas ocupan cargos importantes en el ámbito empresarial, político, cultural o intelectual, sino más bien el hecho de que tienen acceso a recursos económicos que posiblemente moldean de forma muy particular sus relaciones sociales.

Por lo tanto, adopto la definición de élites sugerida por Khan (Khan, 2012a), quien las entiende como aquellos individuos que tienen un control desproporcionado sobre, o acceso a, uno o varios recursos valiosos y aclaro que específicamente estoy estudiando a élites económicas, es decir, el recurso de interés es el económico, aceptando que este se suele traducir en otro tipo de capital, como el cultural y social. Más allá de un nivel particular de ingresos, me interesa que mis entrevistados tengan ingresos lo suficientemente altos como para posibilitarles el acceso a un estilo de vida lujoso en el contexto mexicano; para ello, me parece suficiente poder afirmar que se encuentran entre el 1-3 por ciento de las personas con mayores ingresos del país.

Vale recordar que el objetivo de esta investigación es entender cómo la desigualdad económica genera distancia social, y los procesos a través de los cuáles se entiende esa lejanía, por lo que igual podría haberse realizado para otro grupo. Elegí estudiar a este conjunto de personas en particular por la posible peculiaridad de las relaciones sociales que se generan cuando uno ocupa una posición privilegiada con respecto al resto del país.

Ahora bien, parecería sencillo simplemente escoger un percentil de ingresos para definir a la élite económica, consultar la encuesta que se utiliza para medir los ingresos de las personas —que en el caso mexicano es la Encuesta Nacional de Ingresos y Gastos de los Hogares (ENIGH), administrada cada dos años—, organizar los ingresos reportados de mayor a menor, tomar, por ejemplo, al 1 por ciento de mayores ingresos y definir el límite inferior de ese rango como el ingreso mínimo necesario para pertenecer al percentil más rico del país. Siguiendo este procedimiento, en 2014, un hogar con un ingreso mensual de \$71,211 pertenecería al 1 por ciento de la distribución de ingresos (del Castillo Negrete, 2015, p. 241).

Sin embargo, esta estrategia no captura adecuadamente la realidad de la población en la parte alta de la distribución porque las encuestas de ingresos suelen tener dos problemas: la subrepresentación de los grupos de mayores ingresos y el sub-reportaje de altos ingresos. Esto significa que muchas personas ricas no son captadas por las encuestas²¹ y que, cuando lo son, no suelen declarar la totalidad de sus ingresos²². Para subsanar estas limitaciones y aproximarse a información más exacta sobre la distribución de ingresos en el país, se han realizado varios estudios en los años recientes que reestiman los ingresos en la parte alta de la distribución utilizando datos de registros fiscales y de las cuentas nacionales.

Aunque las cifras estimadas varían mucho de acuerdo con las fuentes utilizadas y los supuestos de cada estimación, todos los ejercicios estiman los ingresos del decil más alto en niveles muy superiores a los observados en la ENIGH. Esto significa que la desigualdad, de por sí ya alta, es más grande que la observada: por ejemplo, algunos estudios sugieren que, en vez de un coeficiente de Gini de 0.54²³, en realidad el país tiene un coeficiente que oscila entre 0.61 y 0.79 (Cortés and Vargas, 2017)²⁴.

Estas estimaciones tienen implicaciones importantes tanto para el estudio de la desigualdad —la cual estiman más grande a la reportada y con una tendencia a la alza— como de la pobreza —la cual generalmente se ajusta a la baja, aunque esto depende de los supuestos utilizados—, pero en el caso de esta tesis importan específicamente para identificar de una manera más cercana a la realidad a los percentiles de más altos ingresos. En la tabla 1 presento dos de los reajustes que estos estudios han

²¹ Porque estadísticamente son un porcentaje mínimo de la población y tienen menor probabilidad de ser muestreadas y porque el acceso a ellas suele ser difícil para las personas encuestadoras.

²² Ya sea porque no los tienen en mente o porque reportan adecuadamente algunos, como los laborales, pero no otros, como las ganancias de inversiones, o porque temen ser víctimas de robo o violencia.

²³ Ver datos interactivos del Banco Mundial (<https://datos.bancomundial.org/>)

²⁴ El coeficiente de Gini es la medida más utilizada para medir la desigualdad en un país y a nivel mundial; un valor de 0 representa una equidad perfecta, mientras que un valor de 1 representa la máxima inequidad.

realizado, los cuales elijo porque utilizan diferentes supuestos y fuentes de información²⁵. Aunque las estimaciones originales se realizan con cifras de agosto 2012, las presentadas en la tabla 1 están ajustadas por inflación a agosto 2020^{26,27}.

Tabla 1. Estimaciones de ingresos mensuales de los percentiles más altos en la distribución de ingresos en México

Percentil	Del Castillo Negrete (2015)	Campos Vázquez et al. (2014)
97	\$178,738	no estimado
98	\$228,662	\$149,235
99	\$363,931	\$225,119

Según las estimaciones, el límite inferior para pertenecer al 1 por ciento más rico del país oscila entre 225 y 363 mil pesos mensuales. Como se puede observar, las estimaciones son sustancialmente distintas: bajo los cálculos de Campos Vázquez et al., una persona que gana 226 mil pesos estaría clasificada dentro del 1 por ciento más rico, mientras que bajo los cálculos de del Castillo Negrete, esta misma persona pertenecería al 2 por ciento más rico sin llegar a ser parte del percentil más rico. Sin embargo, estas diferencias entre el 1, 2 o 3 por ciento más ricos no son de suma importancia para la tesis actual, pues más que afirmar que mis sujetos pertenecen a un percentil me interesa afirmar que pertenecen a un sector sumamente rico con respecto al resto del país.

Por ende, en vez de adoptar una cifra específica, busqué personas cuyos ingresos se encontrarán dentro del rango de estas estimaciones. De esta manera, quien me lee puede comparar los ingresos reportados con su estimación preferida para comprender al grupo entrevistado. En todo caso, ningún individuo entrevistado está fuera del tres por ciento más rico del país bajo cualquier estimación.

Finalmente, vale la pena aclarar que, en la redacción del texto, utilizo intercambiamente estrato, posición socioeconómica o económica y clase. Aunque estos términos tienen diferencias

²⁵ Los artículos citados también realizan otras estimaciones con distintos supuestos. Del artículo de Del Castillo Negrete (2015) presento la estimación del “ingreso de mercado ajustado por persona con 25 años o más de edad” por acercarse mejor a la descripción de mi grupo de interés y porque no incluye remuneración en especie, cuestión que tampoco incluyo en mi cuestionario sociodemográfico. Del artículo de Campos Vázquez et al. (2014), presento el ajuste tres por ser el preferido por los autores.

²⁶ INEGI utiliza agosto como mes base para reportar los ingresos capturados por la ENIGH. El ajuste se hace utilizando la siguiente herramienta del INEGI:
<https://www.inegi.org.mx/app/indicesdeprecios/calculadorainflacion.aspx>

²⁷ Esto significa también que la distribución de ingresos es de 2012. Técnicamente, implica que una persona que en 2012 apenas pertenecía al 1 por ciento podría no hacerlo hoy en día. Sin embargo, esta persona seguiría perteneciendo a los percentiles más altos, por lo que utilizar datos de 2012 no tiene consecuencias significativas para esta tesis.

conceptuales, no es necesario decantarse por uno u otro para los fines de esta tesis, pues mi interés está simplemente en entender cómo las diferencias de corte económico afectan las relaciones entre individuos, lo cual se puede hacer desde cualquiera de los conceptos mencionados. Habiendo dicho esto, sí me parece fundamental para efectos de esta tesis recordar que la desigualdad implica una relación entre individuos y grupos sociales y que estudiar esa dinámica es necesario para la comprensión del fenómeno.

Metodología y trabajo de campo

Una vez planteada la pregunta de interés para una investigación, la investigadora debe decidir cómo acercarse a una respuesta. Esto implica definir la técnica que utilizará para recolectar información, la unidad de análisis —personas, sitios, eventos—, las y los sujetos de estudio, su número, y el tipo de conclusión al que se quiere llegar. A menudo, los debates metodológicos parecen argumentar la primacía indiscutible de una técnica, pero creo que es más correcto dejar discusiones abstractas a un lado y preguntarse qué estrategias son las mejores para obtener el tipo de información que se necesita para responder la pregunta planteada. Después, hay que definir cómo se puede recoger información de calidad a través del método elegido.

En este capítulo, primero discuto las razones por las cuales elegí realizar entrevistas para responder a mis inquietudes. En segundo lugar, ahondo sobre el proceso que seguí para elaborar una guía de entrevista. En tercer lugar, explico cómo seleccioné a las personas que entrevisté y las posibles implicaciones de sus características. Después, describo las condiciones bajo las cuáles realicé el trabajo de campo. Finalmente, cierro el capítulo con una breve discusión sobre el tipo de conclusiones que se pueden derivar del análisis que se presenta en el resto de la tesis, dadas las decisiones metodológicas tomadas.

Durante todo el capítulo, procuro ser muy transparente sobre mi proceso investigativo, sus limitaciones y los motivos de mis decisiones, pues a menudo se publican estudios con poquísima información sobre cómo se llevó a cabo la recolección de información, de tal manera que los hallazgos, por más interesantes que sean, parecen surgir del vacío. Espero, con las siguientes páginas, evitar que eso ocurra y que, en cambio, sea posible obtener una visión clara del trabajo empírico sobre el cuál sustento mi análisis.

Método

El objetivo de esta tesis fue explorar cómo personas de un estrato socioeconómico alto entienden su posición social y sus relaciones —y la posibilidad de ellas— con individuos de menores estratos. Para esto, el método más adecuado me pareció ser el de la entrevista semiestructurada, pues permite capturar los marcos de referencia que utilizan los individuos para comprender su realidad social, las emociones que acompañan estas percepciones, lo que las personas entienden por un comportamiento moralmente correcto y cómo se explican las diferencias entre lo que observan a su alrededor y su propio estilo de vida.

Sin duda, las entrevistas no capturan el todo de una realidad social. En específico, no dicen nada sobre el actuar de las personas, el cual puede distar mucho de sus discursos. Khan y Jerolmack (2013) apuntan precisamente a este problema en el estudio de las élites, pues las narrativas de los individuos muchas veces no coinciden con, o incluso contradicen, su comportamiento en una situación dada. Por ende, argumentan que la información que una persona comparte al ser entrevistada no puede ser tomada como indicativa de su forma de actuar, sino que la entrevista misma debe entenderse como un momento de interacción situada. El problema que ellos identifican es el llegar a conclusiones sobre el comportamiento con base en meras actitudes; sin embargo, el objetivo en esta tesis es simplemente entender los marcos interpretativos de las personas y cómo se explican experiencias ya ocurridas, no pretendo de ahí extrapolar a cómo las personas actúan en su vida cotidiana. Para ello, las entrevistas son un método adecuado porque permiten capturar cómo las personas se entienden a sí mismas, independientemente de si actúan o no de acuerdo con esos criterios.

Mis preguntas de investigación tratan sobre las relaciones que mis entrevistados entablan con individuos de menores estratos. Para ella, me interesa tanto las maneras en las que las personas entienden y explican estas relaciones, así como su forma de actuar dentro de ellas, y en esta tesis me enfoco en lo primero. Las entrevistas nos acercan a ello porque ayudan a comprender los marcos mentales a través de los cuales las personas ven y entienden el mundo que habitan, cómo se ven a sí mismas y los significados que le atribuyen a sus actividades, aspectos que no podrían ser capturados a través de la observación (Lamont and Swidler, 2014). Además, las entrevistas no solo proveen información a partir de las palabras dichas, sino también en los detalles sobre cómo se comunican las mismas: el lenguaje que las personas eligen para expresarse, sus expresiones faciales, los momentos en los que ríen y en los que pausan, lo que les causa incomodidad en una conversación, entre otros elementos, comunican marcos culturales de mucho interés para responder preguntas sociológicas (Pugh, 2013).

Otra posible crítica a las entrevistas es que éstas suelen capturar muchas inconsistencias en las narrativas de las personas y, por lo tanto, parecerían no ser adecuadas para entender los elementos culturales que guían la acción de las personas. Sin embargo, la existencia de inconsistencias no tiene por qué ser prueba de que estas conversaciones no tienen valor, sino que es muestra de que las personas no utilizan un solo marco mental o explicación para darle sentido a su vida cotidiana y de que, a menudo, viven con explicaciones contradictorias (Pugh, 2013). En palabras de la autora,

Pero, ¿realmente es un problema que la gente reporte motivaciones contradictorias? Las personas son contradictorias: tienen lealtades, metas y compromisos múltiples y a veces contradictorios... En vez de buscar resolver la incoherencia, tal vez deberíamos esperarla e intentar entender las condiciones que producen más o menos contradicciones, o los patrones en los que un esquema contradictorio u otro es utilizado. (Pugh, 2013, p. 47)

Las contradicciones, lejos de ser una razón para desechar la utilidad de las entrevistas, son una oportunidad para entender los múltiples marcos de referencia que las personas utilizan para entender sus mundos. En las preguntas planteadas por esta tesis, me parece que las contradicciones son momentos claves porque permiten explorar cómo las personas se explican a sí mismas las inconsistencias de su mundo social; por ejemplo, como se verá en el próximo capítulo, son momentos que muestran que una persona puede tener una autopercepción moral positiva en su relación con la persona trabajadora de su hogar, al mismo tiempo que reconoce que el vínculo es complejo, anticuado, y similar a la esclavitud.

Aunque el grueso del material de análisis de esta tesis consiste en las entrevistas realizadas, también hago referencia, en algunos puntos del análisis, a comportamientos que he observado en el grupo de interés a través de los años, como resultado de haber crecido en él. Se trata de situaciones, comentarios, o reflexiones de amistades, familiares o conocidos míos que incorporo cuando sirven para complementar la información obtenida en las entrevistas. Estas anotaciones no son observación participante, pues no se realizaron con ninguna metodología detrás ni con el objetivo de atender preguntas de investigación, sino que, más bien, son observaciones informales que responden a mi inquietud previa con el tema de esta tesis. Por lo mismo, no ocupan un lugar central en el material analizado, pero sí me apoyo en ellas cuando considero que pueden robustecer mi argumento.

Guía de entrevista

Las preguntas de investigación de esta tesis se plantearon en torno a dos temas: (1) qué tipo de relaciones entablan los individuos de élite con personas de otros estratos y (2) cómo perciben y entienden esas relaciones y su posición social dentro de ellas. Tomando esto en cuenta, desarrollé una guía de entrevista que me sirviera para explorar distintos aspectos de estos temas en las conversaciones con mis participantes. La guía incluye preguntas sobre cómo conciben su privilegio, la manera en la que consideran responsable vivirlo y su diferenciación moral con respecto a pares del mismo estrato, así como preguntas sobre las relaciones personales que mis interlocutores tienen con personas de menor estrato al suyo, sobre su grado de intimidad, y sobre la relación con las personas que trabajan en su hogar (ver anexo 1).

La guía, como lo sugiere su nombre, se utilizó solo para identificar temas generales que pudieran llevar a mis interlocutores hacia una reflexión sobre sus relaciones con personas de otros estratos. Esto significa que no todos los temas fueron abordados con igual profundidad en cada entrevista, ni las entrevistas se limitaron a los temas planteados en ella, sino que el énfasis de cada conversación dependió, en gran parte, de las experiencias, opiniones y reflexiones que mis interlocutores fueron compartiendo. Me pareció importante entablar este tipo de conversación, y no una más rígida, porque más que querer obtener información puntual sobre una pregunta, me interesaba capturar los esquemas mentales que mis interlocutores utilizaban para pensar estos temas.

Rapley (2007) llama a este tipo de método “entrevistar como interacción mundana” (p. 25); es decir, la entrevista entendida como una conversación casual en la que se introduce un tema inicial, la persona entrevistada responde y, a partir de esa respuesta, se van planteando otras preguntas, ya sea para ahondar sobre lo dicho, para aclarar algunos términos, para pedir ejemplos, o para plantear otras preguntas. Comprende, también, compartir aspectos de uno mismo durante la conversación, de tal manera que ésta se asemeja más a una conversación casual que a una entrevista laboral. Dentro de mis capacidades, este es el tipo de entrevista que busqué realizar.

Por tanto, más que como guía, el documento sirvió como ejercicio para ordenar ideas y prepararme para las entrevistas. En particular, en el proceso de desarrollarla, recogí las siguientes recomendaciones de otras investigaciones —(Pugh, 2013) y el capítulo metodológico de (Sherman, 2017)— :

1. Indagar sobre el significado de expresiones comunes, en vez de suponer que ya lo conozco; por ejemplo, cada que una persona me comentaba que una trabajadora de su hogar era “como de la familia”, pregunté a qué se refería con esta expresión y en qué tipo de relación se traducía esto.
2. Siempre que las personas utilicen una afirmación muy amplia, buscar que la ejemplifiquen; por ejemplo, cuando las personas me mencionaban que era común que individuos de estratos altos fueran “prepotentes” o se sintieran superiores a otros, les pedía que me compartieran comportamientos o interacciones en las que esto hubiera sido evidente.
3. Prestar atención a los momentos de incomodidad o reflexión en la conversación y preguntar sobre ellos. Es decir, tomar los silencios largos, la búsqueda de la palabra adecuada para describir algo, las risas, como indicadores de información valiosa a descubrir.

4. Preguntar cómo se sienten respecto a lo que están compartiendo, en especial dado que es un tema que, como muchas de ellas confirmaron, no acostumbran hablar ni reflexionar en lo cotidiano.
5. Cuando se esté hablando sobre el comportamiento que se considera moralmente correcto, es mejor solicitar ejemplos de comportamiento inaceptable de otros, de tal manera que la persona entrevistada no se sienta juzgada o directamente interpelada.
6. Utilizar mi contexto compartido para generar un ambiente de familiaridad con las personas entrevistadas.

Estas recomendaciones fueron muy útiles para saber cómo entablar el tipo de conversación reflexiva que yo quería tener con mis interlocutoras.

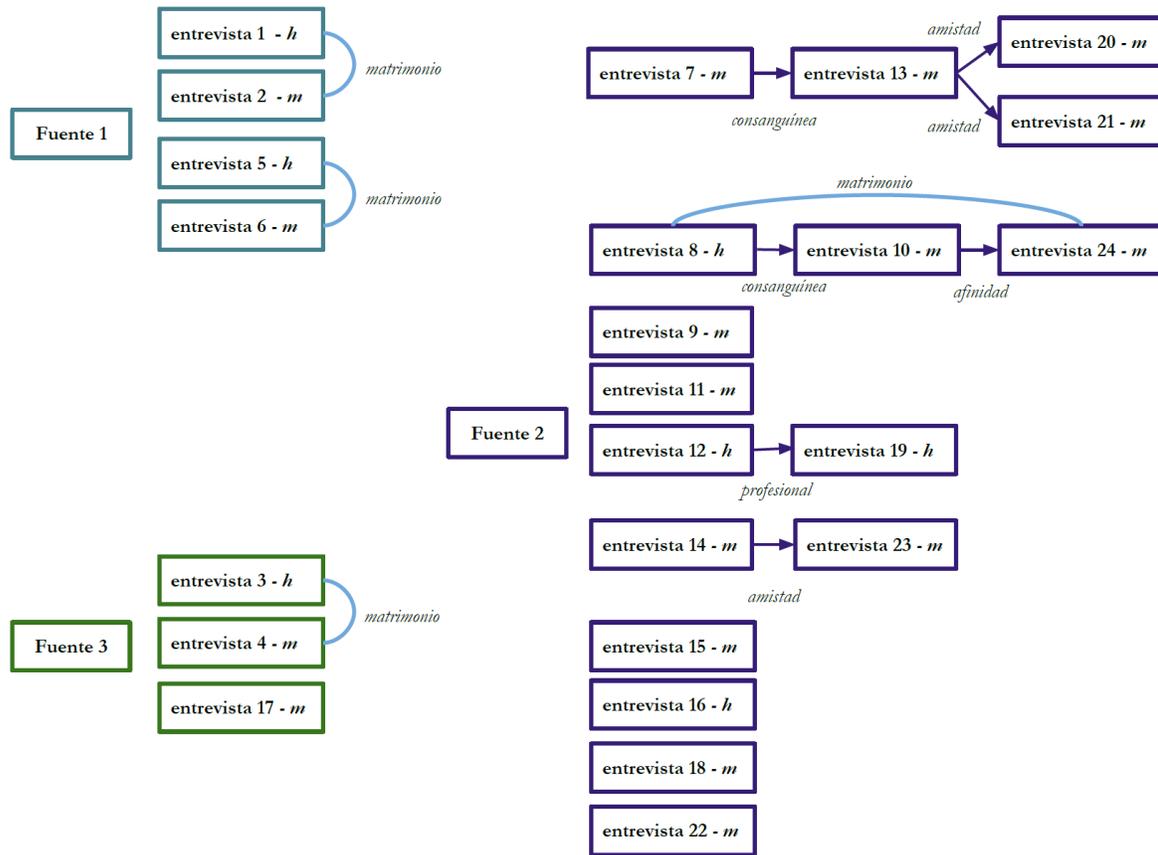
Criterios y proceso de selección de entrevistados

Los criterios iniciales para la selección de los entrevistados fueron dos: que tuvieran un nivel económico lo suficientemente alto como para colocarlos dentro del rango de interés —ya fuera por su trabajo o el trabajo de su pareja— y que estuvieran en una etapa del curso de vida en la cual fueran económicamente independientes de sus padres y en la cual ya hubieran tomado decisiones respecto a su zona residencial, la crianza y educación de sus hijos, el contratar o no servicio doméstico. Es decir, me interesaba hablar con personas que, en el proceso de construir su propia vida adulta, habían ya tomado decisiones respecto al estilo de vida que querían llevar y transmitir a sus hijos.

En total, realicé 24 entrevistas a profundidad a diecisiete mujeres y siete hombres de alto nivel socioeconómico en la Ciudad de México²⁸. Con el objetivo de diversificar los círculos sociales estudiados, partí de tres fuentes distintas que, en total, me proporcionaron los contactos de diecisiete de las personas entrevistadas, algunas de las cuales después me refirieron a otros individuos para entrevistar (ver figura 1). Como es de esperarse en las estrategias de bola de nieve, varias de las personas entrevistadas están relacionadas entre sí, de tal manera que existen cuatro matrimonios (1 y 2; 3 y 4; 5 y 6; 8 y 24), dos pares de hermanos (7 y 13; 8 y 10), una relación de parentesco por afinidad (10 y 24), tres amistades (13 y 20; 13 y 21; 14 y 23), y una relación profesional (12 y 19) entre las veinticuatro personas entrevistadas.

²⁸ Todas las entrevistas se realizaron individualmente con excepción de los casos 5 y 6, donde se comenzó la entrevista 6 de manera individual, pero su pareja (5) se unió a la mitad de la conversación y ya no fue posible seguir conversaciones separadas, por lo que quizás se deban considerar como una sola entrevista.

Figura 1. Personas entrevistadas, relaciones entre ellas y su género, según la fuente del contacto



Esta información tiene varias implicaciones metodológicas sobre las cuales reparo brevemente en los siguientes párrafos.

El hecho de que existan varias relaciones entre las personas entrevistadas significa que algunas de las similitudes y temas en común podrían atribuirse a particularidades de su círculo social y no del estrato socioeconómico. No hay forma de refutar esa posibilidad, y sería interesante replicar el ejercicio partiendo de otras fuentes iniciales y comparar resultados; sin embargo, también es importante recalcar que, aunque las personas recomendadas por la fuente tres comparten ese vínculo, solo algunas se relacionan entre ellas y que estas personas no exhiben diferencias significativas con las contactadas a través de las otras dos fuentes. Además, expresan actitudes y formas de pensar que he observado en otros círculos sociales de estrato similar.

Como se puede notar, la mayoría de mis sujetos son mujeres. Esto no fue una decisión explícita del estudio, sino resultado de que la fuente tres y las personas que entrevisté a partir de ahí, me

sugirieran a más mujeres que hombres²⁹. En esta tesis, me interesaba analizar patrones relacionados con la clase social, por lo que no enfoqué mi mirada en las diferencias de género, aunque menciono algunas cuando me parecen relevantes para el punto principal. En un futuro, sería muy interesante analizar las intersecciones entre género y clase en este tema.

Finalmente, reflexiono sobre cómo elegí a mis sujetos de entrevista. Cuando se realizan entrevistas para un trabajo de investigación, una buena estrategia es seguir una lógica secuencial: comenzar con algunas entrevistas que provean información sobre el tema de interés e ir agregando individuos o “casos” según se quiera profundizar o elucidar más información (Small, 2009). Bajo esta estrategia, cada individuo no es sujeto a la misma pregunta, pues las preguntas de la investigadora se van afinando con base en información previa y según los aspectos sobre los cuáles se quiera ahondar. Según Small (2009), esta estrategia de selección es adecuada para preguntas de investigación que pretenden explicar el cómo y el porqué de procesos sociales, pues cada caso subsecuente se selecciona con el objetivo de ir refinando una hipótesis hasta llegar a un punto de saturación; es decir, hasta que la última entrevista ya da poca o nula información nueva. Siguiendo esta lógica, fui refinando y modificando mis preguntas según la información que iba recibiendo en cada entrevista, de tal manera que cada nueva conversación era guiada por la anterior y me iba proveyendo información adicional hasta que, efectivamente, llegué al punto en el que las últimas entrevistas ya me daban poca información distinta.

Sin embargo, la selección de sujetos fue más práctica que secuencial, porque simplemente busqué a sujetos que compartieran las características de estrato y edad antes mencionadas, sin pedir específicamente que me recomendaran con personas cuya historia de vida o manera de pensar particular me ayudaría a refinar mis hallazgos. En retrospectiva, habría sido interesante seguir esta estrategia para obtener resultados más detallados y menos repetitivos.

Trabajo de campo

El trabajo de campo se concentró en un periodo de cinco semanas, de finales de enero a principios de marzo de 2021. Como las fechas lo señalan, se trató de un periodo atravesado por la pandemia mundial del coronavirus, lo cual generó retos particulares. Por un lado, trabajar desde casa y lejos del apoyo de mis compañeras y compañeros me hizo más difícil concentrarme y motivarme para escribir la tesis.

²⁹ Esto podría haber ocurrido por una variedad de razones: la mayoría de las mujeres entrevistadas no trabajan de manera remunerada, información probablemente conocida por la fuente y tomada en cuenta para proporcionarme su contacto; quizás existe una preconcepción de que las mujeres reflexionan más sobre estos temas; o quizás fue azaroso.

Por otro lado, la pandemia afectó mi trabajo de campo de manera muy práctica, pues limitó la posibilidad de realizar entrevistas presenciales e imposibilitó mi plan inicial de realizar, junto con las entrevistas, observación participante. Al final, y con el objetivo de no poner en riesgo a ninguna de las personas que generosamente dieron su tiempo y confianza para mi trabajo, les ofrecí la opción de tener la entrevista por un medio digital —Zoom— o en persona, en un lugar abierto y con distancia. Como era de esperarse, la mayoría de las personas eligieron ser entrevistadas por video, y solo cuatro de ellas prefirieron una entrevista presencial.

Aunque en un principio yo temía que las entrevistas virtuales no me fueran a proporcionar información igualmente valiosa a la que se podía obtener en persona, considero que la calidad de ambas fue comparable y que fue posible tener conversaciones muy significativas en modo virtual y con el uso de video. Aun así, creo que sí me perdí de un elemento que, para esta tesis, hubiera sido útil: observar a mis sujetos en su entorno residencial y, con ello, conocer el espacio en el que viven, las personas con las que mantienen relaciones laborales de servicio, y la posibilidad de presenciar alguna interacción con quienes trabajan en sus hogares. Esto me podría haber otorgado elementos adicionales para el análisis, pero los que recibí en mis conversaciones —las cuales duraron, en promedio, 57 minutos³⁰— fueron más que suficientes para atender la pregunta de interés.

Para concluir el trabajo de campo, y con el fin de recolectar información sociodemográfica que me permitiera realizar una caracterización general de la población entrevistada, después de cada entrevista envié un pequeño cuestionario con preguntas puntuales sobre la educación, familia, residencia, ingresos y relaciones domésticas laborales de la persona entrevistada (anexo 2). Los resultados de este cuestionario se presentan al inicio del análisis.

Posicionalidad en la investigación

Como ya lo mencioné, yo provengo del contexto que estoy estudiando en esta tesis, lo cual no solo significa que tengo referencias y observaciones de este más allá de las recolectadas a través de las entrevistas, sino que también me posiciono de manera muy particular con respecto a las personas entrevistadas.

En general, compartir el contexto de las personas que entrevisté me facilitó significativamente el trabajo de campo. Principalmente, me posibilitó encontrar personas que estuvieran dispuestas a

³⁰ Para este promedio no tomo en cuenta las entrevistas 5 y 6 puesto que a la mitad de la primera entrevista con el sujeto 6 se unió su pareja, 5, y el resto de la conversación se realizó de manera conjunta. La conversación sola con la persona 6 duró 19 minutos, mientras que la conjunta duró 1 hora y 20 minutos.

platicar estos temas conmigo. Esto se debe a que conozco a informantes de este contexto que me pudieron contactar con las personas entrevistadas y a que las personas aceptaron ser entrevistadas porque fui referida por alguien de su confianza.

Durante las conversaciones, tener algunos referentes comunes —haber estudiado en la misma escuela que sus hijas o haber crecido en la misma colonia, por ejemplo— me permitió construir un ambiente de comprensión mutua que facilitó la conversación, pues es más sencillo expresar tus incomodidades, preocupaciones y formas de pensar cuando sientes que la otra parte entiende de dónde vienen y posiblemente las comparte. En ese sentido, considero que probablemente también me ayudó el ser considerablemente menor en edad a las personas que entrevisté, y muchas veces cercana a la edad de sus hijas e hijos, pues creo que esto transmitía menor confrontación que si hubiera sido alguien de su mismo grupo etario. Igualmente, el hecho de que se tratara de un trabajo académico que aseguraba anonimato probablemente también facilitó que las personas aceptaran ser entrevistadas.

Además de compartir un contexto general con las personas entrevistadas, conocía previamente a siete de ellas y tengo una relación personal con un par. Algunos podrían considerar esto una desventaja por pensar que se podría traducir en una menor disposición a abordar temas complejos o a hacer preguntas confrontativas o, simplemente, en una menor probabilidad de hacer preguntas aclarativas —de las cuales se puede obtener información sumamente rica— por suponer que ya se conoce el significado o sentido que la persona entrevistada le pretendió dar a sus palabras. Estas objeciones son comprensibles, pues no se puede negar que las conversaciones cambian entre individuos que se conocen; sin embargo, se suele hablar menos de los posibles beneficios de entrevistar a individuos cercanos a uno mismo.

Hablar con alguien con quien se tiene una relación personal implica una mayor probabilidad de recibir el discurso honesto, no el socialmente aceptado o correcto, pues las personas se sienten en confianza de compartir cómo realmente piensan y las emociones que estos pensamientos les generan. Esto me parece que es un beneficio para cualquier entrevista, pero especialmente para una donde sería fácil que las personas se queden en el discurso esperado, por miedo a cómo serán percibidas si se expresan libremente, particularmente en un tema como el que aquí estudio que puede ser sensible en el contexto político actual. Considero que mi posicionalidad permitió que mis interlocutores tuvieran conversaciones sinceras conmigo y me ayudó a tener un contexto dentro del cual colocar estos temas.

Pretensión de los hallazgos

Cada investigación tiene un alcance delimitado, pues nadie puede estudiar toda la realidad social, ni todos los aspectos de su fenómeno de interés. Por ello, es necesario plantear claramente el tipo de resultados y conclusiones que un estudio, y el método seleccionado, pueden proveer.

En ocasiones, las investigaciones cualitativas son criticadas por tener muestras demasiado pequeñas, o mal seleccionadas, como para extrapolar sus hallazgos a la población en general. Estas críticas juzgan lo cualitativo con criterios de lo cuantitativo y, por ende, concluyen que lo primero no es representativo ni generalizable; es decir, que los hallazgos cualitativos no pueden decir nada sobre un grupo más amplio que el estudiado. Algunas personas dentro de lo cualitativo coinciden, no porque acepten los criterios de validez estadística, sino porque argumentan que cada realidad social estudiada es irrepetible y demasiado dependiente en su contexto. Entre estas dos posturas, se encuentran defensas negativas del trabajo cualitativo que buscan subsanar lo que perciben como sus fallas; por ejemplo, manuales que explican cómo seleccionar una muestra ‘representativa’ y ‘no sesgada’ para ser entrevistada (ej., King et al., 1994).

Ante esto, es necesaria una defensa positiva del trabajo cualitativo, la cual, en vez de juzgarlo con el lente cuantitativo o renunciar a la posibilidad de obtener hallazgos generalizables, busca identificar el tipo de preguntas para las cuáles es necesaria una aproximación de corte cualitativo y establecer los criterios de calidad con los cuáles se deben juzgar estas investigaciones (Becker, 1996; Gobo, 2007; Small, 2009).

Algunas de las preguntas que se plantean en la sociología buscan encontrar correlaciones entre distintas características —por ejemplo, la probabilidad de nacer en el quintil más pobre y moverse al más rico— y el efecto de otras características sobre esto —por ejemplo, el cambio en esta probabilidad cuando se tiene un color de piel más oscuro—. Para que las respuestas a estas preguntas sean válidas, es necesario cumplir con algunos criterios básicos de los métodos estadísticos: que las personas encuestadas sean seleccionadas al azar, que se conozca la probabilidad de selección antes de hacerlo, que la muestra sea representativa de la población en ciertas características de interés —por ejemplo, que la proporción de mujeres y hombres encuestados sea la misma que en la población en general—; sobre estos criterios recae gran parte de la calidad de la investigación. Los métodos estadísticos, pues, podrían servir para estudiar preguntas como el grado de movilidad social en una sociedad y los factores que contribuyen a ella, o la correlación entre ideas meritocráticas y preferencias redistributivas.

Sin embargo, estas no son las únicas preguntas que se plantean en sociología. A veces, interesa entender los detalles de procesos macrosociales, elucidar sus mecanismos, entender las motivaciones

de los actores, observar su comportamiento cercanamente. Siguiendo con el ejemplo de la movilidad social, quizás uno no quiere conocer la probabilidad de subir de estrato, sino la experiencia de hacerlo: cómo son percibidas estas personas por quienes nacieron en el estrato al que ellas entran, cuáles son los retos de inclusión a los que se enfrentan, cómo mantienen sus vínculos con personas de su estrato de origen, entre otras posibles preguntas. Cuando el interés es del segundo tipo, lo que importa lograr es una descripción detallada, identificar patrones a pesar de diferencias biográficas, señalar matices, tejer conexiones, lo cual se puede hacer a través de técnicas cualitativas como la etnografía, la entrevista, la revisión de documentos, entre otras.

En esta tesis, busco capturar adecuadamente los marcos mentales que surgen entre individuos de alta posición socioeconómica cuando hablan sobre sus relaciones con personas de menores estratos. Para esto, no me importa decir que las personas más ricas del país tienen, en promedio, tantos hijos o estudian tal carrera, ni si quiera me importa poder afirmar el porcentaje que reportó tener amistades con personas de un estrato menor; cuestiones que podrían ser resueltas a partir de una encuesta representativa. Ciertamente noto que estos casos son mínimos, pero el objetivo de la investigación no es reportar cuan mínimo, sino explorar los motivos que configuran y obstaculizan esas relaciones. Para ello, las entrevistas son un método útil, pues permiten capturar el cómo de un fenómeno social (Pugh, 2014).

El método, entonces, no se debe elegir en lo abstracto, sino a partir de la pregunta que se busca responder, pues cada método acerca a la investigadora a información y conclusiones distintas. Esto también significa que cada método debe ser juzgado bajo sus propios criterios. Siguiendo a Gobo (2007), el propósito de la investigación cualitativa no es generalizar hacia una población finita (ej. cómo piensa *toda* la élite empresarial mexicana), sino desarrollar ideas teóricas de validez general: hacer un análisis minucioso que pretenda entender los mecanismos a través de los cuáles ocurren o persisten fenómenos sociales macrosociales.

Esto significa que las investigaciones cualitativas que pretenden aportar a la comprensión de fenómenos más allá de lo directamente estudiado deben aspirar a enunciar generalizaciones moderadas: ordenar y darle consistencia a experiencias sociales para llegar a conclusiones de alcance intermedio y sujetas al cambio ante nueva información (Payne and Williams, 2005; Williams, 2000). La calidad de estas generalizaciones no dependerá ni de la validez estadística, ni de la replicación de la evidencia empírica, sino de la lógica con la que se realicen las conexiones entre los distintos elementos o mecanismos del fenómeno estudiado (Small, 2009).

En esta tesis, la pretensión es que las conexiones trazadas no hablen solo sobre las 24 personas que entrevisté, pero que tampoco pretendan hablar sobre la totalidad de las élites mexicanas, sino más bien que esclarezcan cómo la desigualdad económica influencia relaciones íntimas, proposiciones que después pueden ser refinadas con una mayor variación en características de las personas entrevistadas —por ejemplo, entre distintos tipos de élites, o de acuerdo a su historial familiar de movilidad social— o en otras ciudades del país o países de la región. Lo que se pretende es hacer conexiones analíticas que sí puedan ser aplicadas en otros ámbitos y que alimenten otros estudios sobre la persistencia de la desigualdad, los mecanismos que establecen y mantienen la diferenciación social, o sobre relaciones sociales en otros contextos de alta desigualdad.

En conclusión, no pretendo hablar sobre todas las élites, ni mucho menos confirmar ni refinar ni proponer teorías, sino entender algo más sobre las formas de la desigualdad económica en México, dibujando conexiones entre distintos elementos contextuales y biográficos que permitan comprender de qué formas las diferencias socioeconómicas moldean aspectos de las relaciones entre individuos.

Introducción al análisis

En esta tesis busqué comprender cómo piensan individuos de un estrato alto sobre su posición social y sobre sus relaciones con personas de estratos inferiores. Para obtener esta información, realicé 24 entrevistas semiestructuradas a personas que se encuentran en el tres por ciento más alto de la distribución de ingresos del país. Además, les apliqué un cuestionario estructurado para capturar elementos descriptivos del grupo estudiado. En esta sección, primero presento una caracterización general de las personas entrevistadas, con base en los cuestionarios, para después pasar a los dos capítulos donde analizo el contenido de las entrevistas.

En el primer capítulo, abordo tres relaciones desde las cuáles las personas entrevistadas aprendieron a relacionarse con individuos de menores estratos: la relación del trabajo doméstico, el trabajo caritativo o altruista, y las relaciones en la empresa familiar. Estos vínculos surgen como espacios habituales en los que las personas aprenden las pautas para relacionarse con quienes económicamente son distintos a ellas. En el capítulo dos, abordo los obstáculos que las personas entrevistadas observan para relacionarse con quienes no son de su mismo estrato. Se trata de una exploración de las pocas relaciones no jerárquicas que se mencionaron en las entrevistas y de los razonamientos que utilizan las personas para explicar su ausencia general. Además, a lo largo de los dos capítulos se discute cómo las personas entienden su posición social pues, como se mostrará, en el proceso de definir sus relaciones con otros de distinto estrato, las personas también se definen a sí mismas.

Ahora bien, las respuestas fueron sumamente ricas en detalles y explicaciones, y, por lo tanto, también difíciles de sistematizar. Esto implicó dejar fuera de la tesis algunos temas que surgieron en las conversaciones, pero que no estaban directamente relacionados con las preguntas de investigación —como lo fueron las historias de percibida movilidad social compartidas por algunos de mis entrevistados—. Estos temas son muy relevantes para comprender la desigualdad, pero no era posible abordarlos en esta tesis sin perder de vista el objetivo central. Similarmente, algunos de los temas que sí se presentan a continuación tienen mucha más riqueza de la que aquí se presenta y a ella espero regresar en trabajos posteriores. Con estas limitaciones en mente, lo que presento a continuación es un intento de sistematizar la información obtenida y de tejer conexiones que ayuden a comprender la forma y contenido de las relaciones sociales entre individuos de grupos socioeconómicos distintos.

Notas sobre la redacción

Con el objetivo de que el texto se lea con mayor fluidez, tomé las siguientes decisiones:

1. La gran mayoría de las afirmaciones en las siguientes secciones son resultado del análisis de las entrevistas realizadas. Para evitar repetir en cada ocasión frases del tipo “según mis entrevistados” o “las personas entrevistadas”, se puede asumir que todas las referencias a “las personas” hablan sobre quienes fueron entrevistadas y no pretenden ser una generalización a toda la población.
2. Cada entrevista referida está asociada a un número y a un nombre ficticio. Cuando cito palabras o frases cortas de alguna entrevista, las vinculo a su número correspondiente, mientras que cuando narro alguna reflexión o situación compartida por una persona, utilizo su nombre ficticio para que la lectura del documento sea más fácil. Similarmente, las personas trabajadoras del hogar o miembros del hogar que fueron mencionados en las conversaciones también reciben nombres ficticios en el análisis. La correspondencia entre números y nombres asociados a cada entrevista se puede consultar en el anexo 3.
3. Cuando una frase entre comillas no está ligada a un número o a un nombre ficticio es porque se trata de elementos que provienen de mis observaciones informales sobre estos estratos.
4. Además de los nombres de personas, cualquier referencia a zonas de residencia o lugares específicos también es ficticia. Se mantiene la implicación de la zona —es decir, se reemplaza por una de nivel económico similar— pero no su nombre. Similarmente, algunas citas que contienen datos personales —como el nombre de una escuela— son modificadas para eliminar esta información.
5. Generalmente, cuando cito una entrevista, el término, frase o ejemplo se refieren a la experiencia de la persona —por ejemplo, si me están platicando de su relación con la persona que emplean—. Sin embargo, a veces la cita es algo que estas personas han observado en otros y no un comportamiento propio. Ambas se citan de igual manera, aunque el tipo de comentario suele quedar claro en el contexto de la discusión.
6. Utilizo el plural femenino para referirme al conjunto de personas entrevistadas puesto que la mayoría son mujeres. Solo uso el masculino cuando la persona o personas referidas son todas hombres.
7. Uso los términos ‘persona’ e ‘individuo’ de manera intercambiable, sin distinción conceptual entre las palabras.

Caracterización de la población

Las personas que entrevisté tienen entre 50 y 78 años, quince de ellas están casadas, una de ellas es viuda, y el resto están separadas o divorciadas de sus parejas, todas tienen hijos o hijas; en promedio, tres cada una.

Todas las personas entrevistadas son dueñas de la casa o departamento en el que viven. Aunque son 24 las personas entrevistadas, sus zonas residenciales se reducen a unas cuantas: Santa Fe, Polanco, Las Lomas, una zona reducida del sur de la ciudad que incluye las colonias de El Pedregal y San Ángel, y la colonia de Interlomas en el municipio de Naucalpan de Juárez, Estado de México. La única excepción a lo anterior fue una pareja que hoy vive en la ciudad de Oaxaca³¹.

Dentro de estas zonas, muchas de las personas entrevistadas viven en fraccionamientos cerrados (13)³²; es decir, en espacios con algún tipo de vigilancia que los separa del resto de su entorno y que, a veces, cuentan con entradas separadas para los residentes y para las personas empleadas en sus casas (4). Esta división se repite en varias de las casas o departamentos que cuentan con “entradas de servicio” para las personas trabajadoras del hogar y demás prestadores de servicio (10)³³. Esto confirma lo que cuantitativamente han encontrado otros estudios: una alta concentración de las élites en pocas zonas al poniente y sur de la ciudad y una auto segregación en espacios residenciales cerrados.

En sus hogares, todas las personas entrevistadas emplean algún tipo de trabajo doméstico. La modalidad varía desde una pareja que emplea a cuatro personas en modalidad de planta hasta quienes solo emplean a una persona de entrada por salida; otras, emplean a una persona en modalidad de planta y a otra de entrada por salida. Además, destaca el caso único de una persona que emplea a un trabajador del hogar. En adición a las personas trabajadoras del hogar, quienes generalmente se encargan de la limpieza al interior del hogar, de la cocina, y, en ocasiones, de cuidar a menores, varias personas reportaron emplear otros servicios domésticos, como un mozo o portero, y muchas reportaron emplear a un chofer o más (17).

En términos educativos, solo una de las personas entrevistadas —la mujer de mayor edad en la muestra— no tiene una carrera, varias tienen un grado de maestría, generalmente en economía negocios, y dos tienen doctorado³⁴. A excepción de dos personas que estudiaron en la UNAM, el resto cursó su carrera en una universidad privada nacional, siendo el Instituto Tecnológico Autónomo Nacional (ITAM) el más común. Entre quienes estudiaron posgrado, es común haberlo realizado en

³¹ Esta pareja (1 y 2) vivió durante muchos años en la Ciudad de México.

³² Una de las personas entrevistadas no contestó esta pregunta.

³³ Una de las personas entrevistadas no contestó esta pregunta.

³⁴ Dos personas no especificaron la disciplina de su licenciatura.

el extranjero. Aunque el campo de estudio varía, el predominante a nivel licenciatura es Administración de Empresas, seguido por Derecho.

Aunque entre las personas entrevistadas lo común fue estudiar la carrera en universidades nacionales, entre sus hijos la opción de estudiar en el extranjero es bastante común. Dos parejas y cuatro otras personas mencionaron tener hijos que estudian en universidades estadounidenses o europeas, mientras que el resto mencionaron universidades privadas nacionales (ITAM, Universidad Iberoamericana, Universidad Anáhuac, Tecnológico de Monterrey, Universidad Panamericana). En esta generación, nadie estudia en una universidad pública nacional.

Durante su infancia y adolescencia, todos los hijos y las hijas asistieron a colegios privados de alto costo, generalmente ubicados en las mismas zonas de residencia de las familias. A grandes rasgos, estas escuelas se pueden agrupar en dos: las religiosas, que pertenecen a un orden de la iglesia católica, y las internacionales, cuyo grueso del currículum es enseñado en un idioma extranjero y que suelen tener estudiantes provenientes de otros países.

La localización de estas escuelas y sus zonas residenciales confirma lo que la literatura sobre segregación ha encontrado: las personas realizan sus vidas cotidianas dentro de un número muy reducido de colonias, teniendo poco contacto con otros espacios de la ciudad (OXFAM México and Data-Pop Alliance, 2020; Saraví, 2008). Esto mismo lo ilustró uno de los entrevistados al explicar la rutina cotidiana de sus hijos: “[ellos] están metidos en el colegio y del colegio al club [deportivo] y del club a su casa y de su casa al colegio, del colegio al club, y del club a su casa” (#3); sus amistades suelen vivir dentro de este mismo circuito y, por tanto, sus posibilidades de convivir con personas de un nivel socioeconómico sustancialmente diferente son limitadas.

Las carreras que sostienen a las familias son variadas, aunque se mencionan con mayor frecuencia las actividades en el sector financiero o como dueñas o dueños de una empresa familiar. La predominancia del sector financiero coincide con tendencias mundiales de las élites: En 1982, solo 9% de las personas más ricas del mundo percibían su riqueza primordialmente del sector financiero; en 2007, esta proporción había subido a 27.3% (Khan, 2012b). Entre las personas casadas, los ingresos de los hombres son los principales para el sostenimiento del hogar. Los dos hombres separados dependen de sus propios ingresos, mientras que, entre las mujeres, existen algunas que dependen de sus propios negocios o empleos, otras de la pensión de su expareja y otras de una mezcla de lo anterior³⁵.

³⁵ Como menciono en las conclusiones de la tesis, me habría gustado recabar esta información de manera más esquemática para poder caracterizar con mayor detalle las fuentes del sostenimiento económico de estas personas.

Como ya se puede advertir por las características de sus trayectorias y estilo de vida, se trata de un grupo con alto poder adquisitivo, como fue confirmado al preguntar sobre sus ingresos. Como se detalla en la perspectiva analítica, existen distintas estimaciones sobre los ingresos en la parte alta de la distribución. Con base en ellas, formulé tres posibles rangos de ingresos para categorizar a mis interlocutores: menos de \$150 mil pesos mensuales, lo cual los colocaría fuera de mi grupo de interés por no pertenecer, bajo ninguna estimación utilizada, al tres por ciento de mayores ingresos; entre \$150 y \$350 mil pesos mensuales, lo cual los colocaría entre el tres y el uno por ciento; y más de \$350 pesos mensuales, lo cual los colocaría al menos en el uno por ciento, bajo cualquier estimación.

El grueso de las personas entrevistadas reportó pertenecer a este último rango (3 parejas y 7 individuos); una pareja y otras seis personas reportaron ingresos de entre \$150 y \$350 mil pesos mensuales; y dos reportaron ganar menos de \$150 mil³⁶. Estas dos mujeres habían estado previamente casadas con parejas que tenían ingresos dentro del rango de interés, gran parte de su vida adulta había sido vivida de acuerdo a las posibilidades económicas de este grupo y seguían manteniendo un estilo de vida similar, como se indicó por su zona de residencia, las escuelas y universidades a las que asistían sus hijos y los servicios que empleaban; además, seguían reportando ingresos actuales que las colocaba al menos entre el cinco por ciento más rico del país. Por todo ello, aunque sus ingresos actuales estaban fuera del rango original de interés, decidí mantenerlas dentro del análisis.

Los ingresos de las personas entrevistadas permiten ubicarlas dentro de los percentiles más ricos del país y, puesto que las principales relaciones que mencionan mantener con personas de menor estrato son las que conciernen el trabajo doméstico, resulta importante caracterizar también a esta población. Como ya se mencionaba, lo más común entre las personas entrevistadas es emplear al menos a una trabajadora del hogar en modalidad de planta. La mediana de ingresos para este grupo es de \$11,345 mensuales³⁷, lo cual las colocaría en el decil 8, es decir, dentro del 30 por ciento más rico de la población³⁸.

No se puede ignorar la significancia de este dato. La realidad del 10 por ciento más rico del país es sumamente distinta a la del resto, incluso a aquella de quienes ocupan los deciles inmediatamente inferiores al suyo: los ingresos promedio del decil 10 son entre 4 y 6 veces los reportados por el decil

³⁶ Una de las personas entrevistadas no respondió a esta pregunta.

³⁷ El rango reportado es amplio, de \$6,000 a \$15,000 pesos mensuales. Para este cálculo se considera el promedio salarial del número total de personas empleadas en modalidad de planta, a excepción del salario de dos trabajadoras del hogar que no fue reportado con suficiente nivel de detalle para realizar este cálculo.

³⁸ Para que los ingresos sean comparables con los utilizados para la definición de élites, ajusto los salarios reportados por la inflación y utilizo datos de la ENIGH 2012.

8, mientras que los del decil 8 son solo 1.6 veces mayores a los reportados por el decil 6 (Campos Vázquez et al., 2014). Por eso es posible que dos personas con ingresos tan distintos ocupen una posición relativamente cercana en el orden de ingresos del país. Esto significa que las relaciones con personas de otros estratos que reportan mis interlocutores no son relaciones entre extremos de la distribución, sino entre personas que, a escala del país, perciben ambos altos ingresos. Sin embargo, siguen siendo realidades sumamente distintas y distantes.

Con estas características en mente, las siguientes secciones exploran el tipo de relaciones que este grupo de personas entabla con quienes no comparten una posición socioeconómica similar.

Criar la diferencia

“Es cultura que la mamás,
porque te la enseñan desde que naces”
(Miguel, #3)

En este capítulo, identifiqué y analicé las distintas relaciones que, según las experiencias de las personas, les enseñaron a relacionarse, desde su infancia, con individuos de otros estratos. Muchas mencionaron las relaciones que tuvieron en casa con sus nanas o trabajadoras del hogar y lo que sus padres les enseñaron sobre cómo tratarlas; otras platicaron que sus madres y abuelas solían hacer trabajo caritativo y que eso les inculcó la responsabilidad de compartir lo que ellas habían recibido tan plenamente; mientras que otras más mencionaron la empresa familiar como un lugar donde aprendieron, por un lado, a mandar, y, por otro, a ser generosas con las personas empleadas. El objetivo de este capítulo es mostrar que, si bien estas relaciones no tienen como función explícita el enseñar a relacionarse con personas que pertenecen a estratos inferiores, en la práctica sí marcan las modalidades correctas o adecuadas de entablar estas relaciones, de una manera que se reviste de moralidad, pero que también sirve para sostener la diferencia.

Trabajo y servicio doméstico

Como ya se mencionó en la sección anterior, todas las personas que entrevisté emplean algún tipo de trabajo doméstico. El más común es contar con al menos una trabajadora del hogar que vive con ellas. No debe de sorprender, entonces, que esta relación fuera un tema central en las conversaciones; a veces porque yo pregunté directamente sobre ella, pero muchas otras porque se ofreció como primera respuesta al indagar sobre qué relaciones mantenían con personas de un estrato menor. En un caso, fue la relación a la que apuntó Miguel, uno de mis interlocutores, para explicar cómo alguien en su posición social aprende a sentirse superior y relacionarse jerárquicamente con otros:

¿No has visto cuántas veces vas a una casa que acaban de tener un bebé y está la nana ahí de uniforme y tal, o las llevan a los restaurantes o a los clubs, y le soplan al niño mientras comen? Puta, el niño ya sabe, carajo, (que) no es su mamá, que están ahí pa' servirlos.

En este apartado, describo los vínculos que se tienen con trabajadoras del hogar y analizo los aprendizajes que, implícitamente, esto deja sobre cómo relacionarse con personas de un estrato menor. Comienzo por describir el tipo de vínculo que las personas tienen o han tenido con quienes han empleado y sigo con un análisis sobre lo que, para ellas, constituye una buena, e incluso cercana, relación. Más adelante, exploro una variación de esta relación, la que se entabla entre una *nana* y la persona que es cuidada, la cual es particular por su larga duración y el nivel de intimidad que supone. Finalmente, concluyo con una reflexión sobre las pautas de relación que se enseñan en este vínculo.

a. Una buena relación

Las relaciones descritas fueron muy variadas: algunas personas llevan más de una década empleando a la misma trabajadora del hogar y consideran tener una relación cercana con ella, otras tienen relaciones más recientes y menos estrechas; algunas emplean múltiples trabajadoras del hogar en modalidad de planta, otras solo emplean a alguien de entrada por salida; algunas acostumbran platicar con quienes trabajan en su hogar y conocen detalles de su vida personal, mientras que otras sienten que no saben de qué temas entablar conversación y reconocen que han tenido empleadas cuyo apellido ni conocían (#3); algunas acostumbran celebrar el cumpleaños de sus empleadas, otras nunca lo habían hecho hasta este año que lo vivieron juntas durante la pandemia (#8). A pesar de sus variaciones, la relación es común a la experiencia de todas las personas y característica de vivir en un estrato alto.

Algunas personas crecieron con una nana que consideran parte de su familia, otras dijeron que la relación que tienen hoy en día es cercana, “en muchas cosas muy amistosa” (#13), “super buena, super buena” (#18), mientras que, para otras, si bien la relación es “muy, muy respetuosa, es cordial”, también es distante: “nunca intimidamos mucho, realmente” (#16). Sin importar el nivel de cercanía que reportan, a todas les importa que la relación sea respetuosa, cosa que, consideran, no siempre ocurre en otros hogares.

Para varias, este trato apropiado consiste en no levantar la voz y pedir las cosas por favor; para otras, implica saber que las personas trabajadoras están contratadas para tareas específicas y no para servirte o traerte una bebida cuando se te antoja. A veces, explicaron que también tiene que ver con proveerles “una manera digna de vivir” (#11), cuartos apropiados y espaciados, de respetar sus vacaciones, de que coman lo mismo que la familia para la que trabajan; un par de veces incluso se mencionó la importancia de cubrir su seguridad social (#2, #5).

En general, las personas consideraron que la gente más cercana a ellas, sus amistades y familiares, se comportan de manera similar en esta relación, pero comentaron que sí conocen o han escuchado

de otras personas cuyas prácticas consideran inaceptables. Lucía sabe que, en algunas casas, las empleadas trabajan “de seis de la mañana a diez de la noche” y se espera que estén disponibles a cualquier hora; Martina dijo que la relación que ve en otros lados es “como esclavitud un poquito” pues las trabajadoras del hogar “no comen lo mismo, duermen en lugares espantosos, no se les dirige la palabra, solo para darles órdenes, no tienen idea si tienen broncas, si no tienen broncas, no hay ningún tipo de empatía, ¿no?”. Similarmente, Sandra reparó que “a veces son tratados como, ay no, no como esclavos, pero sí como, ay, no sé, como si no fueran seres humanos”. En el contexto de la pandemia, algunas compartieron ejemplos de reacciones inaceptables que habían tenido otras personas, desde no permitir que las trabajadoras salieran de sus casas —es decir, de sus lugares de trabajo— durante periodos prolongados, hasta correrlas o suspenderles el trabajo sin sueldo.

Como se aprecia en los ejemplos, todas las personas desean percibirse y presentarse como individuos que tienen una buena relación con quienes trabajan en su hogar. Lo que constituye esta buena relación varía bastante, de tal manera que todas pueden percibirse como personas morales, a pesar de guiarse por criterios muy distintos y, en ocasiones, opuestos: A Lucía le parece “horrible” que hubo quienes no dejaron salir a las trabajadoras de sus casas al principio de la pandemia, mientras que Andrea y su esposo les pidieron “si se podían quedar sin ir a su casa un mes” y después les hicieron una carne asada para agradecerles su disposición a quedarse. Cuando le pregunté a Andrea sobre qué malos tratos observa ella en otras casas, me platicó que tiene amigas que “tratan muy mal a su gente de servicio, sí como se sienten superiores”, que ni las dejan usar su lavadora. Así, cada persona tiene criterios particulares sobre lo que constituye una buena relación —dentro de los cuáles, siempre se incluye la propia—, y podía referirse a malas prácticas como comparación.

Algunas personas indicaron que aprendieron cómo comportarse en esta relación en su hogar de la infancia, con el ejemplo de sus padres. María Fernanda, por ejemplo, comentó que ella reproduce en su casa lo que aprendió de su mamá, quien fue “muy rígida” con ella y sus hermanos “cuando alguien faltaba el respeto o gritaba” y les recordaba frecuentemente que “las cosas se piden por favor”. Igualmente, Lucía considera que el trato que ella tiene hoy en día es “totalmente heredado, totalmente heredado” y, explicó, “mi mamá nos tenía prohibido, por ejemplo, ‘ay, ¿me traes un vasito de agua?’ Prohibido. O sea, en mi casa nunca se pidió nada, siempre se recogió la mesa, siempre se tenía el cuarto recogido”. Cada madre enseñó cosas distintas: prohibido pedir algo, prohibido pedirlo sin un “por favor”, pero ambas mujeres recibieron una enseñanza sobre cómo llevar esta relación de la manera que, a ojos de sus madres, era correcta; criterios que hoy ponen en práctica en sus propios hogares.

En cambio, los padres de otras tenían actitudes que ellas consideran incorrectas y que han intentado cambiar en sus propias familias. Miguel, por ejemplo, dijo que para él es importante que sus hijos “les hablen bien, que no les levanten la voz, que no haya gritos”, pero que no quería “ni repetir” cómo se refería su abuela “al servicio”. Carolina, su esposa, platicó que su mamá “siempre fue como medio déspota”, que “siempre era de ‘no, ella te lo trae’”, pero que sus propios hijos tienen una relación mucho más respetuosa y cariñosa con quienes trabajan en su casa. Para Gerardo, el vínculo ha mejorado con cada generación, pues aunque su abuela tenía una relación “nada más como de dar órdenes y de instrucción”, “de mando”, él tiene una “más cercana” y sus hijos una “todavía más cercana”. En estos casos, lo que perciben las personas es que la relación de servicio ha mejorado, pues ahora es más respetuosa y menos distante que en generaciones anteriores, en parte por una decisión personal de llevar a cabo esos cambios.

Los criterios sobre cómo actuar en este vínculo incluyen también ejemplos para mostrar que se tiene una relación cercana y amable. Andrea compartió que todos sus hermanos “tratan muy bien a *su* gente de, a *su* chofer o a *su* muchacha” y dio algunos ejemplos: “haz de cuenta, uno vive en un rancho y entonces invita a la cocinera a pasar a comer con ellos y el día de Navidad, este, los invita tal vez a su mesa, todos eh, todos son como muy en ese sentido, o sea, no es de que, ay no, y yo, con sus amigos también, y llaman a la muchacha, y ella cocinó, y vamos a darle un aplauso. O sea, en eso, en eso, todos somos iguales. Bueno no, mi hermana la más grande no, pero porque su esposo es racista a morir, entonces, ella trata muy bien a *su* servicio, pero tampoco de vente a comer a la mesa, bueno, pero por su esposo.” Otras personas repitieron el compartir la mesa navideña (#3), o celebrar el cumpleaños de la trabajadora (#7, #13), o asistir a su boda (#8, #11), como momentos en donde se expresa una relación cercana. Así, cada persona tenía criterios para calificar su relación como una moralmente adecuada. Es notable, y común, el uso del posesivo para hablar de las personas que emplean. Además, es común que las personas refieran a situaciones como las anteriores para mostrar que tienen una relación buena con quienes emplean, pero estas situaciones son también ritos que refuerzan la autoridad, pues dependen de la bondad de la persona empleadora en otorgar ese reconocimiento o lugar a quien emplean.

Aunque, en lo individual, las personas señalaron distintas prácticas que las hacían ‘buenas empleadoras’, las personas trabajadoras del hogar son uno de los sectores laborales que sufren de peores condiciones laborales y mayor discriminación en el país. En México, existen alrededor de dos millones de personas —en su gran mayoría mujeres (90%)— que trabajan de manera remunerada en el ámbito doméstico, como empleadas a cargo de la limpieza del hogar y la cocina, como cuidadoras

de terceros, jardineros, choferes, o vigilantes, entre otras tareas³⁹ (Instituto Nacional de Estadística y Geografía, 2021)⁴⁰. El sector se caracteriza por sus altos niveles de informalidad laboral: en 2020, menos del 1% contaba con un contrato laboral, más de dos tercios no tenía prestaciones laborales (Consejo para Prevenir y Eliminar la Discriminación en la Ciudad de México, 2021) y apenas el 2.1% de las mujeres y el 11.7% de los hombres tenía acceso a instituciones de salud (Instituto Nacional de Estadística y Geografía, 2020b). Y aunque desde 2019 existe un programa que busca incorporar al sector al seguro social, para septiembre de 2020 se había incorporado a tan solo 25,369 personas (Instituto Mexicano del Seguro Social, 2021).

En una encuesta realizada por CONAPRED (2014) para conocer las condiciones laborales de este sector⁴¹ se capturó una falta abismal de derechos laborales básicos: el 30% de las personas trabajadoras del hogar encuestadas reportó no tener tiempo de descanso durante su jornada laboral e incluso entre un 4 y 6%⁴² reportó no tener ningún día de descanso a la semana; solo alrededor de un tercio reportó tener vacaciones pagadas y apenas un 20% dijo recibir el pago por prima vacacional.

Además, son un grupo altamente sujeto a la discriminación: en una encuesta al respecto, 57.1% de las trabajadoras encuestadas consideró que sus derechos se respetan “poco” o “nada” y un número no menor, 19.4%, consideró que el maltrato o abuso que recibían por parte de quienes las contratan era su principal problema, por encima de la falta de derechos laborales (Instituto Nacional de Estadística y Geografía, 2017). Algunos tratos discriminatorios incluyen que las trabajadoras no puedan comer lo mismo que la familia para la que trabajan, que tengan que utilizar otra vajilla, que no se les permita utilizar las instalaciones del hogar; por ejemplo, en la encuesta realizada por CONAPRED (2014), solo 55% de las trabajadoras en modalidad de planta reportó tener permitido el uso de los baños de la familia empleadora. Estos tratos evidencian una percepción de las trabajadoras como sucias y contaminantes, lo cual también se ha documentado para grupos discriminados en otros contextos, como los judíos en la Alemania nazi y los negros en el sur de Estados Unidos durante Jim Crow (Wilkerson, 2020a, p. 116).

³⁹ El INEGI considera a los siguientes grupos dentro del sector de trabajo doméstico: lavaderos y planchadores, jardineros, cuidadores, empleados domésticos, cocineros, choferes, vigilantes y porteros.

⁴⁰ Cabe notar que la crisis económica causada por el COVID impactó significativamente al sector, pues entre el primer trimestre de 2020 y el primero de 2021 se perdieron casi medio millón de trabajos (Instituto Nacional de Estadística y Geografía, 2020a, 2021)

⁴¹ La encuesta se realizó en seis ciudades: Guadalajara, Tijuana, Tuxtla Gutiérrez, Monterrey y su zona metropolitana, Puebla y el entonces Distrito Federal.

⁴² Dependiendo de la modalidad de empleo.

Sería fácil descartar estos datos como ajenos a las personas entrevistadas en esta tesis; sin embargo, varias conversaciones muestran que la realidad estadística también está presente en sus relaciones. Como ya se mencionó, aunque las personas no dicen realizar estas prácticas ellas mismas, sí mencionan haberlas observado en conocidos, amistades e incluso en sus propias familias, como Carolina, que mencionó que, en su casa de la infancia, se usaba “una campanita” para llamar a las trabajadoras del hogar, y que ellas acostumbraban “comer con platos diferentes” o “comer comida separada” a la de su familia: “aquí comías camarón y el otro comía, no sé, bistec o frijol”. Es de esperarse que nadie admitiera llevar a cabo estos tratos, no solo porque efectivamente muchas no lo hagan, sino porque no es común admitirlo en una entrevista. Sin embargo, el mero hecho de identificarlos en otros del mismo estrato hace evidente que son comunes.

Además, la encuesta de CONAPRED antes citada ofrece unas pistas sobre lo que realmente ocurre, pues encuestó tanto a personas trabajadoras del hogar como a personas empleadoras, lo cual permitió capturar algunas discrepancias en las condiciones laborales que reporta cada parte. Entre otras cosas, se le preguntó a ambas partes si la empleadora cubría los gastos de la atención médica requerida por la trabajadora. En la tabla 2, se puede observar la discrepancia entre ambas partes: para cada nivel de cobertura, las empleadoras reportan hacerse cargo de los gastos médicos en una proporción considerablemente mayor a la reportada por las personas empleadas.

Tabla 2. Cobertura del gasto médico de la persona trabajadora del hogar, según quién lo reporta

Cobertura del gasto médico	Personas trabajadoras del hogar	Personas empleadoras
Total	25%	30%
Parcial	16%	26%
Nula	36%	21%
Nunca ha necesitado	23%	22%
Otro	1%	1%

A primera vista, las condiciones descritas parecen contrastar con lo compartido por las personas entrevistadas, narrativas en las que prevalece una imagen positiva y benevolente sobre sus maneras de emplear a otras mujeres. Sin embargo, ambas evidencias son más bien, complementarias, y muestran la dificultad de señalar los abusos de poder en relaciones donde también convive la intimidad y el cariño, como se muestra claramente en la siguiente sección.

b. La máxima cercanía

En las páginas anteriores examiné los distintos criterios que las personas utilizan para definir lo que es una buena relación laboral con las mujeres que trabajan en sus hogares; ahora, ahondo sobre una modalidad particular de esa relación, la más estrecha de ellas, la que se da entre la cuidadora de la infancia, “la nana”, y mis interlocutoras.

Varias de las personas con las que conversé habían tenido una “nana” desde pequeñas, una mujer encargada de cuidarlas, como una “segunda mamá” (#2), “la abuela” (#7), “una tía” (#20) que “prácticamente te cría, junto con tu mamá” (#20); en ocasiones no solo a ellas, sino también a sus madres y a sus hijas. Quienes habían tenido esta relación se expresaron con mucho cariño de ella, platicando que su relación había sido “muy cercana y muy íntima” (#20). Algunas de estas relaciones siguen vigentes hoy en día: la nana de Roberto sigue viviendo con los papás de éste y las nanas de Sandra envejecieron en casa de sus padres; Andrea habla seguido con quien fue su nana y madrina de primera comunión y la visita un par de veces al año. Cuando platicamos comentó que precisamente al día siguiente iba a entregarle una despensa “sorpresa” que entre sus hermanos y ella le habían preparado.

En ocasiones, la relación que describían no solo era de larga duración, sino también de un entrelazamiento de vidas muy profundo: Roberto platicó que, “como sucede mucho, yo creo, en esas relaciones [de trabajo doméstico], toda la familia de Alejandra históricamente tuvo que ver con toda la familia nuestra”, pues Alejandra trabajó primero con los abuelos de Roberto y después con sus padres, y los hermanos de Alejandra consiguieron trabajo en la empresa donde laboraba el abuelo de Roberto; Sandra compartió que “estas mujeres” entraban a trabajar a su casa “desde muy chiquitas y ya cuando tenían, pues, ¿qué será? dieciséis, diecisiete años, ya se volvían como nanas de nosotros... y se quedaban treinta años, cuarenta años hasta que se jubilaban prácticamente”; la nana de Andrea, cuyo nombre no mencionó, sigue casada con quien, en su momento, fue el chofer de sus empleadores; Carmen, la esposa de Roberto, compartió que su papá había ayudado a que las hijas de su chofer acabaran la carrera. Para estas mujeres y hombres que trabajaron como empleadas domésticas o choferes, sus empleadores no fueron solo fuente de ingreso, sino también determinantes de otros aspectos de sus vidas: los empleos de sus familiares y parejas y las carreras de sus hijas estaban íntimamente vinculados a la familia que los empleaba.

Varias de las personas que crecieron con esta relación buscan replicar ciertos aspectos de ella en la que hoy llevan con las trabajadoras de sus hogares. Martina platicó que su relación con Mercedes,

quien trabaja en su hogar, es “un poco como madre e hija en muchas cosas”, pues Martina se encarga de sus gastos médicos y de cuidado personal, se asegura de que sus hijos tengan los útiles necesarios para asistir al colegio y procura estar pendiente de lo que ocurre en su vida personal y de cómo puede ayudarla. María Fernanda buscó a los padres de quienes trabajan en su casa y platicó con ellos “para que las dejaran estudiar la carrera”; Bertha, que trabaja con Carmen y Roberto, vive allí con su esposo y su hijo, quien toma clases de piano y natación con los hijos de Carmen y Roberto, aunque no asiste al mismo colegio.

Sandra platicó que “la nana” de su infancia era “como parte de la familia” y, cuando le pedí que me explicara a qué se refería con ello, me dijo: “Pues el tipo de relación que teníamos era prácticamente como una tía, no tanto como tu mamá, porque mi mamá siempre estuvo cerca, pero sí como una tía y en algunos casos hasta como una abuelita, te diría. Cuando ya era más grande, este, la nana, y nosotros también ya teníamos como veinte, treinta años, se volvía como una abuelita que siempre estaba cerca y que nos consentía muchísimo y ya cuando tenían sesenta años, sesenta y cinco, entonces nosotros cuidábamos de ellas.” La relación que Sandra y otras describen es una marcada por la intimidad, donde parecen desdibujarse las líneas entre lo familiar y lo laboral.

Para entender cómo se veía esto en la práctica, le pregunté que elaborara sobre el tipo de convivencia que tenían, lo que sí hacían juntas, y lo que no. Me contestó que “(mi nana), por ejemplo, cuando teníamos pesadillas, se dormía en la misma cama, o sea, eso sí pasaba mucho, o veíamos las mismas películas y se sentaba en el sillón, o nos podíamos quedar dormidas, este, acurrucadas en sus piernas, por ejemplo. O nosotros íbamos, como, a su cuarto y nos poníamos a ver la televisión ahí con ellas. O sea, ese tipo de cosas sí sucedían en mi casa”; compartió también que su mamá siempre estaba pendiente de las necesidades de sus nanas, que las cuidaba a ellas “y cuidaba también a sus hijos”. Pero aclaró que, a pesar de esa cercanía, “nunca nos sentamos en la misma mesa”, “porque *la hora de la comida era como la hora de la familia* y entonces mi papá se sentaba en la mesa y yo creo que quien les imponía más era el señor de la casa, pero mi mamá siempre las trataba, les compraba ropa, siempre, las cuidaba mucho, la verdad. Y cuidaba también a sus hijos. Sí, pues sí, yo creo que sí había también cierta lejanía porque, porque ellos nos ven a nosotros como, pues sí, como un, como los patronos, o como una postura, ellos sí creo que nos perciben a nosotros como, ay, no sé, como los de arriba, haz de cuenta”.

Su respuesta muestra la complejidad de nombrar a alguien “como parte de la familia” cuando la relación es muy distinta a la que se tiene con miembros de ésta. Sin duda, existe intimidad, pues se trata de una relación donde se comparte una gran porción del tiempo cotidiano y, en la experiencia de

la pequeña, se desarrolla una suerte de compañerismo. Sin embargo, Sandra admite que “la hora de la comida era como la hora de la familia” y ahí ya no cabía la persona que la cuidaba, aunque unos minutos antes la hubiera descrito como parte de su familia. Esto invita a mirar de nuevo la particularidad de los espacios que sí compartían, pues se trata siempre de situaciones en las que Sandra está siendo cuidada. La intimidad existe en su relato de la relación, pero ésta no borra el hecho de que la cuidadora está a su servicio, porque acurrucarse y quedarse dormidas es, no obstante, una tarea que supone su trabajo. Al final de su relato, Sandra confiesa que quizás “había también cierta lejanía” porque en última instancia, ella y sus padres eran “los patrones”, “los de arriba”. Este lenguaje expresa precisamente el posicionamiento en la relación: hay una jerarquía clara que, desde temprana edad, se aprende a manejar respetuosa y amablemente —es decir, ‘de la manera correcta’, como su madre, que “las cuidaba mucho”— pero que no deja de ser jerarquía.

Hace unos años, la película *Roma*, de Alfonso Cuarón, suscitó reflexiones en torno al trabajo del hogar remunerado en México. Laura García, entonces directora de un fondo que, entre otras actividades, apoya la organización laboral del sector, escribió que “hay pocos retratos más crueles de nuestro clasismo que el de la trabajadora del hogar” y quizás lo más cruel sobre el mismo es que en “ese extraño arreglo informal las trabajadoras conviven con sus patrones entre el cariño y la violencia”, estableciendo una cercanía que, al mismo tiempo, deja intactas las estructuras que permiten que esa distancia y diferencia siga existiendo (García Coudurier, 2018). Algo similar dijo el columnista Jesús Silva-Herzog (2018) en su propia reflexión sobre la película: “el cariño en la desigualdad no es falso, pero es perverso y encierra, a pesar de todas las dulzuras, un abuso”. Estas reflexiones, y los ejemplos anteriores, apuntan a un elemento crucial para analizar estas relaciones: el cariño no es opuesto a la injusticia y muchas veces puede ir de su mano, porque las personas construyen relaciones personales dentro de estructuras desiguales.

c. Dependencia e infantilización

En todos estos casos, lo que se describe es una relación marcada por el cariño y la intimidad, pero también por la dependencia. Múltiples aspectos de las vidas de las trabajadoras del hogar y de sus familias llegan a estar sujetos a la buena voluntad de quienes las emplean, y a veces hasta de sus hijos, y sus oportunidades de vida dependen, en gran parte, de que esta relación se mantenga en buenos términos. Se trata de particularizar las oportunidades de movilidad social en la figura de la familia empleadora. Ésta dicta los términos de la relación —el trato, los horarios, las condiciones— y ofrece

o niega oportunidades o asistencia cuando se requieren; es decir, ejerce poder sobre la otra parte de la relación.

Las personas suelen estar conscientes de que tienen esta influencia, pues varias de ellas enfatizaron la importancia de ir “construyendo” y “ensanchando” un “espacio de oportunidades” para las familias de quienes empleaban (#5), de “abrir, en lo que puedas, las más puertas posibles” (#6), de “impulsarlas” (#2) y motivarlas (#5) a estudiar, con la esperanza de que “ellas y su entorno, pues, vayan mejorando” (#5), como indican que ha ocurrido: “Alejandra no sabe leer y escribir, su hijo es profesionista” (#5).

En general, esta sensación de responsabilidad es acompañada de un reconocimiento de los sacrificios que implican estos trabajos de servicio: migrar, dejar de ver a sus familias, criar hijos ajenos para poder mantener a los propios. A Lucía le parece “muy cruel sacar a alguien de su casa para que te limpie la tuya”. Similarmente, a Martina le parece “terrible” que sea “un trabajo que no está suficientemente valorado por todo lo que implica” pues “implica, por su lado, abandono a sus propias familias, o sea, el desprendimiento de sus familias y, el abandono, para hacerse familia aquí”. Por eso, considera que la única manera de llevar esta relación correctamente es entablar una relación familiar que, de cierta manera, compense la que la otra persona ha dejado a un lado: “o sea, tendría que ser a quién crías, como, adoptas, ¿no? O sea, ese es el intercambio que me parece justo.”

Esta “idea de criado” es lo que ella recuerda aprender en casa de sus padres, refugiados españoles, cuya manera de entender esta relación consistía en decidir, “yo te adopto, con todas tus necesidades, con tus carencias, con tus pedos, con todo, y me hago cargo de ti”. De cierta manera, ese es el modelo que siguen varias de las personas entrevistadas: por su lado, asumen la responsabilidad de brindar ciertas oportunidades y hacerse cargo de necesidades más allá de las estrictamente laborales, a cambio, entablan relaciones con personas que dedican gran parte de sus vidas al servicio de ellas y sus familias. Existe un reconocimiento de que la relación es moralmente compleja y el modelo de crianza o adopción parece ser, para algunas, la única alternativa moral sobre la cuál entablar esta relación.

En algunos aspectos, es una relación con tintes de una época colonial o latifundista pues, si bien ya no se suele tratar de familias enteras al servicio de otras y el tipo de trabajo que se realiza se ha modificado, ambas muestran una estructura donde las posibilidades de vida de unos no son sujetas de derechos, sino de beneficencia.

Aunque este tipo de relación de larga duración e intimidad cotidiana no fue común a todas las personas entrevistadas y parecer ser menos común en la generación actual, sí persiste la falta de

derechos laborales y una dependencia significativa de parte de las personas trabajadoras. Sin duda, este segundo tipo de relaciones no se caracteriza por el mismo nivel de entrelazamiento que el primero, pero sí comparte cierta dependencia de las personas trabajadoras sobre sus empleadores, quienes a veces reportan encargarse de gastos médicos u otras emergencias económicas y que incluso compartieron que, de vez en cuando, siguen siendo contactadas por empleadas pasadas que les piden dinero prestado.

Aunque no siempre, esta dependencia a veces viene de la mano de una infantilización de la persona trabajadora. Schapiro (1999) define la acción de infantilizar como el acto de “interactuar con alguien con base en estándares más paternalistas que aquellos que aplican a las relaciones entre dos adultos” (p. 715). A un niño se le trata como tal porque se considera que su voluntad propia y sus criterios de elección aún no están lo suficientemente desarrollados como para poder tomar decisiones propias respecto a su vida, y la adolescencia es un periodo de expansión gradual de este espacio de toma de decisión (Schapiro, 1999). Por ende, infantilizar a alguien implica tratarle como si todavía no tuviera las capacidades para decidir sobre su propia vida o por lo menos para hacerlo correctamente.

Este tipo de acercamiento a las personas trabajadoras se observa desde el término con el que se les suele nombrar, “muchachas”, incluso cuando las empleadas no son jóvenes. Esta palabra, usualmente se contrapone con maneras más obviamente despectivas de llamarles, como el diminutivo “chacha” o los que evocan una época de servidumbre colonial como “sirvienta” (#11, #20) y “criada” (#20). Además, es común que se utilice el diminutivo para hablar con, y sobre, ellas; esto es una manera de mostrar cariño y simultáneamente infantilizar a la otra persona⁴³.

Varias personas incluso se expresaron sobre esta relación como una entre “madre e hija” (#13) donde la primera aconseja y ayuda a las empleadas, mientras que éstas, de cierta manera, obedecen, aunque también ‘tienen su carácter’ y, de vez en cuando, tienen conversaciones significativas entre ambas. Beatriz contó que las mujeres que trabajan en su casa le piden consejos sobre cómo educar a sus propios hijos, “y ya me las *coacheo*, entonces me preguntan que cómo le hacen, con los hijos, y que ya no quiere estudiar, y que se va a querer cambiar, y que si el teléfono, pues ahí me las estoy *coacheando*” y comenta que la hace feliz saber que “ya aprendieron que no (hay que educar) a golpes”. Este deseo por educar también se reflejó en la conversación con Susana, quien comentó que en el pasado han llegado a trabajar a su casa personas que no tenían ni pijama ni ropa interior, “entonces en este caso, pues, ok, vamos a comprarte unos zapatos, vamos a comprarte tu ropa interior... ya entraste a trabajar,

⁴³ Agradezco a la Dra. Alice Krozer por mencionar este punto.

pues vamos a apoyarte con esto, ¿no?”. Explicó que situaciones como ésta la hacen consciente de la “diferencia enorme” que existe entre ella y quienes ha empleado, pero “tampoco puedo estar sintiendo, así como que dolor o tristeza o cosas de esas, si no, lo que, la idea aquí es, bueno, ¿cómo vamos a hacer para que aprendas algo más, para que, en fin, que tengas algo mejor? ¿No? Y en ese caso, lo que siento es, pues, la necesidad de apoyarla en lo que tenga que apoyarla, ¿no?”

A pesar de que ambas comparten estas anécdotas para ejemplificar que tienen una relación muy buena y cercana con quienes emplean y que se interesan por su bienestar, visibilizan también el deseo por cambiar sus prácticas y educarlas al modo de uno, el cual se percibe como mejor o más sofisticado. Ramos-Zayas (2020) documenta algo similar entre las clases altas puertorriqueñas y brasileñas las cuales suelen distinguir entre trabajadoras según su origen y la connotación de éste sobre sus modales y a veces buscan inculcar su forma de hacer la cosas por encima de las formas de quienes emplean. Entenderse como alguien que cuida o se hace cargo de la persona que emplea, si bien pueden leerse como maneras de subsanar lo que se consideran aspectos injustos de la relación, son también maneras de considerar a la otra persona como alguien con menos agencia que necesita de ese cuidado. Existe un deseo de apoyar que, no obstante, se combina con reforzar la desigualdad dentro de la relación. Estas prácticas no tienen que ser una decisión consciente por negarle al otro la autonomía de sus propias decisiones, e incluso pueden ser medidas bienvenidas o buscadas por las propias trabajadoras, pero no dejan de establecer pautas de relacionamiento donde la consecuencia es la infantilización. El término, por ende, no se refiere solo, ni principalmente, a cómo se acostumbra llamar a las personas trabajadoras, sino también a que se les vea como alguien a ser educada y criada. Además, está íntimamente relacionado a la dependencia de la que se hablaba anteriormente, pues es típico de la relación filial que los adultos sean quienes establezcan las reglas de la relación y los permisos, u oportunidades, que se otorgan.

Se puede observar en la dinámica de esta relación una lógica parecida a la observada por DaMatta (1997) en el caso brasileño, donde las relaciones laborales pasan a ser relaciones personales “regidas por valores como la *intimidad* (cf. Barret, 1972), la *consideración*, el *favor* (cf. Schwarz, 1977), el *respeto* (cf. Viveiros de Castro, 1974) y apreciaciones éticas y estéticas generalizantes (como las categorías de limpio, presentable, correcto, sagaz, bueno, de buen trato, etc.)” (p. 192, énfasis original). El paso de una relación laboral a una personal implica también que “es posible compensar y complementar diferenciaciones sociales radicales y en conflicto, como la de patrón/empleado, operando por encima del eje económico (*que es el eje efectivamente básico*) una clasificación de carácter moral que permitir dividir a los patrones en *buenos* y *malos*, *felices* e *infelices*, que *consideran* o no *consideran* a sus empleados, que son

limpios o *sucios*, etc.” (DaMatta, 1997, p. 193, énfasis original). Es decir, una relación jerárquica y atravesada por desigualdades pasa al plano de la moralidad individual en donde se vuelve posible discutir cómo o si se es un buen patrón, en vez de plantear si esas diferencias deberían existir en primer lugar (Sherman, 2017). La relación que existe con las trabajadoras del hogar es de naturaleza laboral —hay jerarquía, poder de mando y obediencia, y una mediación salarial—, pero hay un esfuerzo notable por no solo percibirla en esos términos, sino también como una relación humana, respetuosa, de cercanía, donde hay un interés por los problemas de la otra persona y por su desarrollo personal. Este traslado de la esfera netamente laboral a una relación de índole personal permite vestir una relación asimétrica de carácter positivo, volviéndola aceptable para quienes la emplean. Las personas, unas más que otras, están conscientes del sacrificio que este trabajo implica en las trabajadoras, de que a veces es un trabajo esclavizante, y algunas incluso consideran que hay algo profundamente “cruel” y “terrible” en las dinámicas de la relación. Esto no lleva a no participar de la relación, pero sí a vivirla de acuerdo con los términos que cada una considera como moralmente correctos. Hacerlo no modifica la forma de la relación, pero sí parece volverla más aceptable, en ocasiones incluso se llega a entender como una relación de beneficio mutuo.

El enfoque de esta sección está en la relación con personas que trabajan dentro del hogar, ya sea cuidando a menores, cocinando, limpiando o haciendo una combinación de estas tareas, porque es la relación más comúnmente referenciada por mis entrevistados y la de mayor cercanía e intimidad. Sin embargo, no es la única relación doméstica que existe. Como se vio en el apartado anterior, estos hogares suelen emplear también otros servicios como el de chofer, jardinero o portero, donde algunas de las dinámicas aquí mencionadas pueden también aplicar. Estas relaciones son, casi siempre, el único o más frecuente contacto que las personas de élite tienen con personas que no comparten su contexto, éstas se vuelven su referente y representación de otras realidades que desconocen personalmente y, así, se introduce la desigualdad social al hogar, con el conjunto de normas sobre cómo tratarla.

Actividades de altruismo

Además del doméstico, otro espacio en el que se aprende a convivir con personas de un estrato menor es en el de la ayuda caritativa, el trabajo voluntario o la filantropía⁴⁴. A diferencia de la anterior, esta relación es menos frecuente y, también, menos íntima, sin embargo, para quienes la observaron en la

⁴⁴ Menciono las distintas maneras en las que las personas entrevistadas se refirieron a este tipo de trabajo, pero no ahondo sobre las diferencias, pues no es la materia de la tesis.

infancia, fue un factor relevante para aprender a relacionarse con individuos de otros estratos. A continuación, menciono, como ejemplo, tres casos.

Josefa considera que sus ganas de ayudar son algo con lo que nació, algo “natural”, porque creció viendo a su mamá y a su abuela hacer lo mismo. Al morir su abuelo, y quedarse con demasiado espacio, su abuela convirtió parte de su casa en lo que “en aquel entonces se llamaba casa de asistencia, para que jóvenes estudiantes vinieran a vivir, vinieran a estudiar a la capital (del estado)”; desde chica, ella estaba ahí, “a los seis años metida con la abuelita haciendo galletas para las niñas (huéspedes)” y llevando la comida que sobraba a cárceles y asilos. De ahí, ella identifica su motivación por “ayudar en la medida de nuestras, de lo que podamos”, lo cual sigue haciendo hoy en día a través de distintas actividades, como organizar grupos de jóvenes y familias para construir casas en comunidades marginadas y conseguir el dinero para financiar esos proyectos.

Mariana también se describe como alguien a quien le “gusta mucho ayudar a la gente”, y frecuentemente se involucra en distintas actividades: después del sismo de septiembre de 2017, apoyó durante varios meses a un albergue para damnificados en Xochimilco —recolectando apoyos económicos y en especie— y, ahora, con la pandemia, se ha organizado, junto con otros padres de la escuela de sus hijos, para distribuir equipo de protección personal —cubrebocas y caretas— para el personal de salud. Es claro por la conversación que estas no son acciones aisladas, sino que Mariana realiza este tipo de trabajo constantemente, como ella misma lo dijo: “me gusta mucho ayudar a la gente, o sea, es algo que está dentro de mí. Siempre he tratado de hacer algo relacionado a eso.” Mariana considera que esta sensación de responsabilidad se la “inculcaron (sus papás) desde chiquita”, pues, “siempre (le) enseñaron a pensar en los demás, siempre. O sea, como que sí fue parte de (su) educación,” y mencionó el ejemplo de su mamá, que lleva treinta años siendo voluntaria en una asociación para niños con cáncer.

Similarmente, Alberto creció con una mamá que, junto con unas amigas, “hizo un comedor de pobres”, “en un lugar que ni sabría decirte cómo, dónde es, pobrisísimo, en la Ciudad de México”. Durante décadas, su mamá dedicó gran parte de sus días al proyecto, en el que constantemente involucraba a Alberto y a sus hermanos, ya fuera sirviendo la comida en el comedor o haciendo las compras de los ingredientes. Este ejemplo de su mamá le enseñó cierta manera de vivir su posición social que él trata de replicar hoy en día: “Mi mamá siempre decía, es que tenemos la obligación de, de, de regresar algo, ¿no? Y, este, y eso lo respiré siempre. Entonces, desde que he podido, he tratado de ayudar, en mi trinchera”; en específico, compartió que le parece difícil hacer trabajo más directo con personas necesitadas, por lo que prefiere “hacer lo que (él puede) hacer, que es dar”.

Quienes crecieron con estos ejemplos en casa recibieron desde pequeños la enseñanza de que eran “muy afortunada(s)” y que esa fortuna conllevaba “el doble de responsabilidad en tratar de dar algo” a quienes no habían tenido las mismas oportunidades (#9). Para varias de ellas, ayudar no era algo que realizaban ocasionalmente, sino un aspecto de su personalidad y de la manera en que se presentan a sí mismas, así como una parte significativa de sus actividades habituales (#9, #11, #18). Varias de ellas se describieron como personas que, además de involucrarse personalmente en estas actividades, movilizan sus redes personales para conseguir fondos o apoyos en especie para sus proyectos.

Estas personas están conscientes de que viven una situación económicamente privilegiada con respecto al resto del país, y aprendieron que parte de haber nacido en esa posición es realizar trabajo que, de una u otra forma, comparta algo de lo propio a quienes no lo tienen. Cada una lo hace a través de las vías que conoció en casa o que considera más apropiadas, desde donar dinero a proyectos que les parecen importantes, hasta involucrarse directamente en la planeación y ejecución de ellos, cuya naturaleza también varía. Para este grupo de personas, habitar correctamente su situación privilegiada no implica solo saber comportarse adecuadamente en las relaciones que entabla, por ejemplo, con las trabajadoras de su hogar, sino que también conlleva una responsabilidad hacia otros con quienes no se tiene relación directa; aparece una suerte de imperativo moral por compartir lo que uno tiene.

Esta noción del deber moral no suele ir acompañada de culpa por ocupar una posición privilegiada, sino más bien de “impotencia” (#8), frustración (#9), sentirse en conflicto (#8, #12, #22) al ver “tanta injusticia” (#9). Esas emociones son canalizadas propositivamente a los distintos proyectos, como lo dice Mariana: “Creo que todos sentimos cosas a veces buenas, a veces malas, pero lo importante es, este, ¿qué haces con esos sentimientos? ¿en qué los transformas? ¿Los dejas ahí a que estén ahí, nomás molestando? ¿O dices, ‘ah no, esto me enoja, ahora hago algo positivo?’” O, como lo dijo Armando, quien desde hace más de dos décadas se dedica exclusivamente al trabajo de su fundación familiar, “así que yo me sienta, así que diga, ‘hijo, ¡qué barbaridad! Este, ¿cómo me atrevo a yo vivir en una forma sabiendo que los demás están muy mal?’, No, no, no, al revés, yo quiero ver cómo le hacemos para que todo mundo esté un poco mejor”.

La mayoría de las personas que mencionaron hacer trabajo altruista lo hacían a través de trabajo voluntario en instituciones ya existentes, donando a organizaciones o proyectos, o movilizando sus redes para fines particulares. Sin embargo, sí hubo dentro de las personas entrevistadas un par de personas que se dedican de tiempo completo a la filantropía.

A pesar de sus diferencias, existe, entre este subgrupo de personas, un interés real por hacer algo desde su posición para mejorar las condiciones de otros. Este no es el espacio para juzgar la efectividad de esas acciones, que son variadas y sobre cuyas características no se ahondó en las conversaciones, pero sí para reparar sobre la relación que se entabla, pues, de nuevo, se trata de una posición en la que uno puede brindarle oportunidades a otro; está en uno dar y, con ello, se tiene la posibilidad de cambiar significativamente la vida ajena. Al igual que en algunas de las relaciones íntimas mencionadas con las personas que fueron sus nanas, se trata de una relación que enfatiza el desbalance de poder y acceso a oportunidades que existe entre las partes. En general, las acciones mencionadas no buscan reconfigurar este balance o cambiar la posición propia, sino atenuar sus efectos. Alberto lo planteó de la siguiente manera: “Y, ¿cómo lo vas a corregir? Es decir, ¿haciendo más pobres a los que tienen? ¿O dando oportunidades para que los que están abajo suban?”, con su tono de voz indicando que lo segundo era lo adecuado.

Esto refleja una comprensión de la pobreza como problema ajeno al que uno puede aportar generosamente, pero que no lo implica directamente; es decir, se rehúye a trazar el vínculo que existe entre la posición privilegiada de uno y la desaventajada de otros. Este razonamiento tiene, además, muchas consecuencias para el estudio de la desigualdad, como el énfasis que se le da a la educación como vía de mejora, pero que no se ahondarán en esta tesis, porque responden a otras preguntas. Lo que aquí es interesante resaltar es que, aunque se reconoce que existen injusticias, que “algo no está bien” (#8) y que sienten una responsabilidad moral para cambiarlo, esto no suele llevar a un cuestionamiento de la legitimidad de su posición y, por tanto, tampoco se traduce en acciones que buscan cambiar ese balance de poder.

En cuanto atañe a las relaciones sociales, estas prácticas de ayuda observadas en la infancia enseñan una responsabilidad moral de dar y compartir, como uno juzgue mejor. A la vez, recalcan la sensación de que uno tiene la habilidad de dar, construir o abrir oportunidades para otros; similar a lo que ocurre en la relación del trabajo doméstico, la posibilidad de movilidad se torna, no una característica del sistema social, sino de la relación individual.

En conclusión, aunque ya no se trata de relaciones cotidianas tan íntimas, el trabajo caritativo o voluntario aparece como otro espacio en el que algunas personas entrevistadas aprenden a habitar su posición social y a relacionarse con otros de una manera que consideran adecuada y responsable. A la vez que estas acciones enseñan la manera moralmente correcta de ser privilegiada, refuerzan patrones de relacionamiento desde ese privilegio y jerarquía pues generalmente no son acciones que abordan la desigualdad desde una perspectiva de injusticia, sino desde una de benevolencia o caridad.

Finalmente, es importante recalcar que, tanto en esta relación como en la anterior, son las madres quienes principalmente transmiten los criterios de comportamiento adecuados. Esto no significa que los padres, en su interacción con las trabajadoras o al comentar sobre el trabajo filantrópico de sus parejas, no comuniquen también una forma particular de relacionarse, pero las madres aparecen como las personas que principalmente llevan estas relaciones y las enseñan a los menores. Esto no debe de sorprender; en el primer caso porque es común que las trabajadoras del hogar se perciban, de cierta forma, como substitutas de las madres en una función entendida como naturalmente femenina y, en el segundo caso, porque la “ayuda” ha sido históricamente ligada al ideal femenino.

Empresas familiares

Aunque mucho menos mencionada, la empresa familiar aparece como otro espacio en donde las personas aprenden a habitar su privilegio responsablemente y a relacionarse con individuos de otros estratos. Lucía, cuya familia tiene dos empresas, considera que ofrecer empleos seguros y bien remunerados es su “acción filantrópica”, y comenta que ser una empleadora justa ha sido un legado familiar:

Mi abuela vino refugiada de España hace muchos años y ella decía, o sea, nuestra gran obligación, como afortunados, es que nuestro círculo más cercano, o sea, la gente que depende de ti de alguna manera tenga lo mejor que se pueda, ¿no? Y ser muy, muy generosos dentro de ese círculo, siento que como familia es como nuestro mantra y pues por eso llevamos 65 años con estas empresas y la gente, pues sigue ahí, ¿no? Entonces, sí, tenemos una relación, me costaría mucho trabajo y te estaría diciendo mentiras si es de igualdad, pero una relación de respeto y de tratar a la gente con dignidad. Esas son de las cosas que te puedo decir que son de las premisas de esta familia.

Dice que la relación no es de igualdad porque no piensa “repartir el pastel”, pero que, si bien “no (puede) hacer millonarios a todos” sus empleados, le importa que estén contentos y seguros en el trabajo, que sea un lugar donde puedan crecer y donde se respeten sus derechos laborales.

Mariana comenta que, al igual que el voluntariado de su mamá, la manera en la que su papá manejaba su fábrica le enseñó sobre la responsabilidad que tenía hacia otros: “mi papá tenía, se dedicaba al hierro y al acero y pues tenía una fábrica, tenía bastantes empleados, siempre estaba viendo la forma de ayudar a uno o ayudar a otro”. Eduardo, quien hoy tiene una empresa personal, comenta que a veces le “conflicta” saber que “cada vez hay un grupo más chico de gente que tiene muchísimo dinero y cada vez hay más gente pobre” y que él intenta hacer lo que él puede en su campo de acción:

“pagarle bien a mis empleados, que mis empleados estén contentos, este, que vayan con gusto a trabajar, que puedan tener una vida digna”, aunque reconoce que la necesidad es mucho mayor a la que él puede atender.

Así, para varias de las personas, la empresa es un ámbito en el que es posible influir positivamente en las vidas de otros. Eduardo recalcó que es importante fomentar esta responsabilidad entre los empresarios actuales: “Tendríamos que ser, todos los empresarios tendrían que ser más sociales, esa es la verdad” (#8).

Se trata de una relación en la que se aprende a vivir el privilegio de una manera que se considera correcta o socialmente consciente y, simultáneamente, se aprende a encarnar esa posición social de poder. Miguel confesó que, así como en el ámbito doméstico aprendió que alguien estaba a su servicio, trabajar en la fábrica familiar le enseñó a mandar:

A mí me cargó mi nana, me daba de comer mi nana, teníamos siempre la muchacha, siempre la mandábamos. En la fábrica, cuando trabajaba con mi papá, sí, yo trabajaba en la fábrica y eran mis cuates, pero yo sabía que era el hijo del dueño y ellos sabían que yo era el hijo del dueño entonces, *if worst comes to worst*, yo sabía que yo podía mandar. Trabajé en los almacenes y tal, pero cuando quise una chamba en (una oficina de gobierno) me la dieron y ya tenía yo oficina y tal. Entonces, sí es una tras otra.

Al igual que en la relación del trabajo doméstico, se trata de una relación laboral en la que existe un interés por ser respetuosa, “tratar bien” a los demás (#18), ser cordiales e incluso amistosas, pero en la que la configuración de la relación misma implica jerarquía y mando. Finalmente, cabe anotar que, a diferencia del vínculo con el trabajo doméstico y altruista, en este son los padres los que suelen ser transmisores de las pautas de relación.

Algunas conclusiones

Las tres relaciones mencionadas en este capítulo son muy distintas entre sí y la manera en la que las personas las viven también varían sustancialmente. No se trata, entonces, de una sola manera de entender o vivir estas relaciones y es ahí donde se encuentra la riqueza de estas narraciones, pues si bien las experiencias son distintas, el interés por relacionarse adecuadamente, y la configuración de las relaciones que se entablan, suele ser similar. Según el análisis anterior, esto apunta a tres hallazgos significativos para el estudio de las diferencias sociales.

En primer lugar, existe un deseo de percibirse y entenderse como alguien que lleva estas relaciones de manera moralmente correcta y que entiende su privilegio responsablemente. Las

personas quieren pensarse y ser percibidas como individuos buenos y morales, que, sabiéndose en una situación privilegiada, viven en ella de la manera correcta; es decir, con consideración, respeto y buen trato hacia los demás. Las élites neoyorkinas que entrevistó Sherman (2017) expresan una inquietud similar de querer sentirse “buenas personas” que no se creen demasiado por el dinero que tienen, que no tienen actitudes déspotas o irrespetuosas y que están conscientes de su privilegio e intentan regresar algunos de los beneficios recibidos (p. 22). Sin importar la autenticidad de este deseo, se trata de una individualización de la conversación en torno a la desigualdad, pues al enfocarse en cómo uno vive ese privilegio, se desenfocan las preguntas sobre si éste debería existir de la manera en la que lo hace actualmente. Es más, incluso hubo varias pistas que sugieren que las personas no cuestionan la existencia de esa acumulación de ventajas, solo que les parece que otros no deberían vivir en condiciones tan carentes y que deberían existir más oportunidades. Hablar de la desigualdad se vuelve, entonces, una conversación sobre la moralidad individual al habitar cierta posición social y no una sobre la justicia de que exista tanta distancia entre posiciones. Las posiciones se entienden como inevitables o incluso naturales y, desde esta comprensión, la única pregunta es con cuánta benevolencia se habitan. Como lo dice Sherman (2017) en sus propias conclusiones, “la distribución de los recursos es el problema, no el comportamiento individual, la disposición, o los sentimientos —ni cualquier otra característica— de la persona que los posee” (p. 236).

En segundo lugar, este énfasis en vivir correctamente la posición privilegiada conlleva también un reconocimiento de que uno puede brindar, o no, oportunidades a quienes no se encuentran en la misma posición. “Abrir, en lo que puedas, las más puertas posibles” (#6) y apoyar al otro en su camino de movilidad social, o tan solo a salir de una emergencia, aparece entonces como una manera de vivir responsablemente, y compartir, las ventajas que uno recibió. Estas medidas pueden ser útiles para las personas que las reciben, pero dan fe de una dinámica en la que una parte de la relación concentra el poder de afectar la vida del otro y está consciente de ello.

Entre las personas de élite entrevistadas, la relación individual se percibe como el espacio por excelencia para ‘aliviar’ la desigualdad. Es una perspectiva bajo la cual la persona con más recursos, sea la empleadora o la donante, tiene el poder de cambiar las condiciones del otro y decidir los términos y el alcance de ese cambio. Esto significa que otras personas dependen en cierta medida de su benevolencia, lo cual recuerda a algo que, por muchos años, han argumentado las trabajadoras del hogar organizadas: las condiciones de vida de uno no pueden depender de la buena voluntad de otra

familia o persona⁴⁵. Sin negar que las medidas individuales pueden ser sumamente efectivas a ese nivel, no se pueden ignorar las consecuencias de personalizar esas oportunidades de movilidad social. Por un lado, saberse dependiente de otra persona⁴⁶, por el otro, saberse con la capacidad de influir significativamente sobre las vidas de otros, tiene consecuencias relacionales que deben ser más estudiadas. Esto no implica negar la cercanía, respeto y buena voluntad que puedan existir en estas relaciones, pero sí comprender que la existencia de estos aspectos no constituye una relación justa.

En tercer lugar, el análisis muestra que, más allá de cómo se viven estas relaciones sociales, crecer acostumbrada a ser servida y a que otros trabajen para uno, así como tener la capacidad —al menos desde la propia perspectiva— de afectar significativamente las condiciones de vida de alguien más, lleva consigo enseñanzas implícitas sobre la posición social propia y ajena. No es necesario que uno sea déspota o irrespetuoso o condescendiente, se puede incluso ser sumamente cortés y amigable, pero la estructura misma de la relación, y la posición que uno ocupa dentro de ella, enseña la diferencia. Incluso ser generoso y respetuoso en el trato puede ser una manera de afianzar esa asimetría en la relación, pues uno mantiene el poder de decidir cuándo y cómo otorgar esas cortesías. Por ejemplo, invitar a las trabajadoras del hogar a comer en la mesa familiar en ocasiones especiales es una manera ceremoniosa de romper las barreras temporalmente que, a la vez, marca su existencia y las relaciones de poder existentes. No es necesario entonces que los padres le digan al pequeño que es mejor o superior que su nana, incluso muchos dirán lo contrario precisamente porque no quieren criar hijos prepotentes (#16) y buscan evitar “el posicionamiento de princesa” (#7) y, por eso, enfatizarán cómo llevar estas relaciones de manera respetuosa y responsable, pero la enseñanza misma de la relación sigue existiendo en el trasfondo.

Fueron muy pocos los momentos en los que alguien expresó que posiblemente se podría sentir superior como resultado de participar en estas relaciones. Miguel lo compartió con respecto a la experiencia con su nana y en la fábrica de su papá, y algunas otras personas confesaron que quizás sí existe a veces esa sensación de ser más o mejor —“yo creo que sí hay dentro de nos, dentro de cada uno de nosotros, como, este personaje, clasista, que crecimos en una familia, pues, privilegiada y, al final, quizás sí los vemos menos, eh” (#20)—, pero, en general, ésta no parece ser una enseñanza explícita. Lo que ocurre es que hay relaciones donde la acción enseña algo, no importa lo que la palabra

⁴⁵ Como ejemplo de este argumento, central al trabajo de concientización que realizan algunas trabajadoras del hogar organizadas, se puede consultar la columna que Marcelina Bautista Bautista, fundadora del Centro de Apoyo y Capacitación para Empleadas del Hogar (CACEH) escribió a propósito de la película Roma: <https://www.eluniversal.com.mx/articulo/marcelina-bautista-bautista/nacion/roma-nos-une>

⁴⁶ Lo cual habría que revisar empíricamente, pues mi investigación fue solo con la otra parte de las relaciones.

esté comunicando. Esto significa que las personas efectivamente se pueden pensar como iguales (aunque también hay quienes claramente se enuncian como superiores, como en los ejemplos y que seguramente sería más obvio en una tesis con observación participante) y al mismo tiempo ser partícipes de relaciones donde esta igualdad relacional difícilmente se puede lograr⁴⁷.

Es decir, la configuración de las relaciones sociales afecta la capacidad de entender y tratar al otro como igual. Por tanto, significa que además de observar las diferencias de recursos entre individuos, se deben también estudiar las posiciones que ocupan con respecto a otros, y cómo esto puede afectar sus valoraciones del otro, las formas de entenderse a uno mismo y, por ende, la posibilidad de relacionarse como pares.

Regresando a una de las posturas que guía esta tesis —que la igualdad, si bien tiene implicaciones distributivas es, antes que nada, sobre cómo se relacionan los individuos—, se puede afirmar que las relaciones de las cuales personas de estratos altos en México suelen ser partícipes en la infancia enseñan a interactuar desde la jerarquía y la dependencia, aprendizaje que, probablemente, no solo se limita a las relaciones estudiadas, sino que se generaliza hacia otros vínculos o situaciones.

Ahora, ¿por qué son pocos los vínculos de intimidad entre personas de distintos estratos? ¿Cómo se explican las personas la escasez de estos vínculos? ¿Qué pasa cuando sí se entablan relaciones de pares entre individuos económicamente desiguales? Estas son las preguntas que se abordan en el siguiente capítulo.

⁴⁷ Aunque cabe decir que también hay en algunos de los ejemplos indicios de esa sensación de superioridad y que, si bien las personas no la suelen identificar en sí mismos, sí comentaron haberla observado en otros.

Vivir, convivir y explicarse la diferencia

“Una parte de *ser* iguales es *sentirse* iguales”

(Young Kim, 2016, p. 441)

En el apartado anterior, se exploraron algunas de las relaciones inter-estratos que mantienen personas de alto nivel socioeconómico y que moldean la manera de entenderse y entender su relación con otros. Se trata de relaciones cuya forma está marcada por la subordinación y jerarquía, y cuyo contenido se busca definir por valores como el respeto, la generosidad y la consideración. Éstas construyen y establecen la diferencia con respecto al otro, al mismo tiempo que moralizan, y hasta cierto punto naturalizan, la misma.

Estas relaciones, especialmente la que se tiene con personas trabajadoras del hogar, fueron las primeras que venían a la mente cuando preguntaba sobre qué relaciones se mantenían con personas de un nivel económico menor al propio. Cuando después de conversar sobre ellas, indagaba sobre la existencia de alguna otra relación, las personas solían referirse a otras de servicio, como Gerardo, que dijo que “(ha) tenido choferes”, “el jardinero que va a la casa, este, la persona que va a cortar(le) el pelo”, el personal de vigilancia o de administración del edificio. Estas relaciones laborales eran las que automáticamente venían a la mente; Beatriz, por ejemplo, contestó “Bueno, mis polis, los polis, ¿se vale? Mis polis de las dos casetas... ¿Qué necesitas que te diga? ¿A cuánta gente ayudo?”.

Para conocer la existencia de relaciones de otro tipo, como la amistad, usualmente tuve que preguntar explícitamente al respecto, pues no eran las que se pensaban principalmente. La mayoría de las personas contestó que no mantenía relaciones de pares con personas de otros estratos, como dijo Eduardo: “Pues, mira, este, la verdad las únicas relaciones (con personas de otros estratos) que tengo son de trabajo. Que yo diga que tengo una relación, fuera del trabajo, que frecuente otras personas, pues estaría diciendo mentiras, la verdad es que no, no es cierto”, situación reflejada por Lucía, quien compartió: “mi relación con otros estratos es de trabajo y es esa, la que te cuento, pero no, de amistad, no”.

En estos casos, busqué entender cuáles eran las razones que las personas identificaban para no tener este tipo de relaciones y cómo experimentaban momentos de convivencia no subordinada con personas de otros estratos. Ahora bien, sí hubo personas que comentaron tener amistades, familiares

o exparejas de un nivel socioeconómico distinto, en cuyo caso me interesó conocer los orígenes de esas relaciones y cómo se desarrollaron en su entorno social.

El análisis siguiente se nutre de esa información para explorar las vías a partir de las cuales las personas identifican y racionalizan la diferencia y distancia social. En primer lugar, se mencionan algunos criterios utilizados para identificar la similitud y diferencia de posición social; en segundo lugar, se analizan las relaciones no jerárquicas que sí llegan a existir entre estratos; y, en tercer lugar, se sistematizan las distintas formas de racionalizar la falta de relaciones de pares entre distintos estratos.

Identificación y diferenciación

Fuera de relaciones donde es evidente la distancia entre ambas partes, como la del trabajo doméstico, existe, en general, una serie de factores que permite a las personas identificar quién comparte su posición social y quién no y, con base en ello, tomar decisiones sobre los espacios que frecuentan y las relaciones que entablan. Se trata de criterios incorporados que permiten notar quién es “gente como uno”⁴⁸ o diferenciar entre el “tipo” de persona (#8, #9, #14, #16) con quien se está interactuando.

Miguel contó que, cuando era pequeño e iba con su familia a un hotel, “en el hotel nos encontrábamos gente de otro nivel, y mi mamá decía, ‘esto está muy revuelto’, así eh. Entonces tú volteabas y al principio ‘y, ¿por qué está revuelto?’ Y luego entendías y decías ‘no, pues sí, ya, ya, revuelto quiere decir que no te mezcles’. Él confiesa que es una frase que a veces repite —“y ya cuando estaba yo grande decía, puta, esto está medio revuelto, ¿no?”— y repara en la palabra elegida, pues implica que lo que está revuelto hay que separarlo. Considera que estos comentarios, así como lo vivido en su casa, le han desarrollado “un pinche radar que hace (sonido) este sí, (sonido) este no” para hacer esa separación. Similarmente, Alberto habla de un “ojo clínico” que le permite identificar quién comparte su posición social.

El radar toma como insumos características variadas de las personas: su tono de piel (#3, #12), sus modales al comer (#4, #12, #18), su forma de vestirse y presentarse físicamente (#11, #12), su “manera de relacionarse con otros”, o sea, si se dirige a uno con seguridad, sin pena, de forma directa (#10, #11), el mismo nombre de la persona puede tener connotaciones de clase (#12), entre otras. Se trata de un ejercicio semi consciente de trazar lo que en la literatura sociológica se conoce como fronteras simbólicas, distinciones conceptuales utilizadas para categorizar objetos, personas y prácticas

⁴⁸ Esta expresión la escuché en observación participante informal, y aunque no fue mencionada directamente en las entrevistas, varias personas reconocieron su uso común en el entorno social estudiado.

que sirven para separar a los individuos en grupos y generar sentimientos de pertenencia y diferencia (Lamont and Molnár, 2002).

La ropa, el acento, la manera de desenvolverse en una conversación, tener acceso a ciertos conocimientos o experiencias, vivir en ciertas zonas de la ciudad, ocupar ciertas posiciones laborales, son todos elementos contextuales que se utilizan para trazar estas fronteras. A partir de ello, una persona de alto nivel socioeconómico puede identificar si otro es similar o diferente a ella y, con base en eso, definir el tipo de relación a establecer. Esto no significa que el proceso se realice conscientemente, es más, las personas generalmente lo refirieron como algo que ocurre de manera automática, como si los criterios —y sus connotaciones de clase— ya estuvieran incorporados a su manera de leer, y experimentar, el entorno social. Esta suerte de intuición permite identificar fácilmente quién comparte, y quién no, su posición social. En muchas ocasiones, sirve para marcar una distancia en la relación establecida —por ejemplo, cordialidad, mas no amistad—; en otras, la diferencia no impide que se establezca una relación de intimidad, pero sí se mantiene como un factor saliente en cómo se percibe y vive ese vínculo. Es decir, el radar existe y se aprende del entorno, ya las personas deciden cuánta atención poner a sus señalamientos. Dicho de otra manera, las fronteras sí se trazan, pero no son de hierro, y se transgreden —o al menos se empujan— ocasionalmente.

Relaciones entre pares

Aunque la mayoría de las personas mencionaron no relacionarse con individuos de otros estratos más allá del ámbito laboral, éste no fue el caso de todas. Las personas también se relacionan con amistades y familiares con quienes compartieron contexto en algún momento, aunque ya no lo hagan, o comparten espacios de convivencia con otros en torno a algún interés en común; además, suelen tener a la mano anécdotas de conocidos o familiares que han tenido relaciones románticas con alguien de otro estrato. En esta sección, analizo estas relaciones y convivencias que sí ocurren.

a. Relaciones del pasado

Algunas de las personas mantienen relaciones íntimas con individuos de otros estratos como resultado de haber compartido un pasado en común. Quienes mencionan haber crecido en una posición económica menor a la que tienen actualmente, suelen conservar contacto con sus amigos de la infancia y con sus familiares; este fue el caso, sobre todo, de tres hombres.

Santiago nació en una familia “media, media baja” en Tabasco. De joven, migró a la Ciudad de México con su familia, donde estudió en una preparatoria pública de la UNAM y, más adelante, cursó la carrera en Administración de Empresas en esa universidad. Al graduarse, comenzó a construir

una carrera en el sector financiero y, hoy en día, sus ingresos lo colocan en el 1 por ciento más rico de la población⁴⁹. Santiago comentó que, por esta historia, él tiene una “heterogeneidad” de nivel de ingresos no solo con respecto a su familia de origen, sino también con sus compañeros de la preparatoria y universidad, a quienes sigue frecuentando hoy en día.

De manera similar, Armando, originario de Chiapas, emigró a la Ciudad de México donde estudió contaduría pública en la UNAM y, más adelante, desarrolló una carrera muy redituable en el sector financiero. Él sigue reuniéndose con sus amigos de la UNAM, e incluso con los de la primaria en Tuxtla, a la que asistió becado. Miguel, que contó al principio de la entrevista que “(su) papá y (su) familia eran medio pobretones” y hoy es director general de un banco, sigue en comunicación con sus amigos de la secundaria.

Además de las amistades de la infancia, también existen personas que mantienen su amistad con quienes en un momento de su vida adulta compartieron un contexto, pero que circunstancias posteriores fueron distanciando sus estilos de vida. Ese es el caso de Isabel, que comentó que, por un lado, tiene un grupo de amigas muy “homogéneo” donde todas tienen una situación económica similar, pero, “por otro lado, tengo otros grupos donde a lo mejor no se pueden dar el lujo de que la señora esté en su casa, tiene que trabajar, porque si no, no alcanza para la economía del hogar, ¿no? Este, a lo mejor, en vez de haber dos coches, uno para el papá y uno para la mamá, pues olvídate, y hay uno, y los hijos que ahorita están creciendo, pues qué pena, pero hay transporte público. Y ese grupo, a lo mejor ese no es tan homogéneo, porque quienes se han visto en una situación desafortunada ha sido porque se vieron en una situación, o sea, yo no las conocí así, yo las conocí un poco más, un poco más similar a lo que yo vivo... Así es, así es. Sí, o sea, no es como me fui a Ciudad Neza a buscar amigas. Porque, digo, porque no tienen nada que ver con mi vida, con mi día a día.” Isabel mantiene esas amistades porque, aunque hoy no comparten un mismo nivel económico, ella “no las conoc(ió) así” y esa similitud inicial fue la que le permitió entablar esa relación. Ella misma reconoce que no hubiera, de inicio, entablado una amistad con alguien de una condición sustancialmente distinta a la propia, porque no se hubiera cruzado con ella en el transcurso de su vida cotidiana.

Los ejemplos anteriores muestran que, en general, las amistades que se tienen con personas de otro estrato son resultado de haber crecido con ellas o haber compartido un espacio común, como la

⁴⁹ Bajo la estimación más estricta presentada en el apartado de perspectiva analítica.

escuela de sus hijos, que les permitió relacionarse como pares durante un tiempo sostenido, aunque ya después sus circunstancias de vida se fueran diferenciando.

Para algunos, esta diferenciación les ha dificultado mantener las relaciones a flote, aunque siga existiendo cariño de por medio. Santiago comentó que se ha distanciado de sus familiares, en parte porque absorberse en su nuevo entorno y hacer vida en él le fue dejando “cada vez menos” tiempo para visitar a su familia, pero también porque él percibía que sus primos sentían “envidia” o “frustración” de no haber tenido las mismas “oportunidades” que él y lo excluían a él por no haber seguido un camino parecido al que se acostumbraba en su entorno de nacimiento: “Por un lado ellos mismos te marginan porque, es decir, tú ya no perteneces aquí, ¿no? Y, dos, el hecho de que a ti te absorbe (tu nuevo entorno) y, por lo tanto, es voltear y decir, es que yo ya no tengo tiempo para ustedes, ¿no?”

Miguel dijo que tiene “muchos amigos muy jodidos” a quienes “(ayuda) cada vez que (puede)” y con quienes convive de vez en cuando, pero admite que, aunque le da gusto verlos, “a las dos horas no tengo nada que hablar con ellos”. Reconoció que no es el mismo tipo de convivencia que tiene con los amigos que hizo en su vida adulta: “¿Ceno con ellos y con Carolina (su esposa)? No. ¿Les hablo yo para ver cómo están y echamos cotorreo? Sí. ¿Me voy a poner cuete con ellos? Sí. ¿Voy a comer con ellos a un restaurant? Sí. ¿A dónde? Cuando vengan pa’ acá. Porque eso de ir a echar carnitas a Chalco con ellos, no...Ahora, mis hijos, ninguno (tiene estas relaciones). Porque no se los di la oportunidad, o sea están metidos en el colegio y del colegio al club y del club a su casa y de su casa al colegio, del colegio al club, y del club a su casa”⁵⁰. Es decir, a pesar de que se mantiene la amistad, ésta no se maneja con la misma libertad que una con alguien de la misma posición social, sino que se establecen límites al tipo de actividades que se pueden hacer en conjunto, o se dificulta mantener la misma intensidad de contacto. Así, aunque no sea explícitamente una decisión de dejar de convivir, se reducen las circunstancias que las personas consideran como opciones para esa convivencia.

Cabe anotar que se trata de diferencias económicas e historias de movilidad social según son percibidas por las propias personas. Isabel, por ejemplo, considera como indicadores de una menor posición económica el hecho de que algunas de sus amigas tengan que trabajar y que solo tengan un coche en el hogar, lo cual ciertamente puede diferenciarlas con respecto a ella, pero no por ello implica una alta necesidad económica en términos de las realidades del resto del país. Miguel considera que nació en una familia “bastante pobretona” a pesar de que asistió a una secundaria privada en la colonia

⁵⁰ Esta cita fue editada para eliminar el nombre del colegio al que asisten los hijos del entrevistado.

Del Valle y su papá era dueño de una fábrica, misma que más tarde en la conversación identificó como un espacio donde “aprendió a mandar”. Se trata de una identificación de la propia posición social relativa al entorno, siendo muy posible que, aunque sí hayan experimentado una movilidad social significativa, algunas de estas personas siempre hayan ocupado posiciones altas en la distribución de ingresos del país.

b. Intereses compartidos

Además de la niñez que se vivió en otras condiciones económicas, existen otros espacios de encuentro entre estas personas e individuos de menor estrato, como el equipo de futbol, el gimnasio y las actividades de la parroquia, entre otras. Estas son actividades en las que personas de distintos contextos se conocen, aunque no necesariamente generan amistades, como lo demuestra el siguiente caso de Andrés, hijo de Miguel:

- Fíjate yo te voy a platicar un ejemplo terrible, que no me arrepiento, de cómo Andrés decidió ya no ser futbolista, profesional. Lo metí a jugar con el equipo de las fuerzas básicas de un equipo equis, donde la gente va y juega y ahí van los chamacos que tienen otro, otro nivel social porque es una manera de salir de la pobreza, ¿no? De crecer y de tal. Cuando se fue al torneo se lo llevaron a Torreón, de hecho, y se lo llevaron con el equipo y ahí estuvieron en Torreón, este, cómo se llama, en concentración, y obviamente lo llevaron a un hotel que podían pagar todos que no es donde lo llevas tú, ni los papás son como tú. Perdón que lo diga, pero es la verdad, tampoco me puedo sentar... El amigo del futbol de Andrés, su papá es el que me trae las flautas, de aquí arriba de Las Lomas y viene y platica conmigo y me siento con él, pero, fíjate bien, pero cuando regresó Andrés le dije, ‘oye hijo, vamos a hacer una cena en la casa, con todos tus amigos y que vengan sus papás’, y se me quedó viendo así, ‘¿cómo?’ ‘Pues sí hijo, son tus compañeros de trabajo, tus compañeros de equipo, que vengan y festejamos aquí’ Y me dice, ‘¿cómo crees papá? ¿cómo crees que los voy a invitar a la casa?’
- Y, ¿y qué sentía él?
- Incómodo, cómo iba a traer al señor de las flautas a que se siente en mi comedor y le ofrezca, ¿qué? O sea, no hay manera, ellos ya sienten desde esa edad que no hay manera que la convivencia pueda ser pareja
- Y, ¿la hicieron? ¿Hicieron la cena?
- No, no quiso, y entonces se dio cuenta que ya tampoco quería ser futbolista. Dijo, ‘yo no quiero crecer y que esos sean mis amigos y mis compañeros’

Aquí, Miguel plasma la dificultad que él percibe, y que considera obvia también a los ojos de su hijo, de relacionarse como par con alguien de distinta posición económica. Lo considera incómodo y, de

cierta manera, hasta inadecuado invitar a su hogar a alguien que no vive como él lo hace, porque implica hacer obvio lo que él tiene que el otro no.

Esto no necesariamente implica que las personas razonen esa incomodidad al decidir si fomentan o no esa amistad, pero sí indica que es una sensación que influye en cómo se vive y desarrolla la relación. Andrea, por ejemplo, reflexionó durante la conversación sobre las relaciones que mantiene con las demás mujeres que, como ella, son ministras de la eucaristía⁵¹ en su parroquia: “Hay una señora que se llama Lili, que es, bueno, no sabes, o sea, tiene muchísimas faltas de ortografía, este, pero no sabes qué bondadosa, o sea, yo creo que es la más buena de todas. Y claro que, como te decía, (la trato) con respeto, pero no la he invitado a ella solita a tomar un café a mi casa y tal vez he invitado a tres más, ¿me entiendes? ¿Por qué? Eh, ella llega en camión, este, de verdad, así esté enfermo el marido, va, y es su servicio, o sea, no le paga nadie, es un amor al prójimo, o sea, y no (la frecuento). ¿Por qué será? No sé si no tenemos tanto en común, eh, digo si hacemos una comida de las ministras, obvio está invitada, obvio es parte de nuestro grupo, pero en *petit comité*, no. Me dejas pensando.”

Sin quizás hacerlo conscientemente, Andrea identifica ciertos rasgos en Lili que la hacen diferente a las demás personas con quienes realiza esta actividad y entonces, aunque, en teoría, la iglesia podría ser un espacio para desarrollar una amistad entre estratos, porque conviven seguido alrededor de un interés en común, no termina siéndolo. Aunque evidentemente no se trata de una segregación explícita, sí existe una selección sobre quién es candidata o candidato para desarrollar una relación más cercana. En ambos ejemplos, es claro que la diferencia económica cambia la forma de la interacción y de la relación que se entabla: Andrés dejó el equipo de fútbol y Andrea no invita a Lili a su casa, como sí lo hace con otras compañeras de la parroquia. Lo que se entabla es una relación amistosa, pero no una amistad, y las personas reconocen que eso es resultado de las diferencias económicas.

c. Amor prohibido

Finalmente, están las personas que se han relacionado románticamente con alguien de otro estrato. Con excepción de una experiencia directa, se trata, más bien, de historias que las personas entrevistadas compartieron sobre algún familiar o amistad para ilustrar las dificultades sociales y personales que suele conllevar el tener una relación íntima con alguien de otro nivel socioeconómico.

Mariana platicó de un primo suyo que se enamoró de una mujer que “era una secretaria de donde él trabajaba”, “ella era totalmente de otro, pues de otro nivel socioeconómico que él, este, sus

⁵¹ Personas, no sacerdotes, que son capacitadas para dar la comunión en la iglesia católica.

hermanos eran judiciales, o sea, otro ambiente completamente diferente”. Fueron novios “como cinco o seis años” y platica que, aunque ella “empezó a integrarse más a nosotros” con el tiempo “ella fue la que le dijo, ‘¿sabes qué? Es que yo aquí no embono, o sea, yo aquí no pertenezco’” y terminaron la relación. Mariana, reflexionando al respecto, cuenta que su familia es “cero clasista” y siempre trató bien a la pareja de su primo, que incluso su pareja lo reconocía, pero que al final ella le dijo: “yo aquí no pertenezco y aunque tu familia es muy linda y la quiero muchísimo y todo, o sea, mi futuro a tu lado, no lo veo claro, porque, porque tú tampoco perteneces ahí a las tocadas de mi barrio”⁵². Mariana comparte el caso porque le parece “fuertísimo” y “horrible” que no hayan terminado juntos por estas diferencias, cuando ella era “el amor de su vida”; a la vez, reconoce que, aunque la novia era linda, había cuestiones como “la forma de hablar” y “sus gustos” donde ella notaba la diferencia —“decías hígole, no, no, yo nunca hubiera dicho eso en una reunión familiar, ¿no? O hablar de ese tema o usar ese vocabulario”—.

Martina platicó su propia experiencia con dos exparejas: “yo cuando vivía en Toluca, por ejemplo, salí con un cuate que iba al gimnasio, un gimnasio pues, sí, en una zona que no era donde yo vivía, pero pues era el gimnasio al que iba. Era un cuate que tenía unas abejas y a eso se dedicaba, a cultivar abejas, y el día que le dije, vente a comer a mi casa, me dijo, a ver, cada pulga en su petate, yo aquí no pertenezco, ¿no?” Dice que la experiencia la hizo sentir “de la chingada”, y que después tuvo otra similar: “tuve otro galán fotógrafo, zapatista, que un día me dijo, tú eres una pinche burguesa de Polanco y tú lo que tienes que hacer es vivir como viven los mexicanos, y fue realmente violento”. Martina dice que ella “ya no (ha) hecho ningún intento de esa especie” después de las dos experiencias que tuvo, que fueron relaciones “que funcionaban, pero funcionaron hasta que fue evidente una parte que para ellos no era evidente mía”, es decir, su origen socioeconómico, que, además, dice “aparece porque pues es parte de tu vida, tampoco lo puedes quitar”. Ante estas dos experiencias, ella reflexionó que existe una barrera “espeluznantemente”, “trágicamente grande” que se construye de ambos lados de la diferencia económica: “no es la barrera que yo pongo, hay una barrera también del otro lado y es muy evidente. O sea, hay incomodidad de ambas partes”. Platicó, además, que de parte de sus papás había un rechazo a estas parejas —“se les ponían los pelos de punta”— porque tenían la sensación de “yo he hecho todo esto para que tú ahora te metas con un fotógrafo zapatista que su objetivo es meterte a vivir en un cuarto. O sea, y yo para qué me he esforzado, ¿no?” a lo que ella respondió,

⁵² Es interesante que estas son las palabras que Mariana pone en boca de la novia de su primo. Es posible que efectivamente sean cercanas a las que la novia haya dicho, pero también aparecen como la forma en que Mariana entiende esa ruptura, independientemente de lo que haya o no ocurrido en las pláticas de la pareja.

“como si de verdad tú tuvieras que ser consecuente con lo que ellos han decidido hacer en su vida”. Y, entonces, aunque no coincidía ella con los criterios de sus papás para elegir una pareja, entiende esas experiencias como relaciones que fueron frustradas por no compartir un nivel económico similar.

Como éstas hubo varias historias. Alberto compartió que un amigo de su papá, abogado, se “acabó casando” en su tercer matrimonio con quien fue su secretaria por 25 años, algo que los hijos del señor no querían aceptar. Explica que, en parte, la oposición de los hijos venía por preguntarse “¿Qué va a pasar con la lana?” pues la mujer es mucho menor que su padre, pero también porque “era la secretaria y, o sea, *she belongs somewhere else*”. A manera de elaboración, explicó que no solo había problema con que esta mujer hubiera sido la secretaria del señor, sino que además, “pues esta, pues esta señora no da la pinta de lo que tal vez quisieras que tu papá se casara en segundas, ¿no? Si es que alguna vez lo aceptarás o sucedería, dirías, ¿cómo con la secretaria? O sea, mi secretaria es güera y de ojos azules, este, no es que sea bonita, pero es güera y de ojos azules, igual y daría el, bueno, está gordita y así, pero ella no (da la pinta)”. Es decir, además de que su posición laboral necesariamente implicaba un nivel económico muy distinto al de la familia del abogado, parece que había cierto rechazo adicional —ya sea por parte de los hijos o de Alberto y otros observadores— al hecho de que el físico de la persona no fuera de acuerdo con lo común de su entorno, lo cual resalta también el componente racial de las élites mexicanas (Krozer, 2019a). Alberto concluyó que la situación “es un medio *escandalín* y claro que los hijos no la aceptan y es la señora de la casa y todos se friegan y está cañón, o sea, sí está cañón. No es un *non-event*, es un tema, ¿no? Es un tema.”

Después, Alberto reflexionó sobre el caso hipotético en el que él llegara a una cena de amistades con “(su) muchacha” como pareja y dijo que “sería un desmadre. O sea, tal vez no delante de mí, pero detrás de mí, bueno. ‘¿Viste este güey?’ No olvídate, viral”. Cosa que sí le ocurrió al hermano de Andrea, Jorge. Ella platicó que, en una ocasión, Jorge tuvo “una novia de Acapulco” y que los demás hermanos lo molestaban, “se lo acababan”. Ahora está casado con una mujer “como de otro nivel socioeconómico” y, aunque ella se los “ha ganado a todos”, Jorge sigue siendo el “diferente” de la familia.

Similarmente, Josefa compartió la historia del hermano de unos amigos que “se casó con la secretaria, ¿ok? Y la secretaria venía de una, una situación económica, pues, tremenda. Y ellos son una familia, pues, bastante, pues, ¿qué te diré? ¿No? O sea, de una situación económica muy alta. Obviamente⁵³ el papá lo desheredó, le dijo, no te quiero volver a ver. Los hermanos se ven muy poco.”

⁵³ Nótese la elección de palabra, como si la reacción se entendiera como lógica ante la situación ocurrida.

Acto seguido, comentó que su papá, agricultor, hablaba con muchos “dichos como rancheros y decía, las aguas solitas se juntan, ¿ok?”. Dijo que ese también es su “punto de vista” sobre las relaciones de pareja entre distintos estratos: “las aguas solitas se juntan, me refiero a, nunca vas a poder juntar un mar con un riachuelo, ¿me entiendes? O un río con un lago, porque uno se va a comer al otro”. Se observa la sensación de que el otro no pertenece al mundo de uno, que se trata de diferencias irreconciliables, de realidades categóricamente distintas, es el “cada pulga en su petate” y el juntarse solo con aguas de la misma grandeza.

También es notorio que Josefa aclaró más adelante que no era solo una cuestión de diferencias económicas, sino algo que igualmente ocurría cuando se casaban personas de dos países porque “las culturas son distintas, totalmente distintas”. Esta fue una respuesta común al preguntarle a las personas sobre relaciones amorosas o amistosas con individuos de otros estratos, donde rápidamente me decían, como Alberto, “a ver, sí hay una realidad, esto lo he analizado mucho y lo he platicado con amigos, hablando del tema del racismo más que del clasismo. ¿Con quién quieres que se case tu hija? ¿Con un chino? ¿Con un hindú, indio, perdón? ¿O con un gringo? ¿O con un mexicano, como tú? Ah no bueno, pues está super fácil, con un mexicano como yo, o sea, *it's a no brainer*.” Para Alberto, sería igual de difícil aceptar que su hija se casara con “un africano” que con alguien de “otro código postal”, porque considera que es normal querer a alguien similar a uno y, en este caso, parece que lo económico es lo diferente de la misma manera que lo racial o étnico lo es. Mariana, en cambio, piensa que no le importaría que sus hijos tuvieran una pareja de otro estrato, raza o cultura, pero que lo que más le importaría es “la parte cultural”, es decir, “que ellos pudieran pertenecer al mundo de esa persona y que esa persona pudiera integrarse al mundo de ellos”. Es decir, les importa la compatibilidad, la sensación de que comparten elementos comunes y esa semejanza se percibe inexistente o poco probable cuando los orígenes económicos son tan distintos.

Asemejar las diferencias económicas a diferencias de tipo racial, étnico, nacional, o cultural fue una respuesta constante entre las personas entrevistadas. Esto no solo significa que lo económico se percibe como una diferencia dentro de varias de corte identitario, sino además que se lee como una diferencia cultural, es decir, como si el dinero creara distinciones de dimensión similar a las existentes por venir de países distintos. Esto apunta a varias implicaciones relevantes para el estudio de la desigualdad económica: en primer lugar, que la distinción por diferencias de corte cultural se percibe como más aceptable y menos polémica, lo que hace más fácil hablar de ellas que de las económicas. En segundo lugar, muestra cómo las diferencias económicas se traducen en diferencias en varios aspectos de la vida, de tal manera que se perciben distancias en otros espacios más allá del económico.

Esto hace posible la diferenciación legítima, pues no se dice que uno no quiere intimar con el otro porque éste no tiene dinero, sino porque éste es demasiado diferente, lo cual oscurece el origen creado y evitable de esas diferencias.

Lucía no tenía una historia personal a la cual apuntar, pero sí comentó que estas relaciones son problemáticas por la confrontación social que implican:

Pues que, bueno, la aceptación de ciertas personas en las familias, tanto de arriba como de abajo, me, sigo refiriéndome a los dos, a la incomodidad de los dos lados, pues es complicada. No es común. O sea, si tú ya viste *The Crown*, pues ahí está perfectamente, o sea las castas, a final de cuentas, pues son un hecho en la India, explícito, pero en los otros lugares del mundo son implícito, ¿no? O sea, tuve mil discusiones con mi novio en esta cuarentena por esto, porque me decía, es que las castas son un hecho, o sea, es horrible, pero hay castas. Oye, hay países donde se viven con una aceptación y una como casi *go with the flow*, como en la India, y en otros lugares las vivimos con un poco más de, así como, no, no quiero saber que existe eso, pero pues ahí están, ¿no? Entonces, pues el que un intocable se case con una princesa, de facto en ciertas sociedades es imposible, en otras, pues lo hacemos imposible, ¿no?

Se trata, según Lucía, de diferencias de corte categórico, de castas, de “tipos” de personas incompatibles entre sí, no necesariamente porque se crea que por naturaleza son distintos, sino porque socialmente se construyen como tal. Esa diferencia se percibe en formas de actuar, en el aspecto físico de una persona, en su ocupación, todos elementos que indican que no se comparte una misma posición social y que obstaculizan la convivencia más íntima, ya sea porque las personas involucradas en la relación sienten esa dificultad o porque su alrededor se las hace visibles⁵⁴.

Racionalización

Habiendo mencionado las convivencias que llegan a ocurrir y los vínculos que se forman, o no, entre individuos de distintos estratos, surgen las siguientes preguntas: ¿Cómo se explican las personas que algunas relaciones den fruto y otras no? ¿Qué consideran necesario para establecer una amistad o una relación de pareja? ¿Qué consideran que los separa de los otros? A continuación, ofrezco algunas pistas para entender los procesos de racionalización de la diferencia que toman lugar entre este grupo de personas de alto nivel socioeconómico. Comienzo con un fragmento de la conversación con Alberto porque ilustra varios de los elementos mencionados por otras personas y que serán abordados detalladamente en esta sección.

⁵⁴ Aquí cabe mencionar que enfoqué mis entrevistas en relaciones con personas de menores estratos, aunque sí hubo menciones de relaciones con personas más ricas que ellas. En esos casos, se hacía nota de algunas diferencias en estilo de vida, pero no se identificaba una barrera sustancial para la convivencia íntima.

Alberto, hoy en día abogado y dueño de su propio despacho, disfruta mucho jugar futbol desde chico, dice que “(ha) jugado futbol casi todos los fines de semana de (su) vida”, incluso “(ha) ido a mundiales de futbol de abogados” y que el deporte “ha sido (su) amigo de toda la vida”. Él identifica este como un espacio donde ha interactuado con personas de otros estratos y le pregunté si consideraba que sus compañeros del futbol, con quienes pasa mucho tiempo, eran sus amigos, a lo que me respondió:

A ver, buena pregunta. ¿Amistad? La palabra amistad es muy fuerte, Natalia, la verdad, la verdad. La palabra amistad es muy fuerte. Este, y aquí hagamos más subdivisiones para hacerlo más complejo, no siempre es un tema de lana, eh. O sea, porque igual puedo tener lana y dices, no. O sea, no necesariamente es un tema de dinero. Una buena relación, sí; ¿han venido a mi casa a echar un *drink*? No, no, no, definitivamente no. Que además me parecería que sería como que *in your face*, ¿no? O sea, mostrarte lo que tengo y tú no lo tienes, o sea, se me haría demasiado, demasiado fuerte. Y la verdad, también, hay un tema de afinidades. Es que eso tampoco te voy a decir, ah bueno, como no tienes las mismas posibilidades económicas, porque al final, si no las tienes, pues la verdad nuestras similitudes, nuestras afinidades, no van a ser las mismas. Y para mí, bueno, pues igual eres un cuate con mucha lana y me das igual de hueva, o más, que un cuate que no tiene.

Alberto tiene una buena relación con quienes juega futbol, pero le incomodaría invitarlos a su casa y poner las diferencias económicas a la vista, hacerlas más obvias. Sin embargo, considera que, en realidad no escoge sus amistades por dinero, sino por afinidades, aunque a la vez reconoce que éstas tienen un componente económico. Ante esta respuesta, le pedí que ahondara sobre lo que entiende por esas afinidades:

Al final yo le llamaría, yo le llamaría la educación y la cultura, la verdad. Eh, eso es lo más importante, la educación, que a mí lo que me une con otros es la educación. A mí me da igual que alguien sea bueno en golf o no sea bueno en golf o que vaya a un club o vaya a otro club, me da igual. Vaya, nunca me, son cosas que no me cruzan por la cabeza, jamás. Pero sí lo que más me vincula es alguien con quien yo pueda tener una conversación sobre temas que a mí me generan interés más allá del futbol, ¿no? (Como) la política, la historia, me encanta la historia, la geopolítica, tomé clases de geopolítica, leo mucho al respecto.

Concluyó que “no es un tema de, para mí, de dinero, pero sí es un tema de educación, sin duda”, de compartir intereses, pues “yo sí necesito una afinidad intelectual para poderme relacionar con alguien, hoy en día, sí”. Sin embargo, al mismo tiempo comentó que no comparte estas afinidades con sus “entrañables” amigos de la preparatoria, pero “lo que pasa es que esos amigos ya son históricos.” Es decir, por un lado, enfatiza la importancia de tener ciertos elementos en común con una posible

amistad, por el otro, reconoce que estos elementos no siempre son la base sobre la que se construye el vínculo y, como veremos más adelante, muchas veces la similitud de intereses es insuficiente cuando no va de la mano de un nivel económico similar.

a. Incomodidad

Una de las razones que se empleó de manera más frecuente para explicar por qué las personas no tenían relaciones cercanas con individuos de otros estratos fue la incomodidad de estas convivencias, entendida como la imposibilidad de tener una interacción fluida y a gusto, con una plática donde uno no tiene que preocuparse por lo que dice.

Esta incomodidad es un elemento central de los relatos que las personas comparten sobre la convivencia no laboral con individuos que emplean, como cuando les invitan a compartir la mesa, asisten a sus bodas o celebran la fiesta de fin de año en la empresa. Las personas compartieron que, aunque a veces hacen un esfuerzo por tener interacciones más amistosas con quienes emplean, en general perciben una incomodidad de su parte. Miguel contó que “no sabes lo incómodo que están” las trabajadoras del hogar cuando en su familia las invitan a tomarse una copa en Navidad o Año Nuevo. Lucía dijo que, cuando sus empleados la invitan a eventos familiares, prefiere no asistir y, en vez, mandar un “regalazo”, pues considera que su “mera presencia incomoda”, que “les desmadr(a) su convivencia” o “por lo menos, esa es (su) percepción”. Supone que sus empleados “agradecen (su) no presencia”, y lo explica así: “o sea, agradecen mi regalo y están felices y contentísimos, pero agradecen que también me largue, ¿no? Porque pues cero que ver, la verdad. O sea, yo no, ellos no platican igual cuando tú estás, esa es mi sensación, ¿no?”

Eduardo comparte con Lucía la impresión de que su presencia altera el fluir normal de las convivencias entre empleados, y lo puso de esta manera:

O sea, yo te digo, con mis empleados cuando hemos estado en alguna fiesta de Navidad, en algún festejo y, pues, me siento con ellos, pues no me siento incómodo y yo creo que ellos tampoco, ¿no? O sea, te digo, es una relación de mucho respeto, o sea, no pueden, estoy seguro que ellos no pueden ser como realmente son o como si estuvieran con sus otros, este, compañeros, ¿no? Obviamente si están conmigo o alguno de los otros socios, pues, tienen que *guardar las formas* y, este, pues ya es otra cosa, ¿no? Pero es algo, pues, sobrentendido y igual nosotros, ¿no? También nosotros, por ejemplo, en alguna fiesta nos sentamos solo los socios y, este, y es otra cosa diferente a que si están empelados sentados con nosotros, ¿no? Pero es algo que se sobreentiende y yo creo que todos nos comportamos de una manera diferente, pero sin decir, ‘ah, hoy nos vamos a portar así o hoy nos vamos a portar asado’, pues no, es, se da, y ya, ¿no?

Lo que parece identificar Eduardo es la existencia de repertorios separados de interacción para compañeros o amigos, y para relaciones subordinadas. Las pautas de la relación ya están dadas y mientras estas formas se “guarden” existe la posibilidad de tener una convivencia placentera, sin que ella implique un acercamiento real. Ahora, cuando pedí que elaborara sobre qué elementos de su interacción con los demás socios cambian cuando están presentes los empleados, dijo lo siguiente:

No pues que no actuamos tan libremente o tan naturalmente como lo hacemos cuando estamos entre nosotros, como que guardamos ahí, te digo, se guardan más las formas. Y pues sí hacemos chistes y hacemos bromas y platicamos con ellos y todo, pero con un respeto, ¿me explico? O sea, en cambio, pues nosotros los socios pues somos amigos, entonces es otra cosa, ¿no? Es otra relación diferente porque con los empleados, digo, a pesar de que sean *de buen nivel* o cercanos a nosotros, pues siempre hay un respeto, esa es la verdad, siempre, y pues lo va a seguir habiendo. A mí se me haría muy difícil que de repente, pues yo creo que ahí es cuando no nos sentiríamos a gusto, ni ellos ni nosotros, ¿no? Si en determinado momento se llegara a romper esa línea que puede ser muy delgada, o sea puede ser algo a veces hasta imperceptible si tú quieres, pero a lo mejor ahí sí no nos sentiríamos a gusto, ¿no?... y luego se me haría difícil como que volver a trabajar si ya esa línea se rompió pues qué va a pasar, o sea, yo siento que ellos se sentirían, este, pues no a gusto, ¿no? Como que no sabiendo ya qué hacer, pues ya soy su amigo o no soy su amigo, o sea qué, cómo le hacemos, ¿no?

Como muestra la respuesta de Eduardo, parece no existir un conocimiento respecto a cómo interactuar como igual con alguien con quien se está acostumbrado a relacionarse solo jerárquicamente. En estas ocasiones, lo incomodo implica transgredir las líneas establecidas de convivencia; es decir, interactuar de una manera distinta a la convencional, no solo porque no existen, o no se conocen, las pautas para ese tipo de interacción, sino también porque se teme que, una vez que uno se relaciona igualitariamente, sería complicado regresar a la interacción subordinada, como si se perdiera cierta autoridad necesaria para la relación laboral.

Ante esto, Eduardo considera que es más fácil trabajar cuando hay divisiones claras entre patrón y empleado, comentario que, a primera vista, parece lógico, aunque niega muchas otras experiencias donde la relación laboral no impide el desarrollo de una amistad, aun cuando hay diferencias de nivel laboral de por medio, si esas dos personas provienen de un contexto socioeconómico similar. Además, como se veía en las relaciones con trabajadoras domésticas, el respeto aquí se utiliza como suplente de una distancia marcada adecuadamente.

La incomodidad no solo fue nombrada en convivencias con empleados, sino también cuando se intentó llevar la convivencia de un espacio, como el de voluntariado, a otro más íntimo, como el

del hogar. Cuando Susana era voluntaria en la Liga de la Leche, organización dedicada a apoyar a madres lactantes, realizó una reunión en su casa, con “un cafecito, con unas galletitas” con las demás participantes y observó: “Hay personas que llegaban que de veras no se sentían para nada a gusto, o sea, sí se sentían fuera de lugar, o sea, como el agua y el aceite, o sea, no es tan fácil, uno creería que es como muy fácil comunicar y la gente no es que no les des la bienvenida, es que no se sienten (a gusto).”

Lo que sale a relucir en estos casos es la sensación de que las personas no están acostumbradas a relacionarse como iguales con quienes no comparten su nivel económico y desconocen las pautas para que eso ocurra. María Fernanda, que, entre las personas entrevistadas es alguien que frecuenta espacios mucho más diversos tanto económica como culturalmente, por su trabajo en una fundación familiar, expresó que, en cambio, ella y su familia “una mañana (pueden) estar en la sierra zapoteca” y “al día siguiente estar en la cena de la empresa” y que esto no “(les) conflictúa”, o sea, que pueden “estar en estos dos ambientes, es como un escenario de teatro, ¿no? O sea, te quitas, te cambias, y llegas y estás, como, bueno, la vida finalmente también es un teatro, ¿no?” Pero mientras que ella se siente con la capacidad de actuar ambos papeles, observa que otras personas sí tienen un “prejuicio” de “no (convivo) porque él es menos porque no tiene la educación que yo tengo o no se codea con un entorno”, perspectiva que ella considera muy limitada, “pues ellos creen que el mundo empieza en Santa Fe y termina en Polanco, ¿no?”. No es necesario coincidir con ella en que se trata de una perspectiva juiciosa, puede tratarse simplemente de una sensación que resulta de una falta de experiencias en común. Lo que sí muestra su observación es que parecen existir formas distintas de comportarse y ser en cada entorno, y las personas de clase alta no están acostumbradas a salirse de esas formas pautadas de comportamiento.

En estas menciones de la incomodidad, resulta notable que, aunque algunas personas también expresan que ellas están incómodas en la convivencia —Lucía, por ejemplo, dice que ella prefiere pasar desapercibida en las fiestas de su empresa, porque no le gusta “irrupir espacios que fluyen bien” sin su presencia— la mayoría solo nombra la incomodidad del otro y no la propia, adjudicando al subordinado la razón de no convivencia. Cuando sí hablan sobre ellas mismas, las personas generalmente atribuyen la falta de convivencia más íntima con otros a dos temas; por un lado, a una cuestión de “personalidad” reservada (#7), y, por el otro, al no querer presumir o ser ostentoso.

Como ejemplo, se puede citar el caso de Gerardo, quien contó que, aunque él saludaba y tenía “muy buena relación con todos” en la empresa donde antes trabajaba, tampoco tenía una relación “de amistad y cercanía” porque, como él dijo, “yo, como soy un poco serio y guardo mi distancia, en

general, de la gente”. Es decir, él, como varias otras personas, le dio una descripción individual a algo que, observando el conjunto de entrevistas, es más bien, común; esto particulariza una emoción que, en realidad, es ampliamente generada por la diferencia. Sobre lo segundo, algunas personas no dicen sentirse incómodas en la interacción, pero sí con pena a incomodar al otro por invitarles a un espacio, como su hogar, donde sus diferencias económicas se vuelven difíciles de ocultar. Al inicio de esta sección, se ve a Alberto decir que “definitivamente no” ha invitado a sus amigos de fútbol a su departamento en Santa Fe, porque le parecería “como que *in your face*” mostrarles lo que tiene y ellos no. Mariana igual siente que a veces “pudiese ser como un poco ofensivo o agresivo” mostrar donde vives, porque no quisiera que “parezca que estás presumiendo”. Aunque en su caso no considera que esto le impida tener relaciones con personas de otros estratos, sí dice que “es más fácil con alguien que sabes que tiene tu misma situación o que viven situaciones similares”, pero que lo que ella hace es “tener un poco de cuidado” para “no hacerlo sentir mal de ver otras cosas”. Aquí, se utiliza una razón de corte moral para explicar la falta de convivencia más íntima: no se quiere incomodar o presumir, no se quiere hacer sentir mal al otro.

A veces ni siquiera es cuestión de mostrar lo que uno tiene, sino de poder platicar sobre ciertos temas que hacen obvia esa alta capacidad adquisitiva, como lo dijo Gerardo:

Incluso las cosas que uno puede comentar, eh, pues no lo hace uno de manera tan abierta cuando una persona, pues digamos, es de, es mucho más pobre, ¿no? Uno no habla o de los viajes o de que, si uno tiene el departamento aquí o allá o de las, o sea, como que, pues uno se pone esa barrera de, no pues es que si yo platico de esto van a pensar que, o que estoy presumiendo, o se van a sentir mal que ellos probablemente no tengan la capacidad de viajar o de comprar o de hacer las cosas que yo puedo hacer. Entonces, también, típicamente, uno limita mucho más los temas conversacionales, ¿no? Este, y, digamos, no lo hago por culpa, realmente, no siento culpa, pero lo que no quisiera es que la gente se pudiera sentir mal de que quizás no tiene acceso a eso, o de que yo puedo estar presumiéndolo, pero sí, involuntariamente sí creo esa barrera y ese, ¿no? O sea, no comento todo lo que comento con mis amigos, ¿no? Sí, sin duda.

Algo similar platicó Miguel sobre convivir con los empleados del banco que dirige. Cuando lo entrevisté faltaban dos semanas para la final de temporada del fútbol americano, el Superbowl, y él compartió que, si en esa semana lo invitaran a una cena de gerentes de la sucursal, “no voy a ir a esa cena a platicarles del Superbowl porque sé que les voy a causar una incomodidad y van a decir ‘ay, puta, ya viene este güey a padrotear’. Ya esa parte en común, pues ¿a quién se la platicas?, pues a otro güey que diga, ‘puta, qué a toda madre, caray, ¿qué tal estuvo?’, ¿no? Y ya ni te digas que les digas cuánto te costó el boleto porque entonces tú ya te sentiste mal.”

Existe, pues, la sensación de que es más cómodo y fácil interactuar con quien no es necesario cuidar o pensar las palabras, con quien no se tiene el miedo a sonar “sangrona” (#14), y sentir esa incomodidad puede ser razón suficiente para evitar o intentar minimizar las interacciones con personas de otros estratos. En los últimos ejemplos, lo que incomoda es que las conversaciones ‘sin filtro’ harían obvias las diferencias económicas entre ambas partes; más allá de que se entienda como buena etiqueta moral el no ostentar el dinero, lo que tampoco se quiere hacer es poner sobre la mesa esas diferencias. Por eso se vuelve más fácil no invitar a los amigos del futbol a la casa y no convivir más cercanamente con los empleados.

Esto me parece muy importante por dos razones. En primer lugar, porque la incomodidad no es solo un pensamiento sobre lo que uno quiere o no compartir de su vida personal, sino que es también una sensación que las personas experimentan corporalmente y que juega un papel en su deseo de procurar el vínculo que la genera, pues claramente las personas van a preferir frecuentar situaciones en las que se sientan más a gusto. Las personas experimentan, visceralmente, la diferencia con los demás y esto puede llevarlas a reproducir la distancia hacia quienes les generan esa incomodidad. El hecho de que se trate de una reacción física y emocional puede servir para justificar esa distancia tomada, pues a pesar de la evidencia que existe para sostener la construcción social de las emociones (McCarthy, 1989; Young Kim, 2016), éstas comúnmente se siguen pensando como naturales y, en todo caso, es difícil deshacer patrones de reacción emocional aprendidos con anterioridad.

En segundo lugar, los ejemplos anteriores apuntan a que, en algunas ocasiones, lo incómodo no solo es no saber cómo interactuar, sino mostrar lo que uno tiene. Y eso evidencia un elemento crucial para entender las relaciones entre niveles económicos: las realidades aisladas no solo ocurren porque las personas habitan circuitos cotidianos distintos, o porque las personas tengan prejuicios sobre ellas, sino también porque las diferencias tan abismales generan interacciones que no son gratas para, algunos, o ambos participantes y, por ello, prefieren minimizar o evitar los momentos donde esta diferencia se visibiliza en toda su obviedad. Mostrarla de frente se siente como incorrecto quizás no porque realmente uno tengo miedo de si la otra persona se va a sentir mal, pero porque uno siente que es mejor que esa diferencia, aunque se sabe, no se nombre.

Evidenciar la diferencia es ponerla al centro de la mesa para ser cuestionada y las personas prefieren no encontrarse en esa situación⁵⁵. Lo que incomoda no es tener el dinero, sino que sea obvio que se tiene frente a alguien que no. Las personas no quieren ser identificadas por su posición

⁵⁵ La excepción a esto es la relación con las personas trabajadoras del hogar, pero, en ese caso, la jerarquía es tan clara que es evidente que no se busca establecer una relación de pares.

económica —aunque a veces ellas hagan eso hacia abajo—, sino por sus cualidades personales y, para ello, es más fácil relacionarse con personas que no van a encontrar nada sustancialmente distinto en su estilo de vida.

Ahora bien, es necesario anotar que, aunque generalmente esta incomodidad se expresó de manera neutra, en ocasiones parece ser también una manera de disfrazar una percepción de inferioridad respecto al otro. Por ejemplo, cuando Susana explicó por qué creía que las otras mujeres de la Liga de la Leche estaban incómodas en su casa, dijo: “Ay, no sé, no sabría decirte. A lo mejor es porque sienten que no van a dar el ancho, que a lo mejor tú puedes poner a exigir alguna cosa, o porque a lo mejor tú vas a tratar un tema que ellas no van a entender, o que se van a sentir, sí, que la información que tienen de la vida es ina, es, no inadecuada, pero insuficiente, más bien, ¿no?” Andrea dijo algo similar sobre la vez que invitó a las trabajadoras de su hogar a una carne asada con el resto de su familia, dijo que los percibía “pues, como, como, apenaditos, como, ‘ay no señora por favor no’, y les decíamos,’ a ver, es que hoy les toca a ustedes sentarse y que nosotros les sirvamos’, ¿no? Y se sienten como, ‘no, es que nosotros no’, ‘no es que nosotros, uy no, nada más tenemos un pie izquierdo, o sea, como que no nos sabemos, este, comunicar y demás’”. En ambas respuestas, se pone en boca de la otra persona, la sensación de inferioridad, que más que realmente sentida por esas personas — cosa que se tendría que corroborar empíricamente— refleja lo que Susana y Andrea perciben en el otro.

b. Falta de experiencias y lugares en común

Otra explicación que se suele expresar de la mano de la incomodidad es la sensación de que no hay experiencias o actividades en común sobre las cuáles construir una amistad, como las “afinidades” intelectuales que Alberto busca en sus amistades, o el golf que le gusta a Gerardo. A veces, las personas sienten que, por no compartir estos gustos y tener pocas experiencias vitales en común, no tendrán de qué platicar con alguien que vive una realidad tan distinta a la propia.

Este tipo de explicaciones razona la falta de interacción como consecuencia secundaria de no compartir gustos e intereses, pero, cómo ha demostrado una amplia literatura sociológica, los gustos e intereses no son desarrollados en un vacío, sino en un contexto particular, con elementos de clase. Así, el golf puede entenderse como una elección, y lo es en medida que también existen personas ricas que no lo juegan, pero sin duda es un gusto adquirible solo para ciertos estratos. Además, como ya se vio en la sección anterior, incluso cuando las personas comparten estos espacios e intereses, como los equipos de fútbol de Andrés y de Alberto, o el grupo parroquial de Andrea, esto no significa que la

convivencia desemboque en una amistad, lo cual, por supuesto, pone en cuestión qué tanta importancia práctica tiene el compartir intereses en el desarrollo de la intimidad.

Aunque el argumento se utiliza para explicar por qué no se entablan ciertas relaciones, no surge como explicación de las que sí se entablan —es más, Alberto reconoce que con sus amigos de la infancia no comparte esas afinidades— y, cuando se comparte el interés, como en el caso del fútbol, no necesariamente se desarrollan vínculos íntimos sino se comparten también otros elementos contextuales. Es decir, aunque las personas explican que sus amistades son elegidas debido a los intereses compartidos, sus mismos ejemplos muestran que tener actividades y afinidades intelectuales o culturales, por nombrar algunas, muchas veces es insuficiente para entablar una amistad si no se comparte también una posición económica. En la práctica, la similitud se construye principalmente en el plano económico, por encima de otros ejes de coincidencia.

También mencionado es el aspecto práctico de la convivencia; las personas confirman lo que se observa en la literatura (OXFAM México and Data-Pop Alliance, 2020; Sabatini, 2003; Saraví, 2015): existen pocos espacios donde encontrarse fácilmente y como iguales. Así, una posible relación se puede dificultar por no habitar zonas cercanas de la ciudad, cuestión que parece también mezclarse con las diferencias en el poder adquisitivo de ambas partes, como lo muestra el siguiente ejemplo de Isabel:

Mira, yo creo que prepandemia sería mucho más difícil porque, ¿Dónde ves a una amiga? O en tu casa o en su casa. Si vive muy lejos de tu casa o de, no, si viven muy lejos, un ejemplo muy claro, tu tía y yo, vivimos muy lejos geográficamente en la misma Ciudad de México, entonces, normalmente escogíamos un punto en el centro que nos quedara a las dos más o menos a lo mismo para vernos. ¿Ese punto cuál es? Pues es un restaurante, ¿no? Para desayunar y poder platicar a gusto y estar muy lindo y todo. Pues si soy muy amiga de una que vive en Ciudad Neza, pues está muy difícil porque entonces hójole, pues escoge tú, porque yo no voy a querer escoger el restaurante porque no quisiera que se fuera muy por encima de sus posibilidades. Y ya de entrada, pues probablemente tenga que trabajar entonces no tiene la mañana para irse a un desayuno. No pues nos vemos para un café en la tarde. Bueno, pues ok, ¿en dónde nos vemos? Entonces ya todo eso te va dificultando el que sí te puedas relacionar porque aparte llega el momento en el que, ¿qué tienes en común? Siento que cuidas más tu conversación cuando hablas con alguien que es más desafortunada que cuando hablas con alguien que es más afortunado, porque no quieres herir ninguna sensibilidad, ¿no?

Estas cuestiones logísticas dificultan no solo el que las personas se encuentren, sino también el desarrollo de la relación, aunque es menos claro si son dificultades que realmente ocurren o si son casos hipotéticos que le dan sentido a la falta de relacionamiento posterior a su ocurrencia, pero no definen el mismo. Mariana, por ejemplo, reconoció que este tipo de cuestión sí puede dificultar la

convivencia, pero dijo que ella sí encuentra ese “punto intermedio entre su casa y la mía” para reunirse con quien fue su secretaria y considera su amiga, aunque también aclaró que tampoco “es alguien que vayas a invitar aquí a comer todos los fines de semana o con los que salgas, este, un viernes o así”. Es decir, la considera una amistad, pero distinta a sus amistades del mismo estrato.

Además, el ejemplo de Isabel muestra que existe cierta aversión o, de nuevo, incomodidad con tener que estar al pendiente de las necesidades económicas del otro. Este hallazgo muestra que pueden existir espacios comunes, como los que se identificaron en el estudio de OXFAM (2020), sin que ello desemboque en una convivencia sustantiva. Los espacios compartidos son el primer paso para generar esa intimidad, pero aquí no parecen ser suficientes cuando no van acompañados de una similitud en el eje económico.

c. Educación

Una tercera explicación para la distancia social que se plasma en la conversación citada al principio de este capítulo es la educación. Alberto considera que lo que lo “une con otros es la educación” o lo que él “llamaría la educación y la cultura”. Similarmente, Gerardo compartió que el “suel[e] tener amigos que piensan como [él], que tienen una educación semejante”; considera que esto ha ocurrido porque “uno naturalmente se va inclinando a gente más parecida desde una perspectiva de educación y de intereses”. Pero, ¿a qué se refieren las personas cuando hablan de semejanzas educativas?

Lo más inmediato sería pensar que se trata del nivel o grado educativo de una persona; sin embargo, tras indagar más, es posible entender que éste es tan solo un elemento —y quizás no el más importante— de todo lo que abarca el término. Cuando las personas efectivamente utilizan el término para referirse a la educación formal, suelen realizar una diferenciación entre lo público y lo privado. Ivania, que estudió una maestría en el Centro de Investigación y Docencia Económicas (CIDE) —centro de investigación y estudios público y exclusivo en la Ciudad de México— cuenta que una vez su tía le preguntó, incrédula, “a ver Ivania, ¿a ti te encantaría que tu hijo saliera con una niña de tus compañeritas del CIDE? ¿Con este perfil?” Y aunque ella dice que, “a huevo, claro que sí”, entiende que a su tía “eso le parecía como rarísimo, ¿no? ‘Qué raro que mi sobrina sí quiera ese perfil’”.

Miguel, cuyo hijo Andrés está por empezar la universidad y quiere estudiar física, compartió lo siguiente: “me cuesta trabajo cuando Andrés todavía me dice ‘me quiero ir a estudiar a la UNAM; y le digo, ‘Andrés, ¿cómo? No manches, tienes la oportunidad de estudiar en Columbia’. Y no tengo idea, ni idea, de cómo ranquea Columbia y la UNAM en física, no tengo idea, pero ya el prejuicio de decir ‘¿cómo te vas a ir a UNAM? Ay no mames cabrón, ¿cómo se te ocurre?’”. En ambos casos, la

preferencia por la educación privada no está ligada a una cuestión de nivel académico —el CIDE es una universidad de alta calidad con reconocimiento dentro y fuera del país y Miguel reconoce que ni siquiera sabe cómo se comparan los programas de la universidad de Columbia y la UNAM— sino más bien a las relaciones que uno puede construir estando ahí. Más allá de la experiencia educativa, las universidades —y, en general, los espacios de convivencia— son vistos como lugares para encontrar amistades y parejas de contextos similares, así como conexiones que pueden servir en el mundo laboral.

En sus entrevistas con estudiantes de dos universidades privadas de alto costo al poniente de la Ciudad de México, Saraví (2015) encontró que una de las razones por las que sus interlocutores deciden estudiar ahí es la posibilidad de estar en contacto con personas cuyas familias están altamente posicionadas en el mundo empresarial o político, como lo expresó Pablo, uno de sus entrevistados: “Finalmente, estando aquí en la Contemporánea es mucho más fácil salir con una relación... estás con roce constante, por decirte un ejemplo, con el Secretario de Educación de un lado, con el hijo del director de PepsiCo o de Bimbo en el otro...y son casos reales los que estoy mencionando” (p. 120). Camila, otra de las estudiantes entrevistadas, coincidió en la importancia de estas relaciones a la hora de elegir universidad: “los profesores están muy bien relacionados” y “tienes amigos que...no sé...sus papás son dueños de tal y tal empresa” (Saraví, 2015, p. 120).

Para este sector de la población, las relaciones que uno puede adquirir son un factor importante al elegir un lugar para estudiar. A veces, éstas pueden pesar más que el prestigio académico de la institución. Esteban, otro estudiante, explicó que, al elegir universidad, “decían que en comunicación la primera que te podía ofrecer más oportunidades era la Universidad Contemporánea” y que entonces él pensaba “Voy a salir...no sé de la UNAM, ok, tal vez la mejor de México, pero sin trabajo” (Saraví, 2015, p. 118). Algo similar le comentó otra estudiante, Juliana: “Tan solo el renombre de la universidad ya abre muchas puertas, ¿no? a diferencia de decir ‘vengo de la UNAM’ o la que sea, porque sí...este..., pues estamos en un mercado como muy elitista y bueno por lo menos en turismo y todo esto muchas veces es así de que buscas trabajo y ‘de estas universidades no y de estas sí’, y así es” (Saraví, 2015, p. 117). Así, no importa sólo —o principalmente— el nivel académico, pues reconocen el prestigio que tiene la UNAM, sino también las conexiones que las personas consideran pueden construir con quienes, en un futuro, les pueden facilitar el acceso a una oportunidad laboral.

Construir redes con potencial profesional no es un interés sin sentido de esta población, sino que efectivamente es un determinante del éxito laboral, como lo observan Mora Salas y de Oliveira (2012) en su estudio sobre trayectorias laborales juveniles:

Independientemente del grado de formalización de los mercados, tal parece que las redes personales o institucionales —vía sindicato, empresa, escuela o familia— son cruciales para la obtención de un empleo. En ese sentido, el carácter público o privado de la universidad en la cual un profesionista se ha graduado asume un papel importante en la relación de las personas jóvenes con el mercado de trabajo. Entra en juego, por un lado, la supuesta mayor calidad educativa de las entidades privadas y, ante todo, el prestigio social que les acompaña —rasgo claro de diferenciación y estratificación social—. Por otro, comienza a operar la red de relaciones sociales que los alumnos establecen con sus maestros y compañeros, así como las relaciones entre universidades, empresas e instituciones de gobierno que son fuentes potenciales de empleo para las y los egresados. (p. 18)

Además de las redes construidas en la escuela, tener padres profesionistas permite el acceso “a recursos económicos y culturales, así como a redes sociales más amplias en comparación con los hijos e hijas de obreros o trabajadores por cuenta propia” (Mora Salas and de Oliveira, 2012, p. 18). Estas conexiones sirven para facilitar el paso al mundo laboral y, por lo mismo, son valoradas al elegir una universidad.

La manera en la que juega el origen universitario al buscar trabajo en estos estratos fue constatada en una de mis entrevistas. Alberto, que tiene un despacho de abogados, compartió que contrata principalmente a egresados de universidades privadas: “Mira, yo atiendo un tipo de clientela que prefiere tratar con el cuate que salió del Vistahermosa que con el cuate que salió de una escuela pública, ¿no?... O sea, nadie te lo dice, todo esto es. O sea, nunca nadie te lo diría. Y nosotros sí somos, sí somos *equal opportunity*, eh, pero hay una realidad en, además, sí, también, contratamos, por el tipo de cosas que hacemos, pues contratamos a gente de, de ciertas universidades y también nos busca gente de ciertas universidades. O sea, no me acuerdo la última vez que alguien de la UNAM llegó a; aunque sí tengo, mi papá era de la UNAM, tengo a dos o tres socios que son de la UNAM. Hoy, de la UNAM, nadie llega a mandarnos su curriculum, nadie.” Ante esto, le pregunté por qué sentía que ocurría esa autoselección y él contestó: “No sé, es interesante. Porque nos llegan de la Ibero, nos llegan del ITAM, nos llegan de la Libre de Derecho, nos llegan de la UP.”

Aunque Alberto admite a contratar a personas “hiper-capaces” que no provienen de esta selección de universidades, considera que, por “el tipo de cosas que hacemos”, termina contratando más de estas instituciones privadas. Además, agrega que quienes comparten el contexto de sus clientes tienen más facilidad para ser contratados y desarrollarse exitosamente en el empleo: “También el cliente cuando rompes una barrera de, ‘ay tú fuiste al Vistahermosa’ o ‘tu conoces’, el tema de relacionarte socialmente es importante. Y en un negocio como el mío, o como mil otros, que tienen

que ver con contactos y, o sea, a quién conoces, ‘ah, si conoces, háblale y a ver si nos pasa chamba’. En fin, así es la vida, en todo el mundo, y aquí, más.”

Haber estudiado en las mismas escuelas que los clientes o tener redes con influencia en el área de interés son rasgos de crianza, íntimamente ligados al nivel económico, que se valoran en las personas contratadas. Hay quienes tienen acceso a estas redes por las familias en las que crecieron y las escuelas a las que asistieron desde pequeños⁵⁶; para ellos, quizás la universidad no sea necesaria para obtener estas relaciones, pero sí se vuelve un espacio para reforzarlas y ampliarlas. Para otros, que no crecieron totalmente inmersos en estas redes, la universidad es un espacio para construirlas. Por ello, aunque las conexiones no son elementos medibles en el ámbito académico, sí se toman en cuenta como factor para elegir un centro educativo.

A pesar del valor que se les da a estas redes, Alberto considera que al final del día lo que más importa es probarse a uno mismo a través del trabajo: “Cuando rompes como que esa barrera inicial en donde el cuate que no es tan bien, por llamarle de una forma chocante, le saca el trabajo al otro, al cliente le da igual, eh, empieza, pasa a darle igual... Se van rompiendo barreras, pero son barreras: hay barreras y hay que romperlas.” Aunque no se consideran inamovibles, sí son fronteras que dificultan la entrada a estos espacios y el desarrollo dentro de ellos para quienes no provienen de un entorno similar.

Con estos ejemplos, se puede constatar que la universidad es mucho más que un espacio educativo; es también un lugar para construir redes laborales y encontrar amistades o parejas potenciales de un nivel socioeconómico similar. Claramente, las condiciones no son homogéneas entre todo el estudiantado, pero el carácter privado de las universidades sí autoselecciona a una gran parte de este. Además, como se lo expresó un estudiante a Saraví (2015), se suele marcar una diferencia dentro de estos espacios entre quienes tienen una beca y quienes pagan la colegiatura completa: “Inclusive aquí en la escuela se nota [la diferencia] porque hay personas que yo creo que están becados, y solo vienen a estudiar, y son distintos” (p. 88).

Todo esto muestra que la universidad es también un espacio social. Lo que se observa en la preocupación de la tía de Ivania y de Miguel es si su sobrino e hijo, respectivamente, van a convivir con personas “como uno”. Esta frase se escucha comúnmente para referirse, sin así nombrarlo, a

⁵⁶ Varias de las universidades antes mencionadas pertenecen a órdenes religiosas que también cuentan con preparatorias; otras tienen sus propias preparatorias. Además, existen preparatorias que, sin estar directamente relacionadas con alguna universidad, envían al grueso de sus estudiantes a universidades privadas (dentro y fuera del país).

personas que comparten un estilo de vida similar al propio, como lo explicó Eduardo cuando le pregunté si la había escuchado antes:

- Hijo esa [frase] es horrible. Esa yo nunca lo uso, esa sí nunca la uso y, este, me cae muy gordo cuando la usan, ¿no? La verdad así de, sí no, ‘gente como uno’, ‘gente bonita’, ¿no? La usan también mucho y se me hace, se me hace horrible...
- Y, ¿a qué se refieren [las personas] cuando la usan?
- ¿A qué se refieren? Ah pues a que son como, son de la clase alta, haz de cuenta, o sea, como que tienen, o se visten bien, o tienen los recursos, o lo que tú quieras, ¿no? O sea, como, gente bien y que; yo en dado caso la usaría como gente educada, ¿no? Digo, yo nunca la he usado, la verdad, pero sí la oigo mucho, ¿no? Sí, este, yo creo que se refieren mucho a ser, que sean del mismo estrato social-económico, ¿no? Yo creo que por eso la usan.

La gente como uno —o “educada” como uno— comparte rasgos que van más allá de lo estrictamente educativo. Esto no significa que el nivel de educación formal no figure como criterio de diferenciación —pues a las personas sí les importa que alguien tenga buena ortografía (#22), sepa leer (#10), y hable inglés (#4)— sino que simplemente no es lo único a lo que se hace referencia cuando se habla de educación.

El término engloba también a una serie de comportamientos que le permiten a una persona participar plenamente en el entorno privilegiado: la manera de hablar (#4), tener ‘buenos’ modales— por ejemplo, que los hombres les abran la puerta a las mujeres y no sean “majadero(s)”, que se esperen a que todas las personas en la mesa hayan sido servidas para empezar a comer (#4)—, ser “pulido” en el comportamiento (#3), tener un vocabulario adecuado, saber qué decir y qué no decir en cada entorno (#9). Ivania, que entre las personas entrevistadas destaca por salir del curso de vida acostumbrado, habiendo estudiado una maestría en el CIDE y trabajado en una organización que combate la pobreza y desigualdad, lo analiza claramente en su familia “educación tiene que ver con cosas tan ridículas como formas, cómo comes en la mesa, ¿no? Cómo te sientas, con la pierna arriba, como yo, que mi abuela moriría de lo naca de su nieta, ¿no? Si cierras la boca, si no cierras la boca; si eres discreto en tu conversación, si no eres escandaloso.” Es decir, se trata no solo, y quizás no principalmente, del nivel educativo formal, sino de formas de ser y expresarse que difícilmente se aprenden en la escuela, pero que juegan un papel en definir quién es como uno y quién no.

Lucía dio el ejemplo hipotético de “cuando se casa la señora [de la casa] con el chofer” y dijo que “hay un problema social implícito en eso” porque al momento de la convivencia “le vas a hacer la vida imposible al pobre señor que sea el chofer y que va a llegar a comer en tu mesa con una tortilla. Y es horrible decirlo, pero eso es lo que hace que el *mingling* sea complicado, desde mi punto de vista.”

Esta es una situación hipotética en la que Lucía imagina que la convivencia entre las partes sería socialmente muy complicada porque no comparten modales; cabe decir que los modales de la otra parte son imaginados, pero la dificultad que esa imagen de convivencia crea es real.

La autobiografía de J.D. Vance (2016) sirve para plasmar cómo provenir de orígenes distintos puede dificultar la convivencia social. Vance creció en una comunidad rural pobre de los Apalaches estadounidenses y, al llegar a estudiar derecho en la universidad de Yale, se enfrentó a varias situaciones donde la diferencia entre su crianza y la de clase alta fue evidente y le presentó una barrera para desenvolverse en la universidad. El autor platica, como ejemplo, lo que ocurrió cuando asistió a un evento de *networking* que la universidad había organizado con varios despachos de abogados:

Al principio, estaba demasiado nervioso para tomar. Pero finalmente fui valiente y contesté que sí cuando alguien me ofreció vino. Cuando me preguntaron que qué tipo, conteste que blanco, asumiendo que ese era el fin del cuestionamiento, pero después me preguntaron: ¿*Sauvignon blanc* o *chardonnay*? Pensé que se estaba burlando de mí. Pero utilicé mis poderes de deducción para entender que se trataba de dos tipos distintos de vino blanco, así que ordené *chardonnay* porque era el más fácil de pronunciar. Había pasado la primera prueba de la noche. (Vance, 2016, p. 211)

Su experiencia es emblemática de los aspectos más escondidos de pertenecer a una alta clase social: no es solo una cuestión de tener dinero, sino de una serie de conocimientos adquiridos —como saber de vino— que, al desplegarlos, evidencian la posición social de uno. Desde su propia experiencia, Vance (2016) lo explica así: “La movilidad social no es solo una cuestión de dinero y economía, también es un cambio en el estilo de vida. Los ricos y poderosos no solo son ricos y poderosos, sino que también siguen un conjunto distinto de normas y costumbres” (p. 207).

Conocer y encarnar estas normas y costumbres influencia la posibilidad de ser exitoso, laboral o socialmente, en un ambiente de clase alta. Esta “educación” a veces, también incluye saber cómo y cuándo (no) mostrar el dinero, como fue evidente en algunas conversaciones. Carolina lo explicó de la siguiente manera: “Si vas a un hotel y te vas de vacaciones y estás en la alberca, y está una señora con un calzón, perdóname no estoy, no está agradable, no. O sea, para mí no es agradable, y sí he visto, ¿Tú no las has visto? No, yo sí me ha tocado hoteles, en el Camino Real que dices, ‘y, ¿esta familia? *how can they afford this?*’ *And, look at them. And they’re loud* y tratan feo al servicio y digo güey, neta, bye, o sea no, qué asco, qué asco.”⁵⁷ Aunque esta familia tenía el poder adquisitivo para pagar una estancia en el mismo hotel que Carolina, no lo habitaron de una manera que ella consideraba

⁵⁷ Nótese, de nuevo, otro elemento visceral o emocional generado por la situación: el asco.

adecuado. Aquí, la diferencia se marca no por lo que se puede comprar, sino por cómo se hace uso de ello.

Alberto dio otro ejemplo claro de cómo la diferenciación no siempre “es un tema de lana”, sino que, a veces, “es un tema de físico” y de “*you don't belong*”, que puede aplicarse a alguien con el mismo, o más alto, nivel económico. Compartió que, en una ocasión, la hija de una cantante “nefasta” entró a la misma escuela a la que asistían sus hijas, y las demás alumnas “la super *bullearon*”, “un poco con colaboración de las mamás, consciente o inconsciente”. Yo no conocía a la persona, pero Alberto insistió en que la buscara porque consideraba que, con eso, iba a decir “ah, con razón”, como si su físico me haría entender que la cantante y su familia no eran similares a las otras personas que acostumbran asistir a ese colegio.

Alberto tenía otros ejemplos así, como “el cuate que se viste con camisa de Versace, aunque tenga toda la lana igual y dices, bueno no sé, no es mi rollo”, incluso comentó que entre amigos se le podría calificar como “naco” o contó de una vez que un compañero de fútbol suyo —el “cuate más nuevo rico del universo”— llegó con su coche lujoso —un “Audi R8, que es como un Porsche, más padre que un Porsche”— a uno de los partidos cerca del Lago de Guadalupe, un lugar donde Alberto consideraba que llevarlo era una “falta de educación y de tacto”.

Estos ejemplos muestran que, incluso perteneciendo a los mismos espacios, que marcan una posición económica similar, se trazan diferencias entre las personas según sus formas de vivir esa posición. Como lo indicó Alberto, la similitud se traza no solo en términos del poder adquisitivo, sino también de acuerdo con la procedencia de ese dinero y si la persona creció con él. Es decir, para varias personas en los estratos altos, existen maneras aceptables, e inaceptables, de ser rico y parte de la “educación” es conocer esas formas y expresarlas con facilidad, saber cómo (no) mostrar su dinero, naturalizar sus efectos, y hacerlos parecer cuestión de personalidad.

Todo lo anterior es lo que a veces se esconde detrás de una referencia a una educación compartida. Como ya se ha notado, son elementos íntimamente ligados a una posición económica, pero que al mencionarse como educativos, parecen volverse una manera más aceptable de marcar la diferencia. Krozer (2019b) observa que muchas veces las personas de élite hablan de falta de educación como sinónimo de pobreza porque “en el mundo de las élites, saberse educado es menos vulgar que saberse rico, aunque en el fondo los dos sean sinónimos de ser privilegiado”. Enfocarse en el dinero y no en la educación parece ser, a los ojos de varias personas, una manera más justificable de marcar una diferencia que, en el fondo, no se puede desligar de lo económico. Además, detrás de esta diferenciación por “educación” se esconden muchos elementos que, en realidad, hacen referencia a

compartir una crianza de clase alta. La educación es, pues, también un eufemismo para referirse a modales y formas de comportamiento que acompañan una crianza de un nivel socioeconómico particular y que facilitan o impiden el acceso al mismo.

Ahora, aquí importa aclarar dos puntos: la educación como elemento para distinguir entre quienes son similares y distintos es un término que puede agrupar muchas definiciones distintas. Ya se mencionaba que las personas no solo distinguen en lo económico, sino también en cómo los demás usan y muestran ese dinero o en cómo se ven y se presentan físicamente. Esto indica que el nivel económico se mezcla también con otros factores —la raza percibida de las personas, el tipo de élite que uno es (cultural, económica o política), el origen de la riqueza, o incluso otros aspectos como tradiciones morales o religiosas de las familias, su adherencia a roles de género particulares, orígenes geográficos— que influyen cómo se construye la similitud y diferencia. Lo que aquí se señala es una tendencia a utilizar la educación como un término comodín para el modo de vida de uno mismo, pero lo que se incluye dentro de esa “educación” puede cambiar según una variedad de factores.

El segundo punto es aclarar que evidentemente las élites no son un grupo homogéneo, por lo que no todas tendrán el mismo concepto de educación ni se distinguirán de otros con base en los mismos criterios. Lo que aquí se señala son algunos elementos que suelen ser comunes en esta distinción y que, incluso cuando las personas aclararon que ellas no hacen esas diferenciaciones, el conocerlas y haberlas observado en alguien más confirma la existencia de ciertos elementos que alimentan ese radar interno que clasifica de acuerdo con características de las personas íntimamente relacionadas con el nivel socioeconómico. Aun si las personas no le hacen caso a ese radar, reconocen qué insumos lo disparan.

Algunas conclusiones

En este capítulo, busqué mostrar cómo es que las personas de un alto nivel socioeconómico se relacionan con otras de menor estrato, más allá de situaciones subordinadas. Como ya se decía, estas relaciones son escasas, pero sí existen y analizarlas permite entender de qué manera las diferencias económicas dificultan los vínculos humanos y cómo se racionaliza, y entonces vuelve más aceptable, esa desigualdad.

Como bien lo decía Lucía, la estratificación en la Ciudad de México no es un sistema de castas rígido, infranqueable. Las fronteras analizadas en esta sección se rompen, y, es más, no se trazan en línea recta desde un inicio. Como se veía en el capítulo anterior, existen varias maneras de relacionarse con las empleadas domésticas sin romper la jerarquía; o sea, sin quitar esa barrera, pero sí abollándola,

cambiándola de lugar. Además, las relaciones de pares no son totalmente inexistentes, y lo que no se llama amistad, pero sí es convivencia, unas veces se asemeja más a la igualdad que otras.

Todo esto indica que no se trata de un sistema de aislamiento total de las élites, sí existen vínculos a otros estratos y espacios de convivencia común, y algunas personas deciden salir de los circuitos establecidos más que otras. Es más complejo que considerarlas como realidades totalmente aisladas, pero sí están distanciadas y su convivencia, aunque sí ocurra, trae retos particulares que dificultan las relaciones. Se trata de barreras visibles, identificables, pero hechas de un material flexible. Esto quizás tiene la consecuencia de hacerlas más difíciles de aceptar, porque siempre hay a la mano un ejemplo de su transgresión, que claro, es a la vez confirmación de su existencia.

Aunque estas relaciones sí existen, se enfrentan dificultades particulares: el desaprucho social, la incomodidad de enfrentarse y hacer notar las diferencias económicas, y una sensación de que, quizás, a final de cuentas, la desigualdad es tanta que la relación, aunque no es imposible, sí se percibe como poco viable.

Las personas explican esta falta de viabilidad con razones que buscan racionalizarla y, de cierto modo, volverla legítima. La incomodidad aparece como una emoción central que obstaculiza las relaciones íntimas entre estratos porque vuelve la convivencia poco fluida. Además de esto, las personas llegan a sentir que, ya sea por intereses o por lo que entienden como educación, comparten poco en común con personas de otros estratos, en parte confirmando lo que la literatura sociológica encuentra —que las distinciones de clase son también distinciones de estilo—, pero también señalando que quizás no es tan importante si la barrera existe o no, sino el hecho de que se percibe como existente. Incluso en algunos casos las personas indicaron que conocieron a otras de distinto estrato porque compartían intereses; sin embargo, eso no fue suficiente para construir una relación más cercana, pues no compartía la similitud económica. Sin duda, las anteriores no son las únicas maneras de racionalizar la falta de relaciones igualitarias entre personas de distintos estratos, pero sí sirven como elementos para entender las racionalizaciones por las que pasa esta distancia social.

Me parece que el análisis anterior tiene algunas implicaciones importantes para comprender cómo se construye y sostiene la diferencia social que resulta de la desigualdad económica. Un primer punto es entender que la experiencia misma de la convivencia con alguien de otro estrato determina en gran parte si se sigue frecuentando o no esa relación. Hablando del racismo, Bonilla-Silva (2019) dice que las emociones racializadas “son fuerzas sociales fundamentales moldeando la casa del racismo” (p. 2), pues, aunque éste tiene causas estructurales, también es algo que se siente y esas emociones son un elemento de las interacciones interraciales que ayuda a sostener las estructuras del racismo.

Similarmente, considero que la evidencia aquí mostrada da cuenta de cómo se mantiene la distancia social entre estratos a partir de la experiencia misma de esas interacciones. Si una interacción es incómoda o se puede imaginar como tal, probablemente será evadida.

Además, me parece importante llamar la atención al hecho de que, si bien existen algunos momentos de mayor interacción entre las personas entrevistadas e individuos de otros estratos, las diferencias económicas dificultan relacionarse como iguales, más allá de lo que individuos particulares quieran o no fomentar. Esto implica, por un lado, que relaciones más igualitarias necesitan como punto de partida una mucho menor desigualdad de posiciones y, por el otro, que importa fomentar los espacios sostenidos, como las escuelas, donde es posible propiciar una convivencia más igualitaria.

Apuntes finales

En esta última sección, primero, comparto algunas conclusiones más generales sobre las discusiones que se presentaron en esta tesis y apunto a investigaciones futuras que podrían complementar y ahondar sobre algunos de los elementos que aquí se fueron encontrando. Después, presento algunas reflexiones sobre la utilidad y limitaciones de este estudio y, en especial, reflexiono sobre las dificultades de hacerle justicia a personas reales en un texto como este. Finalmente, termino con una pequeña reflexión.

Conclusiones generales sobre el tema

Al principio de esta investigación, me planteé identificar y caracterizar el tipo de relaciones sociales que se dan entre individuos de élite e individuos de menores estratos, así como las distintas maneras en las que las personas racionalizan la distancia social que resulta de las diferencias económicas. Para ello, platiqué con personas de altos estratos sobre qué relaciones tienen con quienes no comparten su posición socioeconómica: les pregunté cómo viven esas relaciones en el día a día, qué las caracteriza, qué tipo de intimidad entablan en ellas y cómo explicarían el tener pocas amistades o relaciones íntimas con personas de una posición socioeconómica inferior a la suya.

Ordené los resultados de estas conversaciones en dos capítulos de análisis; las conclusiones particulares se pueden consultar ahí mismo, por lo que a continuación solo las resumo brevemente para después apuntar algunas ideas centrales con las que me gustaría cerrar el trabajo. En el primer capítulo, agrupé las relaciones que más frecuentemente fueron mencionadas al indagar sobre sus vínculos con personas de menores estratos: la del trabajo doméstico, la que se da en actividades caritativas o de voluntariado, y la que se establece con personas empleadas en una empresa familiar. Estas tres, sobre todo la primera, son instancias en las que las personas aprendieron ciertas maneras de relacionarse entre clases sociales y a vivir su posición social de ventaja. En general, las personas muestran un deseo por ocupar esa posición de manera moralmente correcta; es decir, ser respetuosas, conscientes de su privilegio y generosas con su ayuda, e incluso suelen tener una relación de cariño y cercanía con quien trabaja en sus hogares.

Independientemente de qué tanto estas descripciones corresponden a lo que efectivamente ocurre, lo que caracteriza a estas relaciones es una estructura marcada por la asimetría y las diferencias de poder. Son relaciones que acostumbran a las personas a relacionarse con quienes no comparten su

estrato desde una posición de mando o poder relativo que dificulta el entenderse como iguales. Desde ahí, se puede ser una élite “buena” o “mala” pero no se deja de ser distinto al otro.

Ahora bien, aunque estas relaciones fueron las más mencionadas, no son las únicas; también existen experiencias de encuentro con personas de menores estratos en espacios que no están evidentemente jerarquizados. En el segundo capítulo, abordo las distintas relaciones con potencial de igualdad que las personas mencionaron: compañeros del fútbol, parejas que conocieron en el trabajo o en el gimnasio, personas con quienes realizan actividades parroquiales, entre otras. Al describir estas relaciones es evidente que las personas consideran que existen dificultades particulares para establecer vínculos íntimos entre clases sociales. Tres distintas maneras de racionalizar estas dificultades son abordadas consecuentemente: la incomodidad, la falta de experiencias y lugares en común, y la educación diferenciada. Éstas aparecen como formas comunes para explicar por qué las personas no suelen desarrollar relaciones íntimas con quienes son económicamente distintos a ellas. Muchas veces, esas explicaciones no se remiten a la diferencia económica, sino a la cultura, a la educación, a la falta de experiencias en común. Aunque el análisis de su contenido muestra que esos términos esconden elementos de clase, el hecho de que se expliquen de esa manera es una forma de olvidar el componente económico y hacer parecer que la desigualdad es una cuestión de diferencias irremediables o naturales. Independientemente de la lógica o consistencia detrás de estas racionalizaciones, son procesos que sirven para entender la falta de vínculos como algo que “tiene sentido” y que, incluso, “es normal”.

Lo que el análisis confirma es que la desigualdad económica tiene consecuencias relacionales y que no es posible hablar de una igualdad relacional sin hablar también de la necesidad de disminuir drásticamente la desigualdad en la distribución de recursos. Más allá de las conclusiones particulares que acabo de resumir, los hallazgos también apuntan a ideas más generales que me gustaría compartir.

1. *Las posiciones en las relaciones sociales*

Uno de los hallazgos que me parece más importante y transferible a otros contextos de diferencia es el enfocarse en las posiciones relativas de las personas para entender el tipo de relación que se puede generar entre ellas. En este caso, es evidente que si los espacios de encuentro entre personas de distintos estratos están severamente limitados a aquellos en los que una es empleadora/filántropa y la otra empleada o beneficiaria, por más que existan buenas intenciones y deseos sinceros de acercarse, las mismas posiciones que se ocupan y el tamaño tan grande de las asimetrías que las caracterizan — donde, en muchos aspectos, una parte depende de la continuación del vínculo con la otra— dificulta enormemente el relacionarse como pares. Esto no significa que esto no se pueda dar, ni que todas las

personas de este alto estrato se entiendan a sí mismas y a los demás de la misma manera, sino simplemente que las relaciones más comunes a su alrededor no invitan a un acercamiento más igualitario con quienes no comparten su posición socioeconómica. Esto es cierto entre la población aquí estudiada, pero creo que la aproximación puede servir también para analizar otros contextos de desigualdad, económica o de otros tipos, y para comprender cómo el cariño, e incluso la intimidad, pueden convivir con la asimetría de poder.

El otro lado de este enfoque sería pensar en los espacios o situaciones donde es posible convivir sin esa asimetría y encontrarse como pares. Como ya se ha dicho, estos espacios son pocos en el caso del grupo estudiado y, cuando existen, no necesariamente llevan a las amistades que se podría pensar: aunque existe una convivencia como iguales a la hora del partido de fútbol, ésta no se continua fuera de la cancha. Además, aun cuando sí se busca entablar estas amistades y relaciones entre estratos, las relaciones se enfrentan a retos particulares, uno de los cuáles son las reacciones de sus círculos sociales.

Parecería, entonces, que estos espacios no crean el tipo de convivencia igualitaria que se podría suponer. Sin embargo, sí son lugares para el encuentro y eso es una precondition para el desarrollo de los vínculos personales. Creo que los espacios en común ofrecen la mayor esperanza de establecer vínculos sustantivos, especialmente cuando son de larga duración, como la escuela. En este sentido, me encantaría profundizar sobre qué espacios y experiencias sí pueden llevar a las personas a establecer relaciones de pares que atraviesen los niveles socioeconómicos y que puedan, desde ahí, construir solidaridad para cambiar las condiciones que actualmente dificultan estas relaciones.

2. *Lo que constituye la intimidad*

Al principio de esta tesis, tomé una definición de relaciones igualitarias usada por Bottero (2007) que las entendía como aquellas en las que las personas están dispuestas a establecer niveles altos de intimidad, como lo son las amistades y las relaciones de pareja, y que también se pueden observar en las personas que uno invita al hogar o con quien se sienta a comer. Estos son indicadores de cercanía social porque implican abrir espacios personales a otras personas de manera frecuente y hacerlo bajo el ojo público.

Caracterizar las relaciones de otros es difícil, no solo porque las personas tienen distintas definiciones de amistad, sino también porque puede existir cercanía e intimidad en relaciones jerárquicas y asimétricas. La relación que las personas entrevistadas describieron tener con personas trabajadoras del hogar es un ejemplo de cómo la intimidad puede convivir con una gran distancia

social y, en primera instancia podría dificultar el categorizar las relaciones descritas por las personas, pues si alguien me dice que es amiga de quien emplea, ¿cómo habría que entenderlo?

En las mismas conversaciones salieron algunas respuestas a ello. El compartir la mesa con alguien e invitarlos a su hogar son elementos que, además de estar indicados en la literatura, surgieron naturalmente para ejemplificar el nivel de intimidad que se tenía con alguien. Las personas mencionaban tener una relación lo suficientemente cercana como para tomarse una cerveza con alguien o ir a comer a un restaurante, pero no para invitarle a su casa, por la incomodidad que eso podría representar.

Similarmente, la mesa apareció como un espacio en el cual se marcan los límites de las relaciones. En varias ocasiones, las personas describieron tener una buena relación con quienes trabajaban en sus casas para después aclarar que, sin embargo, no comían en la misma mesa o lo hacían solo de manera ceremoniosa. Curiosamente, estos últimos momentos se mencionaban para mostrar que sí existía cercanía, pues extendían este detalle a las trabajadoras de sus hogares de vez en cuando; sin embargo, más que una manera de romper los límites es una forma de reforzarlos pues marca que este tipo de convivencia no suele existir y no es el estado en el que funcionan las cosas cotidianamente. Es la excepción que ocurre para confirmar la regla.

Además, la mesa es también un símbolo de la educación compartida, pues los modales al comer fueron mencionados como un elemento de diferenciación con otros —por ejemplo, cuando Lucía mencionó que las diferencias sociales entre un chofer y una “señora” que se casara con él saldrían a relucir al momento de sentarse a la mesa—. Entonces, sentarse a comer a la misma mesa como un evento normal o cotidiano parece ser un marcador fuerte de entender al otro como igual.

Es muy relevante reparar sobre esto porque, así como el comer juntos, hubo otros ejemplos que las personas mencionaron para ejemplificar que ellas tenían buenas y cercanas relaciones con quienes no compartían su posición socioeconómica. Se mencionó el ser invitada a la boda de una trabajadora del hogar, aconsejarla, o ir por unos tacos con amistades de otros estratos. En lo abstracto, todos estos son actos que se realizan también dentro de lo que podríamos considerar una relación de pares, pero, en lo concreto, las mismas personas pueden identificar que no es igual a como se relacionan con quienes consideran sus amistades. Y esto, creo que apunta a algunos elementos adicionales que pueden servir para identificar la intimidad: la frecuencia de estos eventos, la naturalidad o excepcionalidad con la que ocurren, si la relación se reconoce públicamente, si no se limita deliberadamente a solo ciertos espacios o momentos.

Estas reflexiones me generan un interés por profundizar sobre las maneras en las que la intimidad convive con la distancia social. Esto es muy visible en la relación con trabajadoras del hogar, pero también ocurre en otras de las relaciones mencionadas y puede ser una manera de entender cómo se desdibujan las asimetrías de poder en los vínculos personales, pero también de entender cómo las personas aprenden a relacionarse desde las formas que sus contextos les proveen.

3. Imágenes de la desigualdad

Un tercer tema que surge de estos hallazgos es lo que Bottero (2005) llama “imágenes de la desigualdad”. La autora utiliza este término para referirse a las distintas concepciones que “clasifican, categorizan y califican a miembros de la sociedad, haciendo afirmaciones sobre similitud o diferencia, generando distinciones de valor social, y estableciendo nuestra propia posición social con respecto a otros” (p. 15). Estas imágenes se pueden dividir en tres modelos principales: los jerárquicos, que organizan a la sociedad en rangos o estratos; los dicotómicos, que dividen a la sociedad en dos partes, con una generalmente siendo la virtuosa, y la otra viciosa; y los triádicos, que dividen a la sociedad en la clase baja, media y alta, generalmente dando prioridad moral a la de en medio (Bottero, 2005, pp. 15–17).

Los modelos jerárquicos se caracterizan por ser una visión de la sociedad donde cada estrato cumple una función y, en su conjunto, contribuyen de manera armónica al buen funcionamiento de la sociedad. Si bien hubo varias ocasiones donde las personas que entrevisté expresaron que los niveles de desigualdad en el país son inaceptables —como cuando Eduardo dijo, “hay gente, pues riquísima, y gente que no tiene que comer, ¿no? Entonces es algo que dices, pues algo está mal, algo no está bien”— también se puede identificar una tendencia general a adoptar una visión jerárquica de la sociedad.

En su análisis sobre la desigualdad racial en Estados Unidos, Wilkerson (2020a, 2020b) describe a los sistemas de castas como aquellos basados en la creencia de que existen lugares asignados para distintas personas en los que éstas deben permanecer. Esta no fue una tesis para identificar si algo similar se podría decir sobre la desigualdad económica en México, pero creo que sí guarda algunas semejanzas. Algunas de las relaciones descritas en esta tesis, sobre todas las del primer capítulo, apuntan a una concepción del mundo basada en la idea de que cada quien tiene su lugar y que, dentro de él, uno puede decidir actuar con distintos niveles de moralidad o compasión, pero sin cuestionar la existencia de estas distintas posiciones. A pesar de la prevalencia de discursos modernos de mérito e

igualdad, hay varios aspectos de las conversaciones antes citadas donde se asoma una visión aristocrática del orden social.

Esto no significa que las personas siempre piensen así, pues los individuos albergamos maneras distintas y contradictorias de entender la realidad social y la misma persona puede usar distintas imágenes de desigualdad para explicarse su entorno. Hay momentos o escenarios particulares donde es más fácil reflexionar sobre la injusticia e imaginar sociedades distintas; sin embargo, importa reconocer que la imagen jerárquica sí surge y es parte de cómo se normalizan las diferencias causadas por la desigualdad económica y, por tanto, la misma desigualdad.

Hay varias preguntas relacionadas a este tema que me parecería interesante abordar en un futuro. Primero, explorar qué espacios y experiencias pueden ayudar a propiciar reflexiones más sostenidas sobre la injusticia de la desigualdad económica de tal manera que lleven a un cambio de percepción más sostenido. Segundo, profundizar sobre cómo y cuándo esta manera jerárquica de entender la sociedad se refleja en las actividades de beneficencia que realizan las élites del país y analizar los modos en lo que eso afianza esa asimetría.

Investigaciones futuras

En los párrafos anteriores, ya apunté algunos temas sobre los que me parecería útil e interesante profundizar en investigaciones futuras, por lo que a continuación solo menciono un par más. Me gustaría entrevistar a personas de estratos bajos y medios para poder pintar un panorama mucho más complejo y entrelazado de cómo las diferencias económicas atraviesan las relaciones personales desde el punto de vista de personas posicionadas en lugares muy distintos en la distribución de ingresos. Para ello, sería interesante repetir este ejercicio con otros grupos, pero también buscar pares —por ejemplo, empleadoras y empleadas domésticas, parejas entre estratos, dueños de empresas y empleados, amistades de jóvenes universitarios o compañeros del fútbol— y entender cómo cada parte entiende su relación y las posibilidades de intimidad en ella y cómo experimentan vivir esa relación en distintos contextos sociales. Esto complementaría la actual investigación y ayudaría a pintar un panorama mucho más completo sobre cómo las diferencias económicas atraviesan las relaciones personales.

En especial, me llamaría la atención platicar con parejas de individuos que provienen de distinta clase social, tanto con aquellas que han perdurado como con aquellas que no, para entender mejor cuáles son las limitaciones percibidas y dificultades experimentadas en estas relaciones y qué dinámicas, prácticas o perspectivas en común permiten sobrellevarlas. Por ser una relación que,

característicamente, presupone mucha intimidad, creo que nos podría ayudar a entender qué elementos son necesarios para entablar y sostener la intimidad y, después, vincular estos hallazgos a el tipo de espacios que pueden propiciarlo.

Además de ello, creo que sería interesante profundizar sobre cómo las personas distinguen también entre quienes comparten su posición económica. En esta tesis se apuntó a la moralidad como eje de diferenciación, pero sería interesante profundizar sobre los contenidos de esta categoría y entender qué otros ejes se utilizan para distinguir entre personas que comparten la misma posición económica. En general, esto podría dar elementos para entender la manera en la que lo económico se conjuga con otros elementos en el proceso de construir similitud y diferencia entre individuos.

[Reflexiones sobre la perspectiva analítica y metodología utilizadas](#)

En esta sección, me gustaría reflexionar brevemente sobre el ejercicio de la tesis en sí. Primero, comparto algunos pensamientos sobre la utilidad de las categorías utilizadas para guiar el análisis y sobre lo que podría complementarlas en una investigación futura y, después, reflexiono sobre algunos elementos que, en retrospectiva, habría sido útil abordar de manera distinta.

La distancia social y los procesos culturales me parecieron conceptos muy adecuados para abordar las preguntas de esta tesis: el primero me permitió clarificar en todo momento que mi interés se encontraba en identificar y caracterizar los niveles de intimidad e igualdad en las relaciones y el segundo me dio un marco para encuadrar las distintas maneras de entender estas relaciones, según las personas entrevistadas. Ahora bien, creo que un mayor conocimiento de los distintos procesos culturales que existen y de su abordaje desde la psicología podrían nutrir mucho esta investigación.

En la psicología, se habla de la racionalización, moralización y compartimentalización como mecanismos de defensa que algunas personas utilizan, entre otras cosas, para mantener una imagen moral y positiva de sí mismas (McWilliams, 2011). La moralización, por ejemplo, se evidencia cuando alguna empleadora explica que ella brinda educación y consejos a quien emplea en su hogar, o cuando alguien dice que la barrera de convivencia se pone para ‘no hacer sentir mal’ al otro. La compartimentalización —el separar ideas contradictorias para evitar ver su contradicción— es también otro proceso que podría ayudar a comprender cómo las personas albergan maneras incompatibles de comprender su entorno, a veces más críticas de, y a veces más complacientes con, él.

James Baldwin, hablando sobre el racismo en Estados Unidos, escribió "yo imagino que una de las razones por las cuales las personas se aferran a sus odios tan obstinadamente es porque se dan

cuenta que, una vez que el odio se vaya, se verán obligados a enfrentar el dolor" (1998, p. 75). Aunque aquí no se ha hablado de odio, creo que muchas veces las racionalizaciones de la distancia social se utilizan para bloquear el dolor que implicaría ver estas circunstancias y el papel de uno en reproducirlas, por lo que sería interesante estudiar estos temas con apoyo de la perspectiva psicológica.

Adicionalmente, la literatura sobre las emociones es un campo que, aunque mencioné, no logré incorporar plenamente a la metodología y análisis de esta tesis y que, considero, podría aportar mucho para entender cómo se viven estas relaciones y cómo la infancia también socializa esa incomodidad o distancia emocional que, después, se entienden como emociones naturales e inalterables.

En cuanto a la metodología, considero que me habría gustado recolectar más información demográfica de la población estudiada, aunque eso fácilmente se podría haber convertido en investigaciones adicionales más allá del alcance de una tesis de maestría.

Me habría gustado recolectar más detalles sobre las fuentes de ingresos de las personas entrevistadas y sobre sus niveles de riqueza, elemento que no incluí en el cuestionario. Además, me habría gustado recolectar más información sobre qué ocurrió con el sustento económico de las personas separadas cuyas exparejas habían sido los principales proveedores de la relación, esto podría haber proporcionado más detalles sobre si la posición social de las personas se modifica, o no, a partir de cambios en su condición marital y cuáles son las decisiones que llevan a ello. También habría servido para elucidar los elementos no económicos que ayudan a mantener la posición social, como pueden ser las relaciones y círculos sociales, o cierto lenguaje y comportamiento aprendido; esto es, quizás, lo que le permitió a algunas personas reportar que seguían conviviendo con amistades que hoy no compartían su nivel socioeconómico, pero que lo habían hecho en algún momento.

Además, me habría gustado recolectar de manera esquemática información sobre las condiciones laborales de las personas trabajadoras del hogar: si tenían o no horarios definidos y cuáles eran estos, si contaban o no con seguridad social, las condiciones de sus dormitorios para aquellas que trabajaban en modalidad de planta, y sus días de descanso o vacaciones, entre otros. Esto me hubiera permitido hacer una comparación entre las condiciones de las personas empleadas por el sector estudiado con las del resto del sector, así como complementar sus narrativas sobre estas relaciones con las condiciones reales de trabajo.

A pesar de estas limitaciones, considero que el no haber recolectado esta información tampoco impidió que se realizara adecuadamente el análisis y que, más bien, sirve para señalar investigaciones complementarias que pudieran tener estos temas como enfoque principal.

“Los seres humanos necesitan de la ciencia,
pero ésta nunca les hace justicia”

(Vaillant, 1998, p. 11)

Aprovecho también este espacio para anotar algunos aspectos de esta tesis que siento que quizás no atendí con la complejidad merecida. El proceso de escritura de esta tesis me ha hecho consciente de lo difícil que es capturar la realidad social en un texto. Es un reto encontrar patrones y al mismo tiempo respetar la complejidad de las personas en lo que piensan y hacen en sus vidas. En este texto, intenté capturar la diversidad de experiencias y pensamientos que las personas me compartieron y transmitir que, si bien la desigualdad económica de México crea condiciones que dificultan el relacionarse como iguales entre estratos sociales, estas condiciones no son barreras fuertes ni inamovibles, sino algo mucho más amorfo, que sirve para seguir marcando diferencias, pero que no se puede marcar tajantemente.

A lo largo de la tesis he intentado mostrar que estas barreras no son estáticas ni de hierro y que la élite no es un grupo demarcado claramente y que sus relaciones tampoco tienen un cierto ingreso en el cual dejan de existir. Evidentemente, la realidad es mucho más desordenada, en mi misma selección de interlocutores hubo quienes estudiaron en una universidad pública y quienes sí han tenido relaciones de pareja con personas de otros estratos. Por lo que no busco decir que lo que aquí escribo es *la* realidad social o *la* manera en la que se entiende o vive la clase para todos los individuos de este sector. Solo quise mostrar algunos aspectos que me compartieron mis entrevistados y que me parecieron importantes para entender el efecto de la desigualdad económica sobre las relaciones. Esto no significa que son los únicos, ni que lo que aquí se dice sobre ellos sea todo lo que se puede decir.

La experiencia cotidiana tiene muchos matices más de los que es posible capturar en un ejercicio cuyo objetivo es sistematizar y organizar. Aun así, espero que, dentro de lo posible, haya logrado comunicar algunos de ellos. A veces, la complejidad y el desorden de la realidad quedaron fuera de estas páginas, pero con la esperanza de que lo que aquí se presenta sea utilizado para entenderla. No para organizarla toda, pero para entender momentos particulares, reinterpretar algunas relaciones, y cuestionar lo que hay detrás de ciertas expresiones.

Reflexión personal

Esta tesis fue un intento por organizar y entender algunas experiencias de mi vida a partir de un lente sociológico. Me quedo corta de poder representar en estas páginas las conversaciones que tuve y las distintas emociones y reflexiones que estos temas me generan, pero espero que lo que sí plasmé en estas páginas invite a mirar nuestras relaciones con más atención a las influencias de la clase. Las páginas anteriores muestran el grado al cual nuestras amistades pueden estar seleccionadas por el dinero, y la influencia que tiene éste en definir cuáles son nuestras afinidades, emociones y formas de pensar. Me gustaría que este texto invite a problematizar las explicaciones que damos para no entablar relaciones con quienes no comparten nuestra posición social y a cuestionarnos las relaciones jerárquicas de nuestro alrededor. Creo que hacerlo es una pieza necesaria para deslegitimar la desigualdad económica actual. Espero haber argumentado de manera convincente que las consecuencias relaciones de la desigualdad, sumadas a todos los efectos más tangibles de ella, son un costo demasiado alto para nuestra humanidad.

Bibliografía

- Adler Lomnitz, L., and Pérez Lizaaur, M. (1993). *Una familia de la élite mexicana, 1820-1980: parentesco, clase y cultura*. Alianza Editorial.
- Anderson, E. S. (1999). What Is the Point of Equality? *Ethics*, 109(2), 287–337.
- Ariza, M., and Solís, P. (2005). Dinámica de la desigualdad social y la segregación espacial en tres áreas metropolitanas de México. *XXV Conferencia Internacional de Población de La USSP, Tours, Francia*, 1–32. http://demoscope.ru/weekly/knigi/tours_2005/papers/iussp2005s52186.pdf
- Arneson, R. (2013). Egalitarianism. In *The Stanford Encyclopedia of Philosophy*.
<https://plato.stanford.edu/archives/sum2013/entries/egalitarianism/>
- Arteta, I. (2021, February). Pese a pandemia y a ser voluntaria, afiliación de trabajadoras del hogar al IMSS subió. *Animal Político*. <https://www.animalpolitico.com/2021/02/afiliacion-trabajadoras-del-hogar-imss-pandemia/>
- Baldwin, J. (1998). Notes of a Native Son. In T. Morrison (Ed.), *James Baldwin: Collected Essays* (pp. 63–84). The Library of America.
- Barry, B. (1998). *Social Exclusion, Social Isolation and the Distribution of Income* (No. 12; CASE Paper).
<https://sticerd.lse.ac.uk/dps/case/cp/Paper12.pdf>
- Bayón, M. C. (2012). El ‘lugar’ de los pobres: espacio, representaciones sociales y estigmas en la ciudad de México. *Revista Mexicana de Sociología*, 74(1), 133–166.
- Bayón, M. C., and Saraví, G. A. (2013). The cultural dimensions of urban fragmentation: Segregation, sociability, and inequality in Mexico City. *Latin American Perspectives*, 40(2), 35–52.
<https://doi.org/10.1177/0094582X12468865>
- Becker, H. (1996). The epistemology of Qualitative Research. *Ethnography and Human Development: Context and Meaning in Social Inquiry*, 53–70.
- Bettie, J. (2014). *Women without Class: Girls, Race, and Identity*. University of California Press.
- Bonilla-Silva, E. (2019). Feeling Race: Theorizing the Racial Economy of Emotions. *American Sociological Review*, 84(1), 1–25. <https://doi.org/10.1177/0003122418816958>
- Bottero, W. (2005). *Stratification: Social division and inequality*. Routledge.
- Bottero, W. (2007). Social Inequality and Interaction. *Sociology Compass*, 1(2), 814–831.
<https://doi.org/10.1111/j.1751-9020.2007.00030.x>
- Bottero, W., and Prandy, K. (2003). Social interaction distance and stratification. *British Journal of Sociology*, 54(2), 177–197. <https://doi.org/10.1080/0007131032000080195>
- Bryson, B. (1996). “Anything but heavy metal”: Symbolic exclusion and musical dislikes. *American*

- Sociological Review*, 61(5), 884–899. <https://doi.org/10.2307/2096459>
- Calarco, J. M. (2011). “I Need Help!” Social Class and Children’s Help-Seeking in Elementary School. *American Sociological Review*, 76(6), 862–882.
- Cammett, A. (2014). Deadbeat Dads & Welfare Queens: How Metaphor Shapes Poverty Law. *Boston College Journal of Law & Social Justice*, 34(2).
- Campos Vázquez, R. M., Chávez Jiménez, E. S., and Esquivel Hernández, G. (2014). Los ingresos altos, la tributación óptima y la recuadación posible. *Centro de Estudios de Las Finanzas Públicas*, 6(18), 24–62.
- Campos Vázquez, R. M., Krozer, A., Ramírez-Álvarez, A. A., de la Torre, R., and Velez-Grajales, R. (2020). *Perceptions of Inequality and Social Mobility in Mexico* (No. 124; Reserch Papers).
- Consejo Nacional para Prevenir la Discriminación. (2014). *Condiciones laborales de las trabajadoras domésticas: Estudio cuantitativo con trabajadoras domésticas y empleadoras*.
- Consejo para Prevenir y Eliminar la Discriminación en la Ciudad de México. (2021). *Informe sobre la situación de los derechos de las personas trabajadoras del hogar en la Ciudad de México*.
- Cortés, F., and Vargas, D. (2017). La evolución de la desigualdad en México: viejos y nuevos resultados. *Revista de Economía Mexicana*, 2, 39–96.
- DaMatta, R. (1997). Você sabe com quem está falando? In *Carnavais, malandros e heróis: para uma sociologia do dilema brasileiro*. Rocco.
- De Swaan, A., Manor, J., Øyen, E., and Reis, E. P. (2000). Elite Perceptions of the Poor: Reflections for a Comparative Research Project. *Current Sociology*, 48(1), 43–54.
- del Castillo Negrete, M. (2015). *La magnitud de la desigualdad en el ingreso y la riqueza en México: Una propuesta de cálculo*.
- Elias, N., and Scotson, J. L. (2016). *Establecidos y marginados. Una investigación sociológica sobre problemas comunitarios*. Fondo de Cultura Económica.
- Esquivel Hernández, G. (2015). *Desigualdad Extrema en México: Concentración del poder económico y político*.
- Fourie, C., Schuppert, F., and Wallimann-Helmer, I. (2015). The Nature and Distinctiveness of Social Equality: An Introduction. In C. Fourie, F. Schuppert, & I. Wallimann-Helmer (Eds.), *Social Equality: On What It Means to Be Equals* (pp. 1–17). Oxford University Press.
- García Coudurier, L. (2018, December). Hacer visible lo invisible. *El País*.
https://elpais.com/internacional/2018/12/06/mexico/1544055878_774932.html
- Gobo, G. (2007). Sampling, Representativeness and Generalizability. In C. Seale, G. Gobo, J. F. Gubrium, & D. Silverman (Eds.), *Qualitative Research Practice* (Concise Pa, pp. 405–427). SAGE

Publications.

- Greenberg Raanan, M., and Shoval, N. (2013). Mentals maps compared to actual spatial behavior using GPS data: A new method for investigating segregation in cities. *Cities*, 36, 28–40.
- Honneth, A., and Farrel, J. (1997). Recognition and Moral Obligation. *Social Research*, 64(1), 16–35.
- Howard, A. (2010). Elite visions: Privileged perceptions of self and others. *Teachers College Record*, 112(8), 1971–1992.
- Instituto Mexicano del Seguro Social. (2021). *Informe de resultados de la Prueba piloto para la incorporación de personas trabajadoras del hogar al régimen obligatorio del Seguro Social*.
- Instituto Nacional de Estadística y Geografía. (2017). *Encuesta Nacional sobre Discriminación (ENADIS)*.
- Instituto Nacional de Estadística y Geografía. (2020a). *Encuesta Nacional de Ocupación y Empleo, 1er trimestre*.
- Instituto Nacional de Estadística y Geografía. (2020b). *Estadísticas a Propósito del Día Internacional del Trabajo Doméstico (22 de julio)* (p. 2).
- Instituto Nacional de Estadística y Geografía. (2021). *Encuesta Nacional de Ocupación y Empleo, 1er trimestre*.
- Jaramillo Molina, M. E. (2019a). *YO (no) merezco abundancia: Percepciones y legitimidad de política social, pobreza y desigualdad en la Ciudad de México*. El Colegio de México.
- Jaramillo Molina, M. E. (2019b, June). “Acostumbrados a vivir del Estado”: mitos en la construcción social del (in)merecimiento de programas sociales. *Nexos*.
<https://economia.nexos.com.mx/acostumbrados-a-vivir-del-estado-mitos-en-la-construccion-social-del-inmerecimiento-de-programas-sociales/>
- Khan, S. (2011). *Privilege: The Making of an Adolescent Elite at St. Paul's School*. Princeton University Press.
- Khan, S. (2012a). The sociology of elites. *Annual Review of Sociology*, 38, 361–377.
<https://doi.org/10.1146/annurev-soc-071811-145542>
- Khan, S. (2012b). The Sociology of Elites. *Annual Review of Sociology*, 38, 361–377.
<https://doi.org/10.1146/annurev-soc-071811-145542>
- Khan, S., and Jerolmack, C. (2013). Saying Meritocracy and Doing Privilege. *Sociological Quarterly*, 54(1), 9–19. <https://doi.org/10.1111/tsq.12008>
- King, G., Keohane, R. O., and Verba, S. (1994). *Designing Social Inquiry*. Princeton University Press.
- Krozer, A. (2019a). Élités y racismo: el privilegio de ser blanco (en México), o cómo un rico

- reconoce a otro rico. *Nexos*. <https://economia.nexos.com.mx/elites-y-racismo-el-privilegio-de-ser-blanco-en-mexico-o-como-un-rico-reconoce-a-otro-rico/>
- Krozer, A. (2019b, August). La mentira de la meritocracia: para ser rico hay que nacer rico. *Nexos*. <https://economia.nexos.com.mx/la-mentira-de-la-meritocracia-para-ser-rico-hay-que-nacer-rico/>
- Lamont, M. (1992). *Money, Morals, and Manners: The Culture of the French and the American Upper-middle Class*. University of Chicago Press.
- Lamont, M. (2002). *The Dignity of Working Men: Morality and the Boundaries of Race, Class, and Immigration*. Harvard University Press.
- Lamont, M. (2003). Who counts as “them”? racism and virtue in the united states and france. *Contexts*, 2(4), 36–41.
- Lamont, M., Beljean, S., and Clair, M. (2014). What is missing? Cultural processes and causal pathways to inequality. *Socio-Economic Review*, 12(3), 573–608. <https://doi.org/10.1093/ser/mwu011>
- Lamont, M., and Molnár, V. (2002). The Study of Boundaries in the Social Sciences. *Annual Review of Sociology*, 28, 167–195.
- Lamont, M., and Swidler, A. (2014). Methodological Pluralism and the Possibilities and Limits of Interviewing. *Qualitative Sociology*, 37(2), 153–171. <https://doi.org/10.1007/s11133-014-9274-z>
- Lareau, A. (2011). *Unequal Childhoods: Class, Race, and Family Life* (2nd ed.). University of California Press.
- Lareau, A., and Cox, A. (2011). *Social Class and the Transition to Adulthood* (pp. 134–164).
- Lareau, A., and Weininger, E. B. (2003). Cultural capital in educational research: A critical assessment. *Theory and Society*, 32, 567–606. https://doi.org/10.1007/1-4020-2589-0_6
- McCarthy, E. D. (1989). Emotions Are Social Things: An Essay In The Sociology of Emotions. In D. D. Franks & E. D. McCarthy (Eds.), *The Sociology of Emotions: Original Essays and Research Papers* (pp. 51–72). JAI Press.
- McWilliams, N. (2011). *Psychoanalytic Diagnosis: Understanding Personality Structure in the Clinical Process* (2nd ed.). The Guilford Press.
- Mora Salas, M., and de Oliveira, O. (2012). Las vicisitudes de la inclusión laboral en los albores del siglo XXI: trayectorias ocupacionales y desigualdades sociales entre jóvenes profesionistas mexicanos. *Estudios Sociológicos*, XXX(88), 3–43.
- OXFAM México, and Data-Pop Alliance. (2020). *Mundos Paralelos: Big data y desigualdad en la Ciudad de*

- México. https://www.oxfamMexico.org/sites/default/files/Oxfam_Big Data Y Desigualdad CDMX V04.pdf
- Payne, G., and Williams, M. (2005). Generalization in qualitative research. *Sociology*, 39(2), 295–314. <https://doi.org/10.1177/0038038505050540>
- Peterson, R. A., and Kern, R. M. (1996). Changing highbrow taste: From snob to omnivore. *American Sociological Review*, 61(5), 900–907. <https://doi.org/10.2307/2096460>
- Pugh, A. J. (2013). What good are interviews for thinking about culture? Demystifying interpretive analysis. *American Journal of Cultural Sociology*, 1(1), 42–68. <https://doi.org/10.1057/ajcs.2012.4>
- Pugh, A. J. (2014). The divining rod of talk: Emotions, contradictions and the limits of research. *American Journal of Cultural Sociology*, 2(1), 159–163. <https://doi.org/10.1057/ajcs.2013.15>
- Ramos-Zayas, A. Y. (2020). Affective Inequalities: Childcare Workers and Elite Consumptions of Blackness. In *Parenting Empires: Class, Whiteness and the Moral Economy of Privilege in Latin America*. Duke University Press.
- Rapley, T. (2007). Qualitative Research Practice. In C. Seale, G. Gobo, J. F. Gubrium, & D. Silverman (Eds.), *Qualitative Research Practice* (pp. 15–34). SAGE Publications.
- Reay, D. (2005). Beyond consciousness? The psychic landscape of social class. *Sociology*, 39(5), 911–928. <https://doi.org/10.1177/0038038505058372>
- Reis, E. P. (2000). Percepções da elite sobre pobreza e desigualdade. *Revista Brasileira de Ciências Sociais*, 15(42), 143–152. <https://doi.org/10.1590/s0102-69092000000100010>
- Reis, E. P. (2004). A desigualdade na visão das elites e do povo brasileiro. In C. Scalón (Ed.), *Imagens da Desigualdade*. Editora UFMG.
- Ridgeway, C. L. (2014). Why Status Matters for Inequality. *American Sociological Review*, 79(1), 1–16. <https://doi.org/10.1177/0003122413515997>
- Sabatini, F. (2003). La segregación social del espacio en las ciudades de América Latina. *Cuadernos de Instituto de Estudios Urbanos, Universidad Católica de Chile, Serie Azul*, 35, 59–70. <http://www.iadb.org/uy/sds/doc/SOCSabatiniSegregacion.pdf>
- Saraví, G. A. (2008). Mundos aislados: Segregación urbana y desigualdad en la ciudad de México. *Revista Eure*, 34(103), 93–110. <https://doi.org/10.4067/s0250-71612008000300005>
- Saraví, G. A. (2015). *Juventudes fragmentadas: socialización, clase y cultura en la construcción de la desigualdad*. Flaco México, CIESAS.
- Sayer, A. (2002). What are you Worth?: Why Class is an Embarrassing Subject. *Sociological Research Online*, 7(3), 19–35. <https://doi.org/10.5153/sro.738>

- Sayer, A. (2005). Class, moral worth and recognition. *Sociology*, 39(5), 947–963.
<https://doi.org/10.1177/0038038505058376>
- Schapiro, T. (1999). What is a Child? *Ethics*, 109(4), 715–738.
- Scheffler, S. (2015). The Practice of Equality. In C. Fourie, F. Schuppert, & I. Wallimann-Helmer (Eds.), *Social Equality: On What It Means to Be Equals* (pp. 21–44). Oxford University Press.
- Schemmel, C. (2011). Why Relational Egalitarians Should Care About Distributions. *Social Theory and Practice*, 37(3), 365–390.
- Sherman, R. (2017). *Uneasy Street: The Anxieties of Affluence*. Princeton University Press.
- Sherwood, J. H. (2010). *Wealth, Whiteness and the Matrix of Privilege: The View from the Country Club*. Lexington Books.
- Silva-Herzog Márquez, J. (2018, December). Roma. *Reforma*. <https://www.andaryver.mx/sin-categoria/roma/>
- Small, M. L. (2009). “How many cases do I need?”: On science and the logic of case selection in field-based research. *Ethnography*, 10(1), 5–38. <https://doi.org/10.1177/1466138108099586>
- Stuber, J. M. (2006). Talk of Class: The Discursive Repertoires of White Working- and Upper-Middle-Class College Students. *Journal of Contemporary Ethnography*, 35(3), 285–318.
- Vaillant, G. E. (1998). *Adaptation to Life*. Harvard University Press.
- Valentine, G. (2008). Living with difference: reflections on geographies of encounter. *Progress in Human Geography*, 32(3), 323–337.
- Vance, J. D. (2016). *Hillbilly Elegy: A Memoir of a Family and Culture in Crisis*. HarperCollins Publishers.
- Vélez-Grajales, R., and Monroy-Gómez-Franco, L. Á. (2017). Movilidad social en México: hallazgos y pendientes. *Revista de Economía Mexicana*, 2, 97–142.
<http://www.economia.unam.mx/assets/pdfs/econmex/02/03VelezMonroy.pdf>
- Weininger, E. B., and Lareau, A. (2003). Translating Bourdieu into the American context: The question of social class and family-school relations. *Poetics*, 31(5–6), 375–402.
[https://doi.org/10.1016/S0304-422X\(03\)00034-2](https://doi.org/10.1016/S0304-422X(03)00034-2)
- Wilkerson, I. (2020a). *Caste: The Origins of Our Discontents*. Random House.
- Wilkerson, I. (2020b, July). America’s Enduring Caste System. *The New York Times*.
<https://www.nytimes.com/2020/07/01/magazine/isabel-wilkerson-caste.html>
- Wilkins, A. C., and Pace, J. A. (2014). *Class, Race, and Emotions. II*, 385–409.
https://doi.org/10.1007/978-94-017-9130-4_18
- Williams, M. (2000). Interpretivism and generalisation. *Sociology*, 34(2), 209–224.

<https://doi.org/10.1177/s0038038500000146>

Young Kim, J. (2016). Racial Emotions and the Feeling of Equality. *University of Colorado Law Review*, 87, 438–500.

Anexo 1

Introducción

Platicar un poco sobre mi interés general y, antes de comenzar, pedirle a la persona entrevistada que me comparta un poco sobre ella, su historia laboral, educativa, familiar, y el tipo de actividades que le gusta realizar, los intereses que tiene.

Relaciones personales

En esta sección, pretendo preguntar sobre las relaciones que tienen o no con personas de distinto estrato económico.

¿Tienes relaciones personales con personas de estratos socioeconómicos distintos al tuyo? Pueden ser cotidianas, esporádicas o distantes... (Por ejemplo, cuando yo...)

¿Me puedes platicar un poco sobre alguna de ellas? ¿Cómo son?

¿Crees que estas relaciones se dificultan por tener distinto origen social o en realidad no? O, ¿cuáles sí y cuáles no? ¿Por qué crees que eso ocurre? (Indagar sobre cómo surgió la relación, cómo o si se desarrolló, el nivel de intimidad y, en caso de que no haya profundizado, las razones por las cuales esto pasó).

Conciencia de posición social

En esta sección, se busca profundizar sobre la anterior y abondar en aspectos que aún no han sido abordados.

¿Ha habido alguna situación en la que te hayas sentido muy consciente de tu posición social y de que ésta es diferente a la de otros? Puede haber sido una interacción, un comentario de parte de alguien que te dejó pensando, una plática, una película, lo que sea que te haya dejado pensando sobre este tema... ¿Me puedes platicar sobre ella? ¿Qué te hizo consciente de/resaltó esas diferencias? ¿En qué te quedaste pensando esa vez? ¿Cómo resolviste las dudas que esto generó?

¿Has tenido la experiencia de una situación en la que estés incómoda, con culpa, vergüenza, ganas de ocultar tu posición socioeconómica? ¿Qué sentiste? ¿Cómo la resolviste?

¿Alguna vez tus hijos te han preguntado sobre diferencias económicas? ¿Cómo respondes ante este tipo de preguntas?

Relación con personas trabajadoras del hogar

Una relación donde la diferencia de orígenes es muy clara y que vivimos a diario es la que existe con personas trabajadoras del hogar. ¿Me puedes platicar cómo es esa relación en tu casa? ¿Ha sido distinta con otras empleadas?

¿Así era en la casa que creciste? ¿A ti cómo te enseñaron a tratar esa relación y qué has continuado y cambiado de esos aprendizajes? Y tú, ¿cómo le has enseñado a tus hijos e hijas a ser en esta relación?

Para ti, ¿qué es importante fomentar en esa relación (en términos de trato, derechos, lo que sea)?

Y, ¿sientes que las demás personas lo ven como tú o hay mucha diferencia en lo que tú haces y lo que hace otra gente a tu alrededor? ¿Qué comportamiento crees que predomina? ¿Por qué crees que los otros actúan así?

¿Qué es para ti ser una buena empleadora/un buen empleador? (Por ejemplo, cómo respondieron ante el COVID...).

Y, ¿qué implica ser una buena empleada? ¿Cuál es el tipo de empleada/o que, según tú, es más frecuente?

Oye y, ¿hay ciertas reglas para la gente que trabaja en tu casa o fraccionamiento? ¿Cómo entiendes esas reglas?

Responsabilidad social

Has recibido más educación y oportunidades que la gran mayoría de los mexicanos. En general, si o cuando piensas sobre esto, ¿cómo te sientes cuando piensas en estas diferencias?

¿Qué características o tipo de actitud tiene una persona que, según tú, vive bien su posición social? ¿Me podrías dar un ejemplo de alguien que la vive bien y alguien que la vive mal?

En tu opinión, ¿tener esta posición social implica responsabilidad hacia otras personas? ¿De qué manera?

Marcadores de diferencia

¿Tu identificas algunas maneras en las que se trazan estas diferencias en la vida cotidiana? Yo, por ejemplo, he notado que a veces se muestran en a quién decidimos saludar de beso y a quién de mano, a quién hablamos de usted y a quién de tu, cuando hay puertas de servicio quién las utiliza...

Me gustaría mencionarte algunas frases que a veces escuchamos y que pocas veces explicamos y preguntarte qué significan o cómo las entiendes tú. ¿A qué crees que la gente se refiere cuando las usa?

- no seas un igualado
- alguien es o no “gente como uno”
- es una persona de buena familia
- ¿sabes con quién estás hablando?

Conclusión

- Antes de cerrar, me gustaría preguntarte más directamente qué opinas sobre el tema que estoy investigando. En el fondo, lo que me interesa es entender de qué manera el estrato en el que nos desenvolvemos nos facilita relaciones con algunas personas y nos limita otras y cómo eso puede afectar nuestra capacidad de ver y tratar a otras personas como iguales, simplemente por el estrato en el que crecimos o vivimos. ¿Tú qué opinas de este tema? ¿Crees que es relevante? ¿Crees que sea así?
- Esas son mis preguntas, ¿tú tienes algo más que quisieras agregar que a lo mejor yo no mencioné?

Despedida: Dar las gracias y pedir referencia para entrevista posterior.

Notas para mi

- Estar muy atenta a situaciones en las que las personas expresan diferencia e indagar sobre esas expresiones (¿A qué te refieres cuando dices “gente como uno”; cómo estableces quién cabe en esa categoría? ¿A qué te refieres con que “es como de la familia”?).
- Pedir que ejemplifiquen afirmaciones muy amplias.
- Estar atenta a momentos de incomodidad en la conversación, incluso puedo decir “Te noté incómoda/o ahorita que me platicabas sobre X, ¿por qué te sientes así?”.
- Hacer preguntas neutras; dejar que las personas que entreviste elijan el adjetivo que quieran darle a la respuesta.
- Ahondar sobre los sentimientos de las personas: ¿cómo te sientes sobre esto que me estás platicando?

Anexo 2

¡Hola!

Primero que nada, quiero agradecerte por haberte tomado el tiempo de platicar conmigo. Nuestra conversación me es súper útil para mi trabajo de maestría y agradezco mucho la confianza y espacio que me diste para hablar de estos temas.

En segundo lugar, te quiero pedir un poco de información adicional que me servirá mucho para poder realizar mi tesis de la mejor manera. Por un lado, quisiera pedirte alguna información que me ayudará a describir con mayor detalle a la población que entrevisté, de tal manera que las profesoras y profesores que lean mi tesis puedan saber más sobre el trabajo que hice. Por otro lado, quisiera dar un espacio para que me puedas compartir cualquier reflexión adicional sobre lo que platicamos.

De nuevo, agradezco muchísimo tu apertura, confianza y tiempo para mi trabajo.

Cuestionario sociodemográfico

Estas preguntas me servirán para poder describir al grupo de personas que entrevisté, alguna de esta información ya me la compartiste durante la entrevista, pero la pregunto a través de este documento porque me servirá mucho tenerla reunida de manera esquemática.

Obviamente, la información que compartas no será compartida con nadie y solo será utilizada de manera agregada. Es decir, no diré “Sofía es una mujer casada, sin hijos, de 30 años y con un ingreso mensual de \$100,000 pesos. Ella y su esposo emplean a una empleada doméstica de planta a quien le pagan \$7,000 pesos mensualmente”, sino que simplemente hablaré de forma general sobre la población entrevistada. Por ejemplo, diría “Las personas con las que platiqué tienen entre 40 y 60 años, dos tercios están casadas o casados, el resto están separadas; todas las personas tienen hijos. La mayoría de las personas que entrevisté estudiaron una carrera, trabajan y ganan más de \$100,000 pesos mensuales. La mitad contrata empleadas domésticas de entrada por salida, la otra mitad contrata a trabajadoras en modalidad de planta y dos personas entrevistadas no contratan a nadie...”

Esto es solo un ejemplo inventando, pero lo que quiero aclarar con él es que tu información particular no será compartida con nadie y, además, solo será utilizada de manera agregada. De hecho, por eso no es necesario poner tu nombre en ninguna parte del cuestionario. De todos modos, cualquier duda que tengas sobre cómo será utilizada la información, me puedes escribir o llamar sin ningún problema.

Edad:	Estado civil:
Género:	Número de hijos e hijas:
¿Estudiaste una carrera?	Sí / No
¿Cuál? (Incluir también maestría y/o doctorado, si aplica)	
¿En qué escuelas o universidades han estudiado tus hijos?	

¿En qué colonia vives?	
¿Vives dentro de un condominio o fraccionamiento cerrado?	Sí / No
Si vives dentro de un conjunto cerrado, ¿éste tiene entradas separadas para los residentes y para el personal de servicio?	Sí / No / No aplica
¿Vives en un departamento o en una casa?	Departamento / Casa / Otro:
¿Es rentado/a o propio/a?	Rentado / Propio / Otro:
¿Existe en tu casa o departamento una entrada de servicio?	Sí / No
Si has tenido una carrera laboral, ¿en qué ámbito(s) ha sido? <i>Puedes mencionar algunas empresas o industrias en las que has trabajado.</i>	
¿Actualmente trabajas de manera remunerada?	Sí / No
¿En qué?	
<u>Aproximadamente</u> cuáles son tus ingresos anuales totales mensualizados, antes de impuestos (es decir, lo que ganas anualmente, considerando tu salario más cualquier bono y aguinaldo, dividido por los meses del año y sin contar los impuestos que pagas): Menos de \$150,000 pesos mensuales Más de \$150,000 y menos de \$350,000 pesos mensuales \$350,000 pesos mensuales o más	
<i>*Solo si aplica*</i> ¿Tu pareja trabaja de manera remunerada?	Sí / No
¿En qué?	
<u>Aproximadamente</u> cuáles son sus ingresos anuales totales mensualizados, antes de impuestos: Menos de \$150,000 pesos mensuales Más de \$150,000 y menos de \$350,000 pesos mensuales \$350,000 pesos mensuales o más	
A continuación, se enlistan algunos trabajos comúnmente contratados en el hogar. Completa la información sobre aquellos que tu empleas en tu hogar:	

Trabajo	¿Lo empleas o no?	¿A cuántas personas?	¿En qué modalidad?	Aproximadamente, ¿cuál es su salario mensual?
Empleada doméstica			Entrada por salida / De planta	
Chofer				
Otro (especificar):				
Otro (especificar):				

Reflexión personal

En esta segunda parte, quisiera pedirte que me compartieras algunas reflexiones sobre la conversación que tuvimos.

¿Hubo algún tema que te quedaras pensando o una reflexión que tuvieras a raíz de nuestra plática y que te parezca relevante compartir?

Si consideras que hay algo más que quisieras compartir sobre los temas conversados y que te parezca relevante para mi trabajo, puedes utilizar este espacio para ello.

Anexo 3

La siguiente tabla muestra la correspondencia entre el número de la entrevista y el nombre ficticio que se utiliza para referirse a la misma en la narración del texto; en los casos en los cuáles el texto hace referencia a las personas que trabajan con quienes fueron entrevistadas o a miembros de su familia, se agrega también el nombre ficticio que se le otorgó a estas personas.

Número de entrevista	Nombres ficticios					
	Persona entrevistada	Persona trabajadora en su hogar	Otra relación de persona entrevistada		Otra relación de persona entrevistada	
			Nombre	Relación	Nombre	Relación
1	Armando					
2	María Fernanda					
3	Miguel		Andrés	Hijo		
4	Carolina					
5	Roberto	Alejandra				
6	Carmen	Bertha				
7	Lucía					
8	Eduardo					
9	Mariana					
10						
11	Susana					
12	Alberto					
13	Martina	Mercedes				
14	Isabel					
15						
16	Gerardo					
17	Josefa					
18	Beatriz					
19	Santiago					
20	Sandra					
21	Ivania					
22	Andrea		Jorge	Hermano	Lili	Compañera voluntaria en la parroquia
23						
24						